




3 1761 09545912 9





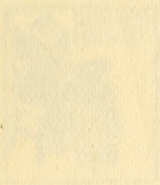


Digitized by the Internet Archive
in 2013

G. MARTINEZ SIERRA

SUEÑO DE UNA
NOCHE DE AGOSTO

SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO



RENACIMIENTO
MEXICANO
MEXICO
1915

COPYRIGHT BY G. MARTÍNEZ SIERRA 1918.

LS
M3871 su

G. MARTÍNEZ SIERRA

SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO

NOVELA CÓMICA EN TRES PARTES

Estrenada en el TEATRO ESLAVA el día 20 de Noviembre de 1918.



14-5-889
11 9/20

RENACIMIENTO

SAN MARCOS, 42

MADRID

1918

Estas obras son propiedad de su autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norwège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ROSARIO (23 años).....	Catalina Bárcena.
DOÑA BARBARITA (80 años)...	Ana Siria.
MARÍA-PEPA (78 años).....	Ana María Quijada.
IRENE (22 años).....	Josefina Morer.
AMALIA (30 años).....	Carmen Carbonell.
EL APARECIDO (37 años).....	Francisco Hernández.
EMILIO (29 años).....	Luis Peña.
MARIO (27 años).....	Manuel Collado.
PEPE (21 años).....	Jesús Tordesillas.
DON JUAN (50 años).....	Ricardo de la Vega.
GUILLERMO (50 años).....	Juan M. Román.

ACTO PRIMERO

Despachito de estudiante con aficiones literarias, modesto pero amueblado y dispuesto con buen gusto. Hay una mesa con papeles, revistas, alguna estatuilla, tiesto en flor, etc.; una gran estantería llena también de libros; un sillón cómodo, una meridiana ó un gran sofá apoyado en la mesa; sillas; algunas estampas y grabados de poco precio, pero de buen gusto, por las paredes. Puertas al fondo y á la derecha: la de la derecha se supone que es la de la alcoba; la del fondo es la comunicación con el resto de la casa. A la izquierda gran ventana: se supone que es de un piso bajo y está por lo tanto muy cerca de la calle. En la ventana uno ó dos tiestos con flores. Aparato de luz eléctrica colgado del techo; otro, portátil, con pantalla azul sobre la mesa, de modo que su luz sirva para leer á la persona que esté sentada ó tendida en el sofá, y que pueda apagarse desde allí mismo, sin moverse. Reloj de pared ó sobre una chimenea que puede haber en la pared de la derecha primer término.

Al levantarse el telón, Pepe, muy compuesto en traje de etiqueta, pero sin haberse puesto aún el smoking, está en pie delante de un espejito que hay en la pared ó delante del espejo de la chimenea intentando ponerse la corbata, con no muy buen éxito; Emilio,

sentado á la mesa, escribe una carta y da muestras de impaciencia, porque la pluma y la tinta no marchan como él desearía, y revuelve los papeles de la mesa para buscar un plieguecillo de papel con que sustituir el que acaba de emborronar.

PEPE

Con impaciencia.

¡Esta corbata! *Llamando.* ¡Rosario! ¡Rosarito!
¡Rosario!

ROSARIO

Dentro.

¡Ya voy!

EMILIO

¡Qué pluma... qué tinta...! ¡nada, un borrón...!
Pliego estropeado... Pero ¿dónde hay un papel
de cartas? ¡Rosario! ¡Rosarito!

ROSARIO

Dentro.

¡Voy! ¡Voy! *Entrando.* ¿Qué pasa?

PEPE

A ver si puedes hacerme esta corbata.

EMILIO

Al mismo tiempo.

A ver si puedes buscarme un plieguecillo de papel de escribir...

ROSARIO

Cariñosa, á Pepe.

Trae acá, desmañado... ¡Uf, qué hombres!

Le hace el lazo.

EMILIO

Claro, al benjamín siempre se le atiende el primero...

ROSARIO

Porque es el primero que ha pedido auxilio...
A Emilio. Haz el favor de no revolver los papeles, que se va á enfadar Mario... *A Pepe.* Ya está.

EMILIO

Que se va á enfadar Mario... y si se enfada, ¡menuda catástrofe! Como es el preferido, el amo de la casa...

ROSARIO

De la casa, no; pero de la mesa, sí... y del despacho...

EMILIO

¿Y se puede saber por qué nuestro señor hermano tiene derecho preferente á la posesión del único despacho de la casa?

ROSARIO

Porque es el único que escribe en él, ¡ea!

EMILIO

Y yo ¿qué estoy haciendo?

ROSARIO

Escribir á la novia no es escribir... *Buscando en la mesa, con orden y de prisa.* Toma: papel, sobre, pluma, secante, sello. ¿Quieres que te dicte la carta?

EMILIO

No, gracias...

ROSARIO

Menos mal...

PEPE

Que anda, con su smoking en la mano, de un lado para otro.

¿Y el cepillo?

ROSARIO

Entrando en la alcoba y saliendo en seguida con un cepillo en la mano.

Aquí está.

PEPE

En esta casa nunca se encuentra nada.

ROSARIO

Porque no se busca donde debe estar. ¿A quién se le ocurre venir aquí á vestirse? ¿No tienes tu alcoba?

PEPE

Mirándose al espejo.

Sí; pero en la alcoba no se ve bien...

ROSARIO

Mucho te compones tú esta noche. ¿Dónde vas?

Se sienta en el sofá y le mira.

PEPE

Al teatro.

ROSARIO

Y, por lo visto, quieres hacer una conquista.

PEPE

¡Importantísima!

ROSARIO

¿La primera tiple? *segunda*

PEPE

Mucho más importante que la primera tiple.
Rosario le mira con curiosidad. ¡El banquero de la primera tiple!

ROSARIO

Con asombro.

¡¡Eh!!!

PEPE

Un americano que apalea millones. Me han dicho que busca un secretario particular, y me han prometido presentarme esta noche. *Con animación.* Figúrate... si le caigo en gracia, he hecho mi suerte... Con el sin fin de ideas que tengo aquí. *Se da una palmada en la frente.* Me llevará á América, le ayudaré, trabajaré con él como un negro, me haré indispensable, me dará participación en los negocios. Reza por mí, chiquilla. ¡De esta noche depende que tengas un hermano millonario en dollars! ¡Los bombones que te voy á comprar en este mundo... cuando vuelva del otro, hecho un Rokefeller!

EMILIO

Si quisierais hacerme el favor de callar un momento... que ya me he equivocado tres veces.

ROSARIO

Levantándose y acercándose á la mesa.

A ver si pones amor con hache. Dale recuerdos. ¡Ay qué ganas tengo de que os caséis!

EMILIO

Más tiene ella.

ROSARIO

¿Y tú?

EMILIO

A mí ya creo que se me van pasando...; en cinco años de espera...

ROSARIO

¿Y quién os manda esperar tanto?

EMILIO

La vida.

ROSARIO

¿La vida? Lo cobardes que sois, que os da miedo pasar unos cuantos apuros al principio.

EMILIO

A ella, no; que es un ángel y está dispuesta á todo por mi cariño... Soy yo el que no me atrevo...

ROSARIO

¡Porque no la quieres lo bastante!

EMILIO

Porque la quiero demasiado. ¡Bah!, pero ya son pocas las aguas malas...; el año que viene asciendo, de seguro... ¡Verás, verás qué casa vamos á poner! ¡Y qué felices vamos á ser en ella! Por supuesto, que tú serás madrina del primer crío...

ROSARIO

Por supuesto.

PEPE

Con sorna.

¡No te quejarás del regalito!...

EMILIO

¡Habla tú, que regalas tanto!

PEPE

¡Porque no puedo, que lo que es si pudiera!

EMILIO

¡Ah! ¡Si pudiera yo!

PEPE

Ya sabe ella que en cuanto tengo un duro de más la convido al teatro...

EMILIO

Para divertirte tú de paso; yo, en cuanto tengo un duro de más, la compro un par de guantes, ó un velo, ó unas medias de seda, para que lo disfrute ella solita...

PEPE

Sí, y para no perder tú la noche acompañándola... A ver, que diga ella lo que agradece más.

EMILIO

¡Eso es, que lo diga!

ROSARIO

Conciliadora.

Todo lo agradezco lo mismo...; pero no me hace falta que me regaléis nada...; yo no os regalo nada á vosotros.

EMILIO

Es distinto; tú eres mujer...

ROSARIO

Y, ¡claro!, nunca tengo un duro de más...

PEPE

Ni falta que te hace; nos tienes á nosotros.

EMILIO

Tú pídele á Dios que lleguemos á ricos, y verás qué vidita te pasas.

Entran por la puerta de la derecha doña Barbarita y Mario que la trae del brazo. Al entrar oyen las últimas palabras de Emilio.

MARIO

Entrando.

¡Digo! ¡En cuanto yo llegue á director de mi periódico y estrene la docena de comedias que tengo pensadas, cualquiera te tose! Ya verás, ya verás qué orgullosa te pones cuando entres á un teatro, ó vayas á un paseo, y oigas decir: Ahí va la hermana de Mario Castellanos, el autor de moda... ¿Eh, abuela?

Mientras hablaba, ha atravesado la habitación y ha ayudado á la abuela á sentarse en el sofá, junto á la ventana.

DOÑA BARBARITA

Con sorna amable

Sí, sí...

PEPE

Tú espera, espera, que ya verás de lo que son capaces tus tres hermanos.

DOÑA BARBARITA

Sí, sí...

ROSARIO

Tres eran tres... como en los cuentos... *Señalándolos.* uno millonario, otro célebre y otro...

EMILIO

Interrumpiéndola.

¡Otro feliz!

ROSARIO

¿Y yo?

MARIO

¿Tú?

PEPE

¿Tú?

EMILIO

¿Cómo tú?

ROSARIO

Sonriendo.

Sí; qué voy á ser yo, cuando á los tres se os haya cumplido la esperanza...

PEPE

• Pues tú... te casarás... naturalmente.

MARIO

-Eso es... te casarás.

EMILIO

+¡Claro que sí!

ROSARIO

¿Y si no me caso?

EMILIO

¿Por qué no te vas á casar? Eres bonita...

PEPE

Eres simpática.

MARIO

Eres bastante inteligente...

ROSARIO

Haciéndoles reverencias.

¡Gracias, gracias, gracias...!

MARIO

¿Cuántos años tienes?

ROSARIO

Veintitrés he cumplido hace dos meses.

EMILIO

Entonces ya va siendo un poco tarde para encontrar novio...

ROSARIO

Muy ofendida.

¿Qué dices?

PEPE

No te apures: yo te buscaré uno.

ROSARIO

¿Para que sea tan elegante como las novias que te buscas tú?

PEPE

¿Eh?

ROSARIO

Ayer tarde te vi paseando con una que era lo menos, lo menos, lo menos cigarrera. ¡Y poco entusiasmado que ibas!

PEPE

Bueno, bueno, me marchó, que se me va á escapar mi Americano. Adiós, abuela. *Le besa la mano.* Usted que se ha casado tres veces, enséñele usted á esta niña el arte de pescar marido, antes de que se ponga rancia del todo. *Se acerca á ella y quiere abrazarla.* ¡Adiós, fea!

ROSARIO

¡Quítate de mi vista, mamarracho!

Él la abraza y sale.

DOÑA BARBARITA

¡Que no vuelvas á las mil y quinientas, que estoy despierta y te oigo entrar!

PEPE

En la puerta.

Pero, abuela, si voy á la conquista de América, ¿cómo quiere usted que no tarde?

Sale, y fuera se le oye cantar un couplet de moda.

DOÑA BARBARITA

Me parece á mí que este niño va sacando un poco los pies de las alforjas...

EMILIO

Adiós, abuela.

Le besa la mano.

DOÑA BARBARITA

¿Sales tú también...?

EMILIO

Sí; voy á echar esta carta...

ROSARIO

Y á divertirme mientras llega la contestación... que de aquí á Santander tardará un ratito. ¡Ay! ¡estos son los hombres enamorados!

EMILIO

Niña, ¿qué sabes tú? En cuanto me case voy á ser un marido modelo.

DOÑA BARBARITA

El diablo, harto de carne, se metió fraile...

EMILIO

Hay que pasar las penas. Buenas noches.

Sale, abrazando, al pasar, á Rosario, que le amenaza cariñosamente.

Rosario recoge los papeles rotos que han quedado sobre la mesa, los echa en el cesto, arregla toda la mesa, recoge el cepillo que Pepe ha dejado en una silla, el peine y el cepillo del pelo que ha dejado sobre la chimenea, entra en la alcoba, vuelve á salir.—Doña Barbarita sigue sentada en el sofá. Mario pasea perezosamente, mira á la calle por la ventana, da otro paseo y se sienta en un sillón.

ROSARIO

Que se acerca á la ventana y se queda en pie mirando á la calle.

¿Tú no sales hoy?

MARIO

¡Ojalá! Sí, hija, sí; ahora mismo, como todas las noches... ¡Figúrate cómo se pondría el señor director si mañana faltase en el periódico mi ingeniosa sección de chistes, colmos, charadas y acertijos con alusiones molestas á las altas figuras del arte y la política, que tanto hace reír al respetable público! Estoy tomando arranque... ¡ea! *Se levanta.* A la una... á las dos... ¡Ay, qué ganas tengo de ser hombre célebre para que otro haga chistes á costa mía! Adiós, abuela. *Le besa la mano.* ¡Todo llegará... todo llegará! *Tirando un beso á Rosario, que sigue junto á la ventana.* ¡Adiós, preciosa! *Con alegría esperanzada.* Sí... dentro de dos lustros, este cura será un triunfador, y el infeliz que me haya sustituido en la sección de colmos, una hermosa noche de Agosto como ésta, se estará devanando los sesos para escribir: “¿Dónde salta la liebre?—¡En la cabeza de Mario Castellanos!”—Qué es lo que pienso yo decir esta noche del autor dramático á quien más admiro.

Sale muy contento.

ROSARIO

Mirando por la ventana.

¡Qué noche más hermosa...! Viene un olor á jazmines y á tierra mojada del jardín de enfrente! *Saludando.* ¡Adiós! ¡Que te diviertas!

DOÑA BARBARITA

Niña, ¿á quién saludas?

ROSARIO

A Mario, que sale. *Inclinándose á hablar con Mario, á quien no se ve.* ¿Eh? ¿Qué dices...? Espera... voy á ver. *Va á la mesa y busca. A doña Barbarita.* La pluma estilográfica, que se le ha olvidado. Sí, aquí está... toma.

Se sube al brazo de un sillón y se inclina sobre el antepecho de la ventana para alcanzar á dar la pluma á su hermano, que se supone está en la calle; luego se vuelve y se queda sentada en el poyo de la ventana y hace gestos de despedida, hasta que se supone que ha desaparecido Mario.

DOÑA BARBARITA

Niña, á ver si te caes.

ROSARIO

No me mataría; no hay dos varas de alto desde aquí á la calle. ¡Ay!

DOÑA BARBARITA

¿Por qué suspiras?

ROSARIO

Siempre sentada en la ventana.

Ya no se le ve. ¡Me da una envidia verle marchar!

DOÑA BARBARITA

Va á su trabajo.

ROSARIO

Ya lo sé; éste va á su trabajo, el otro á divertirse, el otro en busca de la suerte que se figura que le está esperando... pero el caso es que los tres se van... y tú y yo nos quedamos... *Pausa muy breve, y después hablando de pronto.* ¿Has reparado en una cosa, abuela?

DOÑA BARBARITA

¿En qué?

ROSARIO

En lo de prisa que echan á andar los hombres por la calle, cuando salen de casa... En cambio las mujeres salimos del portal muy despacio, y antes de echar á andar, mientras nos abrochamos el último botón de los guantes, miramos calle arriba y calle abajo, como temiendo que alguien nos detenga. Parece que ellos salen por derecho propio, y que nosotras nos fugamos de presidio...

Mirando á la calle, respira profundamente el aire perfumado. ¡Ay, qué noche! Salta ligeramente de la ventana y viene á sentarse en el sofá, junto á doña Barbarita.

Abuela, *Le coge las manos.* si yo ahora te dijese: acabo de cumplir veintitrés años; soy mayor de edad; la ley me concede el uso pleno de no sé cuántos derechos civiles; puedo vender, comprar, emprender un negocio, tirar mi corta hacienda por la ventana, marcharme á América, meterme á cupletista..., en vista de lo cual desearía tener un llavín, lo mismo que cualquiera de mis hermanos, y usarle para entrar y salir libremente, como ellos, sin darle cuenta á nadie, á cualquier hora del día y de la noche... ¿Qué te parecería?

DOÑA BARBARITA

Me parecería un capricho perfectamente natural.

ROSARIO

Un poco asombrada.

¿Y me le darías?

DOÑA BARBARITA

¿Por qué no? El de la cocinera debe estar colgado detrás de la puerta. Cógele... *Rosario se levanta impetuosamente.* Y sal si quieres. *Rosario da un paso.* ¿Dónde vas á ir?

ROSARIO

Deteniéndose perpleja.

Es verdad... ¿Dónde voy á ir? *Con un poco de rabieta.* ¿Dónde va á estas horas una mujer sola y decente sin temor á que crean que no lo es?... ¡El temor! ¡El temor! ¡Eso es lo que nos pierdel!

DOÑA BARBARITA

Sonriendo.

Y lo que nos salva. Si tuviéramos tan poco miedo como los hombres á que el mundo creyese que habíamos perdido la vergüenza, pronto nos quedaría tan poca como á ellos... y sería lástima... porque si la llegamos á perder nosotras, ya no queda en el mundo quien se la encuentre.

ROSARIO

Volviendo á sentarse junto á su abuela.

Abuela... ¿tú crees que todos los hombres que salen por la noche tan contentos... van... á divertirse... pecando?

DOÑA BARBARITA

¡Ja, ja, ja! ¡Qué más quisieran ellos! No, hija, no; van á hacerse la ilusión de que pecan y de que se divierten... pero la mayor parte de las veces no les sale la cuenta... ó les sale cara: por eso suelen volver á casa de tan mal humor. *Pasándole la mano por el pelo.* No los envidies.

ROSARIO

Con apasionamiento, que poco á poco se va cambiando en graciosa rabieta.

No les envidio la libertad de pecar, ni la de divertirse, ni siquiera la de salir por el mundo en busca de su propio amor, mientras nosotras nos tenemos que estar esperando ¡sentadas! á que el amor ajeno se le antoje venir á buscarnos... les envidio la fe, la confianza que tienen en sí mismos, la seguridad de vencer al destino por sus propias fuerzas... Ya les oyes. *Mirando en derredor como si estuvieran presentes sus hermanos.* "Tra-

bajaré... ganaré... lucharé... triunfaré..." ¿Y yo? *Imitando á Pepe.* "Pues tú, te casarás, naturalmente." *Levantándose y enfadada.* ¡Te casarás! Es decir, hablando en plata, te dejarás comprar y mantener por un caballero que haya triunfado... ¿Y si no me caso? *Imitando á Emilio.* "Tú, pídele á Dios que nosotros lleguemos á ricos, y verás qué vidita te pasas". *Enfadada.* ¡Pues no me da la gana de pasarme vidita ninguna á costa de nadie! *Imitando á Mario.* "¡Ahí va la hermana de Mario Castellanos!" *May digna.* ¡Qué fatuidad! ¡No es eso, señor mío, no es eso! Lo que á mí me hace falta que digan, si dicen, es: ¡Ahí va Rosarito Castellanos... ella... ella... ella..., sí, señor, ella misma, fea ó bonita, tonta ó discreta, triunfante ó derrotada, pero orgullosa de su propia vida y no de los laureles de ningún hombre. ¡Ea!

DOÑA BARBARITA

¡Ja, ja, ja!

ROSARIO

¿Te ríes de mí? ¡No quiero ser satélite de nadie!

DOÑA BARBARITA

¡Hija de mi alma! El sol... fijate bien, es *el* sol y la luna es *la* luna.

ROSARIO

Vivamente.

En castellano, sí; pero en alemán el sol, *Imitando á su abuela.* fijate bien, es *la* sol, y la luna *el* luna... Y en inglés, que es la única lengua con sentido común, ni *el* ni *la*: sol es sol, luna es luna, y cada uno es cada uno, y nadie se acuerda del género dichoso hasta la hora de dar el dulce sí. *Vuelve á sentarse junto á su abuela.* Tú te ríes y no me comprendes, porque eres de otro siglo, y en vuestro tiempo os gustaba ser esclavas de los hombres.

DOÑA BARBARITA

Hija, la esclavitud no le ha gustado nunca á nadie más que al amo; lo que hay es que vosotras os queréis librar de la tiranía, y nosotras nos contentábamos con vengarnos del tirano.

ROSARIO

¿Cómo?

DOÑA BARBARITA

Haciéndole la vida insoportable. *Abriendo un dije de tres hojas que lleva colgado de una cadena al cuello.* ¡Mira... mis tres dueños! *Sonriendo con amor.* ¡Mi Ernestol... ¡Mi Enrique!... ¡Mi Pepel... ¡Lo que me han adoradol... ¡Lo que les he querido!

ROSARIO

Un poco escandalizada.

¡A los tres!

DOÑA BARBARITA

Con naturalidad.

Uno á uno... ¡Y lo que les he hecho rabiar á todos!

ROSARIO

Mirándola con un poco de asombro.

¡Eh!

DOÑA BARBARITA

Sonriendo muy satisfecha á sus recuerdos conyugales.

A mi Ernesto con celos míos injustificados, á cuenta de toda mujer á quien se le ocurría mirar cara á cara... ¡y era pintor de historia!... A mi Enrique con recelos suyos, prematuros, pero tal vez proféticos, á costa de mi Pepe, que era vecino nuestro y ya me hacía guiños desde el balcón... A mi Pepe con celos póstumos á costa de mi Enrique... ¡Las veces que me habrá dado un ataque de nervios al entrar de repente en el estudio de mi Ernesto y ver á la modelo en traje de

Eval... ¡Las veces que habré suspirado, mirando de reojo al balcón de mi Pepe, delante de mi Enrique! ¡Las veces que se me habrán llenado los ojos de lágrimas contemplando el retrato de mi Enrique delante de mi Pepe! ¡Pobrecillos! ¡Ahora que los tengo á los tres en el cielo, casi me dan lástima!

Besa con fervor los tres retratos.

ROSARIO

¡Abuela!

DOÑA BARBARITA

¡Y he sido un ángel, fijate bien, un ángel del hogar, con miriñaque; una mujercita sumisa, dócil, amante, silenciosa, poética, una esposa arrancada de una novela de Pérez Escrich!

ROSARIO

¡Es posible!

DOÑA BARBARITA

Las mujeres de ahora sois más nobles y más infelizotas; pedís la autonomía y renunciáis al al-

filerazo: puede que sea más moral y más justo, pero de seguro es menos divertido.

Entra María Pepa, criada casi tan vieja como doña Barbarita. Se queda plantada en la puerta, con los brazos cruzados, y no habla.

DOÑA BARBARITA

Con mal humor.

¿Qué quieres tú?

MARÍA PEPA

Con calma.

Que van á dar las once.

DOÑA BARBARITA

Bien, ¿y qué?

MARÍA PEPA

Nada: que tienes que rezar el rosario, que cogerte los papillotes, que echar las lamparillas á los difuntos, y si pasas el tiempo en conversación, no te vas á meter en la cama antes de las doce.

DOÑA BARBARITA

Lo cual á ti te trae muy sin cuidado.

MARÍA PEPA

Con calma.

A mí, sí; pero á ti, no: porque de sobra sabes que mañana tienes que madrugar para ir á misa, que es el cabo de mes de tu Enrique, y si no duermes tus ocho horas y media, luego te dan vapores.

DOÑA BARBARITA

Con sorna.

Y á ti alferecía, si estás cinco minutos sin venir á enterarte de lo que se habla.

MARÍA PEPA

Ofendida.

¡Bastante me importará á mí lo que podáis hablar vosotras!

DOÑA BARBARITA

Claro que no te importa, pero hace diez minutos que estabas escuchando detrás de la puerta.

MARÍA PEPA

Ofendidísima.

¡Jesús! ¡Ave María! ¿Yo escuchando?

DOÑA BARBARITA

Con calma.

Creerás que no te oigo andar por el pasillo
con tus pasos de duende...

MARÍA PEPA

Muy digna.

Como cuando pisa una fuerte, como las perso-
nas, se te alteran los nervios...

Con toda dignidad, da dos pasos hacia la puerta.

DOÑA BARBARITA

¿Dónde vas?

MARÍA PEPA

¿Dónde quieres que vaya? *Con retintín.* A la
cocina, que es mi puesto.

DOÑA BARBARITA

Nerviosa.

¡Siéntatel

MARÍA PEPA

Muchas gracias, no estoy cansada.

DOÑA BARBARITA

Con autoridad y mal humor.

¡¡Siéntate!! *María Pepa se sienta muy digna en el borde de una silla. Y no tomes esos aires dignos, que nadie te ha faltado. Condescendiente. No estábamos hablando ningún secreto. Yo le estaba diciendo á la niña...*

MARÍA PEPA

Interrumpiendo y con toda naturalidad.

Que has sido un ángel con tus tres difuntos. Ya lo he oído.

ROSARIO

Se echa á reir ruidosamente.

¡Ja, ja, ja!

DOÑA BARBARITA

Con sorna.

No te rías, niña, que se nos va á ofender. ¿Se ha acostado ya la cocinera?

MARÍA PEPA

¡Naturalmente! ¿Qué va á hacer la mujer levantada á estas horas?

DOÑA BARBARITA

Nerviosa.

¡A estas horas! ¡Ni que fueran las tres de la madrugada! ¿Por qué no dices de una vez que eres tú la que estás muerta de sueño?

MARÍA PEPA

Como si el acusarla de tener sueño fuera acusarla de algún horrendo crimen.

¿Yo? ¿Muerta de sueño yo?

DOÑA BARBARITA

Anda, anda. *Levantándose.* Nos iremos á la cama para que no enferme la señora doncella. Adiós, niña.

MARÍA PEPA

Por mí puedes estarte hasta el amanecer. Tu cuerpo lo paga.

ROSARIO

Besándola.

Buenas noches, abuela.

DOÑA BARBARITA

Acariciando á Rosario.

Que no te estés leyendo hasta las mil...

ROSARIO

No, abuela.

MARÍA PEPA

Al salir.

Se estará, se estará... de casta le viene... No he visto mujeres más "leonas" que las de esta casa.

DOÑA BARBARITA

No lo dirás por ti, que en sesenta y cinco años que hace que te estoy enseñando, no he conseguido que juntes las letras.

×

MARÍA PEPA

¡Bastantes mentiras tiene una que oír en este mundo sin necesidad de romperse los cascos para enterarse de las que traen los libros!

DOÑA BARBARITA

Anda, Salomón, anda, no desbarres.

Salen las dos del brazo sin que se sepa á punto fijo quién sostiene á quién. Rosarito, por el instinto de orden que es su característica, arregla casi inconscientemente los trastos, después suspira, se estira perezosamente, bosteza, vuelve á suspirar, da cuerda á un relojito que hay sobre la chimenea, empieza á desabrocharse el traje; cuando ya le tiene casi completamente desabrochado, mira á la ventana que está abierta, entra en la alcoba y sale al cabo de un momento con un kimono á medio poner y unas babuchas en la mano; acaba de ponerse el kimono, se sienta en el sofá, se quita los zapatos y se pone las babuchas, coloca cuidadosamente los zapatos debajo del sofá, se despeina con toda calma, haciéndose una trenza tan floja, que casi inmediatamente se le deshace; se levanta, se acerca á la ventana, mira un instante á la calle, va perezosamente hacia la estantería, coge un libro, le deja, coge otro, le deja también, y al cabo se decide por un tercero, enciende un portátil que habrá junto al sofá, apaga la lámpara del techo, se tumba en el sofá cómodamente y empieza á leer. Entra María Pepa, y se dirige hacia la ventana.

ROSARIO

Sin levantar los ojos del libro.

¿Dónde vas?

MARÍA PEPA

A cerrar la ventana, que va á haber tormenta, y se ha levantado un viento muy fuerte.

ROSARIO

Deja, deja; ya cerraré yo cuando me vaya.

Sigue leyendo.

MARÍA PEPA

Que tiene gana de conversación, se acerca á la mesa.

A ver si se le vuelan á tu hermano las coplas que escribe y tenemos un disgusto gordo.

ROSARIO

Sin dejar de leer.

Pon un pisa-papeles sobre las cuartillas.

MARÍA PEPA

Que sigue empeñada en hablar.

Pondré el perro de lanas, que es el que más pesa.

ROSARIO

No es un perro de lanas, que es un león.

MARÍA PEPA

Colocando el pisa-papeles, que, en efecto, es un león de bronce.

Para mí ha sido siempre perro de lanas, y perro de lanas será hasta que me muera. Rosario se encoge de hombros, y sigue leyendo, pero María Pepa está decidida á hablar, y prosigue después de una brevísima pausa. Se lo regaló el difunto señorito Enrique al difunto señorito Ernesto, que Dios tenga en gloria, un día del santo de tu difunta, ¡Jesús! Santiguándose para remediar la equivocación, de tu abuelita, que por cierto aquel día cumplió veintidós años y estrenó un traje de popeline á cuadros escoceses, con su dulleta de terciopelo verde con bellotas de oro, que daba gloria el verla. Soñadora. Todavía la tengo guardada y sin apolillar... por cierto que luego el señorito Pepe, Dios le haya perdonado, le tenía una rabia tremenda...

ROSARIO

Interesada, á pesar suyo.

¿A la dulleta?

MARÍA PEPA

Al perro de lanas. Porque tu abuela, siempre que entraba en el despacho, le pasaba la mano así por la melena. Acaricia al león de bronce. Y un

día que ella había estado llorando, porque él era muy terco, y se empeñó en que fuera al teatro con él, precisamente el día del santo del difunto señorito Enrique, y ella, naturalmente, no quiso ir y se tomó un berrinche, él, hecho un basilisco en cuanto ella salió llorando del despacho, como una Magdalena, tiró el perro de lanas contra el retrato del pobre difunto, que estaba encima de la chimenea, y, naturalmente, como el perro es de bronce, pues le rompió el cristal... por cierto que, para hacer las paces, le tuvo que poner un marco nuevo, de talla, con corona de laurel y cristal biselado, que le costó al pobre hombre un ojo de la cara...

Todo lo anterior lo dice María Pepa sin tomar aliento y poniendo las comas donde menos falta hacen, á compás de su incoherencia de pensamiento.

ROSARIO

Sin moverse del diván en que está tumbada.

Por lo visto, mi abuela, al que más ha querido de todos sus difuntos ha sido *Sonriendo con burla cariñosa.* á su difunto Enrique.

MARÍA PEPA

Con desdeñosa y olímpica superioridad.

¡Qué sé yo que te diga!... Lo que hay es que

el difunto señorito Pepe, que fué el último, era el peor de todos...

ROSARIO

Con protesta.

¿Mi abuelo?

MARÍA PEPA

Con tranquilidad rencorosa.

Sí, hija, sí; tu abuelo, Dios le haya perdonado: celoso, testarudo, tacaño, dominante, y la única manera que teníamos de meterle en cintura era el recordarle que el de antes había sido un ángel comparado con él... Pero no te vayas tú á figurar, que también el otro nos había hecho pasar lo suyo, es decir, lo nuestro, porque le gustaba tirar de la oreja á Jorge; y no es lo malo que le gustase, sino que perdía el dinero á manos llenas, y luego nosotras teníamos que andar con economías, lo cual no nos hacía ninguna gracia, porque el difunto señorito Ernesto, aunque como era artista era un soñador, y mentía más que la gaceta, era generosísimo y nos tenía muy mal acostumbradas, que mientras él vivió, Dios le tenga en gloria, no pisó tu abuela el suelo de la calle con los pies, porque decía el pobre que los ángeles no deben rebajarse á hollar con sus plantas el polvo de la tierra. ¡Ay, Señor, no me quiero

acordar de lo que nos tenemos paseado en coche!... Claro es que muchos días nos hemos acostado sin cenar, porque él si no pintaba no ganaba, y á veces le entraba la dejadez artística, y se estaba las semanas enteras tumbado en el diván, fumando en pipa..., pero como fino y considerado y *caballeresco* no hemos tenido otro...

Suena el timbre.

ROSARIO

La abuela te llama.

MARÍA PEPA

¡Voy! ¡Ya habrá terminado de rezar el rosario!
¿Apagarás la luz?

ROSARIO

Sí, sí, apagaré la luz, cerraré la ventana... puedes acostarte tranquila. Llévate esos zapatos.

MARÍA PEPA

Cogiendo los zapatos, con un suspiro.

¡Ay, hija, tú no sabes las trifulcas que hay en el matrimonio!... ¡Y ojalá no lo sepas en tu vida!

ROSARIO

Incorporándose muy ofendida.

¿Qué dices?

MARÍA PEPA

Muy digna.

¡Ah! ¿Te quieres casar? *Rosario no responde.* ¡Y puede que con media docena, para no quedarte atrás de la otra! *Con superioridad y conmiseración.* ¡Con tu pan te lo comas! *Vuelve á sonar el timbre.* ¡Allá voy! *Andando hacia la puerta con toda calma.* Suerte que á los tuyos no los tendremos que aguantar, porque ya estaremos en el otro barrio. *Parándose en la puerta.* Por cierto que no sé cómo nos las vamos á componer, porque como los tres la han querido á morir, los tres van á salir con la embajada de que nos tenemos que ir á pasar con ellos la vida eterna, y va á haber puñetazos á la puerta del cielo.

Suena otra vez el timbre.

ROSARIO

Anda, mujer.

MARÍA PEPA

Con calma.

Voy, voy... En fin, allá San Pedro se las arregle... Cierro la puerta, que hay corriente de aire.

Sale muy despacio, cerrando la puerta. Rosario, al quedarse sola, vuelve á tumbarse en el sofá é intenta volver á leer, pero no puede, porque las fantasías y evocaciones de María Pepa han distraído su atención del libro; sin soltarle de la mano, se sienta y medita.

ROSARIO

Meditando con incoherencia.

¿Con media docena? ¡Qué desatino! *Abre el libro y lee.* "El amor es flor única, de fragancia exquisita y evanescente..." *Reflexionando.* Claro está, flor única... *Lee.* "Surge una sola vez en la vida del alma, y el alma en que una vez ha florecido la azucena triunfante..." *Meditando.* ¡La azucena triunfante!... ¡qué imagen tan preciosa! *Leyendo.* "Muere al morir ella, puesto que sólo para ella y por ella quiere vivir." *Meditando con aprobación.* Naturalmente... sólo por ella y para ella... pero ¿cómo habrá podido mi abuela querer á tres? *Lee.* "Puede, en una vida, haber varios fantasmas y apariencias de amor, nuncios y anuncios del amor verdadero, que aun no ha llegado..." *Saboreando la frase.* ¡Nuncios y anuncios del amor

verdadero!... ¡Cómo dice las cosas este hombre! Lee. "...pero el alma gemela no es más que una, y sólo al encontrarla logra el anhelo comunión perfecta..." *Meditando.* Según eso, puesto que mi abuelo fué el último, su Ernesto y su Enrique no fueron más que anuncios y fantasmas... *Con enfado contra sí misma.* ¡Ea! ¿qué me importa el amor de mi abuela? *Se vuelve á tumbar por completo en el diván y lee.* "Así el amor de Carlos y Esperanza, en aquella divina noche..." *Sigue leyendo en voz baja un momento, pero casi inmediatamente se interrumpe, dando media vuelta y apoyándose en un codo.* Claro que puede ser que mi difunto abuelo fuese tan fantasma como sus dos antecesores, anuncio del amor verdadero que no llegó á venir, y mi pobre abuela se figura que ha querido á los tres, precisamente porque no quiso á ninguno. *Lee.* "En aquella divina noche..." *Dando otra media vuelta.* Pero el caso es que... *Impaciente.* ¡Nada, que no puedo leer! *Se sienta. Se oye soplar el viento en la calle.* ¡Cómo suena el viento!... Mejor será que me vaya á la cama... Pero si ahora me acuesto, con el barullo que me ha metido esa mujer en la cabeza, voy á soñar con todos los difuntos, y me va á entrar un miedo espantoso... Me estaré aquí un rato, pensando tonterías hasta que se me olvide. *Se vuelve á tumbar, y sin levantarse apaga la luz del portátil, y se queda tendida en el diván, inmóvil. El cuarto queda á obscuras, alumbrado solamente á trechos por la luz, no muy viva, que entra por la ventana. Sigue sonando el viento en*

la calle. ¡Sí que parece que va á haber tormental... ¡Uy, qué polvo está entrando!... Más valdría cerrar. Intenta incorporarse y se arrepiente, ya á medias vencida por el sueño. Pero me da pereza... Se vuelve á tumbar y cierra los ojos. En este momento entra por la ventana, lanzado con violencia por el viento, un sombrero de paja que, pasando sobre ella ó cerca de ella, viene á caer al lado del diván. ¡Eh! Abriendo los ojos sobresaltada. ¿Qué es esto? Se frota los ojos. ¿Un pájaro que ha entrado por la ventana? Buscando con la vista, pero sin levantarse. No... un sombrero de hombre... Medio adormilada. No comprendo... Mira alternativamente al suelo, donde está el sombrero, y á la ventana, perpleja, sin saber qué hacer... Por fin se levanta con cierto temor y va andando despacio hacia la ventana, pero siempre dentro de la zona de sombra. En este momento hay un relámpago deslumbrador, seguido inmediatamente de un trueno horrisono, y al fulgor verdaderamente infernal del relámpago se ve aparecer en la ventana la figura de un hombre, elegantemente vestido, pero sin sombrero, que mira un segundo hacia dentro de la habitación, y salta. Rosario, asustada y deslumbrada por el relámpago y el trueno, ve al hombre, y no sabiendo si es realidad ó fantasma, se queda helada de espanto y dice en voz baja, precipitada y anhelante. ¡Jesús! ¡Ave María! ¡Virgen del Carmen! ¡Ánimas benditas del Purgatorio! Recobrando un poco de valor se santigua precipitadamente, y reza á toda prisa. ¡Santa Bárbara bendita... que en el cielo estás escrita...!

EL APARECIDO

Dándose cuenta de que hay una mujer en la habitación, y andando hacia ella á tientas, porque al relámpago ha sucedido una obscuridad casi absoluta.

¡No se asuste usted... no se asuste usted!

En este momento, otro relámpago más deslumbrante que el primero desgarrá el firmamento; sigue un trueno aún más espantoso y una tremenda descarga de lluvia torrencial.

ROSARIO

Al ver, á la luz del relámpago, que el hombre se dirige hacia ella, aterrada, alarga los brazos para apartarle.

¡Aparta! ¡Aparta! ¡Soco...!

EL APARECIDO

Acercándose á ella.

¡No grite usted... por el amor de Dios... no grite usted... No soy un ladrón... no soy un asesino... soy... soy... una persona decente...!

ROSARIO

Si, sí... pero apártese usted.

EL APARECIDO

Sí, señora... ahora mismo... Quiere soltarla, pero el pelo, que ella lleva suelto, se ha enganchado en los botones

de la bocamanga de él, y no puede soltarla del todo, sino que tiene que echarle un brazo por el cuello. ¡No puedo!

ROSARIO

¿Por qué?

EL APARECIDO

Se le ha enganchado á usted el pelo en los botones de mi manga.

ROSARIO

Impaciente.

¡Desengánchele usted!

EL APARECIDO

A oscuras, imposible... Encienda usted la luz. ¿Dónde está?

ROSARIO

Aquí... en la mesa... Venga usted... *Echa á andar y él la sigue, pero á pesar de sus precauciones, le tira del pelo. ¡Ay, que me tira usted!*

EL APARECIDO

¡Usted perdone!

Se para, y como ella sigue andando, le tira otra vez.

ROSARIO

Enfadada.

¡Ay! ¡Pero, hombre de Dios, sígame usted!

EL APARECIDO

¡Voy, voy!... ¡Ah!

Por seguirla procurando no tirarla del pelo, tropieza y caen los dos juntos sobre el diván. Él, para no rodar al suelo, se abraza á ella estrechísimamente.

ROSARIO

Indignada, en sus brazos.

¡Caballero! ¡Esto es intolerable! Otro espantoso relámpago la deslumbra y le hace ver con toda claridad la insufrible incorrección de la actitud del Aparecido. ¿Con qué derecho se atreve usted á abrazarme?

EL APARECIDO

Con calma y sin separarse de ella.

Señora, usted perdóne... esto no es un abrazo, es un accidente... que á mí me desagrada tanto como á usted. *Ella hace un gesto de asombrada protesta, no suponiendo que ningún hombre pueda encontrar desagradable el abrazarla. ...porque al caer, me he desollado una espinilla...*

ROSARIO

¡Pues si le desagrada á usted tanto, apártese usted!

EL APARECIDO

Es que tampoco puedo. *Con calma.* Ahora se le ha enredado á usted el pelo en todos los botones del chaleco, y si me aparto violentamente va usted á sufrir tirones espantosos... Muy á pesar mío, me veo obligado á estrecharla á usted contra mi corazón... Si usted, que sabe dónde está la lámpara, pudiera usted...

ROSARIO

Impaciente.

Sí, sí. *Da media vuelta, buscando nerviosa entre el diván el interruptor del portátil, y se lleva la cabeza á las manos, porque á pesar de las preocupaciones de él, le tira el pelo.* ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

EL APARECIDO

Con calma.

¿Lo ve usted?

ROSARIO

Consigue dar la luz.

¡Gracias á Dios!

EL APARECIDO

A ver si conseguimos desatar este nudo...

Se miran muy juntos, á la luz del portátil, y no se desagradan. El sonríe, y ella, después de sonreír-también, baja los ojos, muy avergonzada, cruzándose el kimono, que se ha desarreglado un poco en el jaleo.

EL APARECIDO

Ocupado en desenredar el pelo.

¡Tiene usted un pelo tan endemoniado!

ROSARIO

Ofendida.

¿Eh?

EL APARECIDO

He querido decir tan... enredoso... Se engancha en todas partes. ¿Es que le lleva usted siempre flotando al viento?

ROSARIO

Con mal humor.

¡Le llevo como me parece!

EL APARECIDO

Sin galantería, como quien afirma sencillamente un hecho.

Fino sí es... y rubio... No muy abundante, pero muy bonito.

ROSARIO

Rabiosa.

¡Gracias!

EL APARECIDO

Con calma glacial.

Y huele bien... muy bien. Huele un mechón con toda naturalidad. A violetas.

ROSARIO

Ofendidísima.

¡Caballero!

EL APARECIDO

Muy asombrado.

¿Se ofende usted?

ROSARIO

En el colmo de la indignación.

¡Naturalmente! ¡Habrà insolencia!

EL APARECIDO

Con calma.

Usted perdone... No creí que fuera insolencia ninguna afirmar que un cabello que huele á violetas, huele á violetas. ¿Acaso hubiera sido más correcto decir que huele á nardos?

ROSARIO

Indignada.

¡Huela á lo que huela, á usted no le importa!

EL APARECIDO

Con tranquilidad, prosiguiendo su tarea.

No he dicho que me importe... he dicho que huele...

ROSARIO

Está bien... *Nerviosa.* ¿Ha terminado usted?

EL APARECIDO

Con desesperación cómica.

¡Imposible!

ROSARIO

Aunque está sentada de espaldas á la mesa, busca á tientas, echando los brazos atrás, hasta que encuentra las tijeras de cortar papel.

Tome usted... ¡corte usted y acabemos de una vez!

EL APARECIDO

Con afectación de lástima un poco burlona, mirando á las tijeras y al pelo.

¡Cortar! ¡Oh!

ROSARIO

¡Traiga usted! *Con mal humor y energía, corta resueltamente las puntas del cabello que estaban enganchadas en los botones del chaleco. ¡U! ¡Ya estoy libre! Se levanta muy digna y se aparta unos pasos. Y ahora...*

EL APARECIDO

Se ha puesto también en pie, y se inclina correctamente.

Señora... ó señorita...

ROSARIO

Sin hacer caso ni del saludo ni de la interrupción.

Explíqueme usted cómo siendo, según usted dice, *Le mira de arriba abajo y se da cuenta de que, en*

efecto, va admirablemente vestido en traje de media etiqueta. persona decente, se ha atrevido usted á entrar de este modo en una casa extraña.

El principio de la frase le dice con mucha energía, pero al terminarla ya se ha suavizado un poco.

EL APARECIDO

Con calma correctísima.

Es muy sencillo: el viento horroroso, precursor de esta horrible tormenta, me arrebató el sombrero, y tuvo á bien hacerle entrar volando por esa ventana. Yo, sencillamente, he entrado á buscarle... Por aquí debe andar.

ROSARIO

Otra vez enfadada, porque la calma de él la pone nerviosa.

¿De modo que por recobrar un miserable sombrero de paja, salta usted á estas horas por una ventana, como un bandolero?... ¡Pues sí que el motivo es de importancia!

EL APARECIDO

Inclinándose.

Señora... ó señorita...

ROSARIO

Con mal humor.

¡Señorita!

EL APARECIDO

Sonriendo é inclinándose.

Señorita... todo depende del punto de vista en que uno se coloque... A usted es natural que mi sombrero... *Le ha estado buscando con la vista, y en este momento le encuentra, le recoge y le contempla lastimosamente.* ¡Pobrecillo! *Le limpia con afecto.* ¡Qué mal te ha sentado la excursión aérea!... le parezca un objeto de poca importancia, pero para mí, precisamente en esta ocasión, era importantísimo. *Ella le mira con curiosidad.* Sí, señora. Yo iba á una visita que me interesaba en extremo.

ROSARIO

¿Ah, sí?

EL APARECIDO

Sí, señorita... extraordinariamente. *A ella, sin saber por qué, le causa mal humor ese extraordinario interés.* No me agradaba ir por la calle, y mucho menos presentarme, llegar á la visita en cuestión á pelo y desgredado, como si acabara de cometer un crimen. Llamar á la puerta de este domicilio y

despertar á sus desconocidos habitantes para reclamar el objeto perdido me pareció una impertinencia innecesaria; salté á la ventana; la habitación estaba á oscuras y en silencio; me figuré que en ella no había nadie; pensaba recoger el sombrero y seguir mi camino... Si usted no hubiese gritado tontamente...

ROSARIO

Ofendida.

¡Oh!

EL APARECIDO

Imperturbable.

Me hubiese retirado como entré, sin ruido ni molestia para nadie; soy hombre discreto, aunque me esté mal el decirlo.

ROSARIO

Convencida, pero nerviosa, precisamente por haberse dejado convencer.

¡Está bien... está bien!... No hablemos más... Y ahora que ha recobrado usted ese precioso objeto, tenga usted la bondad de demostrar su discreción *Recalcando la palabra.* marchándose inmediatamente por donde ha venido.

Señala imperiosamente la ventana y se sienta muy decidida en el diván.

EL APARECIDO

Acercándose á la ventana y mirando á la calle.

¡¡¡Señorita!!!

ROSARIO

Sin moverse.

¿Qué hay?

EL APARECIDO

¡Que está diluviando!

En tono lamentable.

ROSARIO

Implacable.

Bien, ¿y qué?

EL APARECIDO

Que no traigo paraguas, porque cuando salí de casa hacía una noche deliciosa, y si me lanzo á la calle en este instante me voy á poner hecho una sopa.

ROSARIO

Con rencor celoso completamente injustificado, pero completamente femenino.

¡Ya! Y va usted á tener que presentarse en as-

pecto muy poco distinguido ante esa señora que le interesa á usted tantísimo.

EL APARECIDO

Acercándose á ella muy galante y con acento conciliador.

¿Quién le ha dicho á usted que es una señora?

Se sienta en el diván junto á ella.

ROSARIO

Levantándose como por resorte en cuanto él se ha sentado.

¡Salga usted! *Con ademán imperioso, y á pesar de la lluvia que sigue cayendo con más ruido que nunca. ¡Ya escampa!*

EL APARECIDO

Acercándose á la ventana.

No escampa. *Ella hace un gesto de desesperación. Y además, el sereno está abriendo la puerta de la casa de enfrente, y si me ve saltar por la ventana, ó me detendrá creyendo que soy un ladrón, ó me dejará escapar suponiendo* *Se inclina profundamente. ¡usted perdone!... que es usted mi cómplice... con lo cual usted quedará horriblemente comprometida...*

ROSARIO

Con desaliento, dejándose caer en una silla.

¡Es verdad!

EL APARECIDO

Respetuosísimamente.

Si á usted le parece, me esperaré un momento y evitaremos el posible escándalo.

ROSARIO

Sí, sí... evitémosle... Siéntese usted.

Con voz doliente.

EL APARECIDO

Sentándose bastante lejos de ella.

Gracias.

ROSARIO

Con voz de víctima.

¡No recordaba que tengo la desdicha de haber nacido mujer!

EL APARECIDO

¿A usted le parece desdicha?

ROSARIO

¡Espantosa! ¡Bien claro está ahora mismo! Si usted salta por mi ventana, y el mundo se figura que salta usted con mi consentimiento, su fama de usted no va perdiendo nada en la opinión, y en cambio la mía se hunde para siempre... ¿Le parece á usted bien?

EL APARECIDO

Humilde.

No, señora.

ROSARIO

Agresiva.

¿Le parece á usted justo que, en esta sociedad madrastra, el hombre tenga todos los privilegios y la mujer todas las responsabilidades?

EL APARECIDO

Con precaución.

Por lo visto... usted desearía poder saltar ventanas con tanta impunidad como un hombre.

ROSARIO

Enfadada.

¡No, señor: está usted completamente equivo-

cado! *Muy digna.* ¡Yo deseo que el hombre que salta por una ventana quede tan deshonrado y tan comprometido como la mujer que se queda dentro!

EL APARECIDO

Sí... es un punto de vista...

ROSARIO

¡Justo y racional! ¡El único: derechos iguales, deberes iguales!

EL APARECIDO

Con calma.

Por lo visto, es usted una mujer moderna.

ROSARIO

Levantándose con gran dignidad.

¡Modernísima!

EL APARECIDO

Con duda poco galante.

¡Ejem!

ROSARIO

Ofendida.

¿Lo duda usted?

EL APARECIDO

Me permito dudarle... porque si fuera verdad,
no tendría usted calma para leer eso.

*Señalando con desdén al libro que ella ha estado
leyendo y que ahora está en el suelo, junto al
diván.*

ROSARIO

*Recogiendo el libro, y apretándole contra su cora-
zón, como para defenderle.*

¿Sabe usted lo que es... esto?

EL APARECIDO

Sí, señora; una novela ultra-sentimental y ultra-
romántica: *Ilusión de Mayo*.

ROSARIO

En son de desafío.

¿La ha leído usted?

EL APARECIDO

Humildemente

Sí, señora.

ROSARIO

Indignada y sarcástica.

¡Ah! ¿Y no le gusta á usted?

EL APARECIDO

Con un leve mohín de desprecio.

¡Pts!... Como literatura, no está mal del todo.

ROSARIO

Indignada.¿Cómo que no está mal? *Con entusiasmo.* ¡Está admirablemente!

EL APARECIDO

Sonriendo.

Admitámoslo... pero lo que es el fondo...

ROSARIO

Agresiva.

¿Qué le pasa al fondo?

EL APARECIDO

Convencidísimo

Que no tiene sentido común.

ROSARIO

Como si la novela fuera suya.

¡Caballero!

EL APARECIDO

Con calma.

La heroína es una pobre imbécil que no piensa más que en el amor, y se traga como artículo de fe todas las mentiras que le cuenta un joven, por otra parte tan tonto como ella, á la luz de la luna... Cada media docena de páginas, se prometen una pasión eterna, cosa absolutamente imposible; una fidelidad sin límites, cosa absolutamente inverosímil...

ROSARIO

¡Señor mío!

EL APARECIDO

El autor les coloca en situaciones completamente absurdas... aquella divina noche de amor en góndola...

ROSARIO

¡Por los estrechos canales de Venecia!...

Con lirismo.

EL APARECIDO

Con lo mal que huelen, en la divina noche, los estrechos canales, y lo muy expuesto que va el que tiene el mal gusto de arriesgarse por ellos á que le arrojen desde una ventana algo peor oliente que el canal mismo...

ROSARIO

Escandalizada.

¡Es usted un ser prosaico y vulgar!

EL APARECIDO

Cortésmente.

Soy un hombre normal, enamorado de la realidad y del equilibrio, y si usted fuese, como presume, una mujer moderna, y no una niña desequilibrada, con ideas nuevas y sentimientos viejos...

ROSARIO

Interrumpiéndole.

¡Caballero, por muy enamorada que esté una

de la realidad, á veces necesita un poco de ensueño y de poesía, precisamente para consolarse de no poder lograr las realidades por que suspira! ¡El hombre que ha escrito este libro conoce el corazón de la mujer!

Dice todo esto, y en general todos «los discursos» del acto, queriendo ponerse muy seria, pero con un aire terrible de chiquilla mimada.

EL APARECIDO

Escéptico.

¿Usted cree?

ROSARIO

¿Usted no?

En son de desafío.

EL APARECIDO

Yo creo que el infeliz escribe sus novelas lo mejor que puede, mintiendo lo mejor que sabe, para venderlas en la mayor abundancia posible á su clientela de mujeres románticas... un poco ilusas y un mucho atrasadas.

ROSARIO

¡Caballero, le ruego á usted que no hable de lo que no comprende! *Dando un golpe al libro que ha*

dejado encima de la mesa, Este hombre es un espíritu elegido, y todas las mujeres de corazón le debemos eterno agradecimiento... ¡Ah, si alguna vez pudiera decirle todo lo que le admiro... aunque á usted le parezca esta admiración digna de una mujer... atrasada! Lo triste es que nunca le conoceré...

EL APARECIDO

Si tanto le interesa á usted, yo podría...

ROSARIO

Espantada.

¿Usted?... ¿Usted le conoce? ¿Es usted su amigo?

EL APARECIDO

Amigo... no es precisamente la palabra exacta... pero, en fin, tengo con él la confianza bastante para poder escribirle, si usted lo desea, una carta de presentación...

ROSARIO

Entusiasta.

¡Ay, sí, sí! *Reflexiva.* Es decir, si á usted no le molesta...

EL APARECIDO

Nada, absolutamente. *Se sienta á la mesa. Rosarito le da pluma y papel.*

EL APARECIDO

Empezando á escribir.

Mi querido amigo: Tengo el honor de presentarte á la señorita... ¿Cómo se llama usted?

ROSARIO

Un poco alterada.

Rosarito... *El la mira con sorna ante lo "femenino" de llamarse á si misma por un diminutivo. es decir... Rosario... Rosario Castellanos...*

Pone gradualmente una cara de apuro bastante cómica.

EL APARECIDO

¿Qué le sucede á usted?

ROSARIO

Nada... es decir... *Resuelta, pero apurada. ¡No, nada... siga usted...! El se ríe. ¿De que se ríe usted?*

EL APARECIDO

De que presume usted de mujer fuerte, y le da á usted reparo ir á visitar á un caballero sin otro motivo que el de ofrecerle su admiración... *Con afectada compasión.* ¡Y luego quiere usted ser igual á un hombre!

ROSARIO

Enfadada.

No, señor... no me da reparo... es decir, si me da... pero no es por mí... que yo me atrevo á todo... sino por él... que puede figurarse...

EL APARECIDO

¡Figurarse! ¡Ese hombre sublime que, según usted dice, conoce de tal modo el corazón de la mujer...!

ROSARIO

Enfadadísima.

¡Bueno, basta... consiento en que se burle usted de mí; pero de él, no, señor!

EL APARECIDO

¡Qué apasionamiento! ¡No sabe el muy... afortunado la suerte que tiene!

ROSARIO

¡Caballero... no escriba usted esa carta!

Con decisión.

EL APARECIDO

¿Y va usted á privarse del placer...?

ROSARIO

¡Eso es cuenta mía!

EL APARECIDO

No puedo consentirlo... hay que buscar un medio... *Se da una palmada en la frente.* ¡Ah!

ROSARIO

Intrigada.

¿Qué?

EL APARECIDO

¿Tiene usted un periódico de hoy?

ROSARIO

Sí... aquí está... *Le coge del montón de papeles.*
¿Para qué?

EL APARECIDO

Mirando los anuncios.

Llegamos á tiempo. Lea usted.

Le da el periódico señalando un párrafo.

ROSARIO

Leyendo.

“Caballero formal desea secretaria mecanógrafa, instruída y seria, para trabajos literarios. Sueldo decoroso.” *Sin aliento.* ¿Cree usted que se trata de...?

EL APARECIDO

Estoy seguro. *Cogiendo el periódico.* Sí, son sus señas... hace un par de semanas creo que le oí hablar de que pensaba poner el anuncio... Vea usted qué suerte. Por lo visto, aún está la plaza vacante. Yo termino la carta, y usted se presenta, ya sin reparo alguno, con el pretexto de solicitarla.

ROSARIO

¿Cómo con el pretexto? ¡Iré á solicitarla de verdad!

EL APARECIDO

Asombrado.

¡Usted!

ROSARIO

Muy digna.

¿Cree usted que no sirvo? Sé francés, alemán, inglés ¡y castellano!

EL APARECIDO

¡Oh, no es eso! *Mirando la habitación.* Es que me figuré... á juzgar por el medio en que usted vive, que no necesitaba usted...

ROSARIO

Interrumpiéndole.

¿Ganarme la vida? Es verdad... no lo necesito... lo cual quiere decir que en mi familia hay hombres que pueden trabajar para mí... *Patética.* ¡Esa es precisamente la amargura más grande, la humillación más negra de mi destino de mujer! Quiero trabajar, quiero ganar el pan que como. ¡Estoy cansada de ser un parásito!

EL APARECIDO

Escribiendo.

En ese caso... es posible que ustedes se con-
vengan... ¿Quiere usted darme un sobre?

*Ella busca un sobre y se le da; él le entrega la carta
para que la lea, mientras él pone la dirección.*

ROSARIO

*Lee la carta en voz baja y sonríe complacida y ru-
borosa, sin duda por lo que dice de ella.*

¡Oh, es usted muy amable! *Sigue leyendo y hace
un mohín al llegar á la firma. ¿Se llama usted... Pru-
dencio?*

Con desencanto.

EL APARECIDO

Con resignación y humildad.

Sí, señora: Prudencio González... Prosaico ¿ver-
dad? No todos tenemos la suerte de podernos
llamar como su héroe de usted: *Señalando á la no-
vela. Luis Felipe de Córdoba. Suspira y se levanta.* En fin...

Le da el sobre, y ella mete la carta en él y le cierra.

ROSARIO

Muchas gracias.

Se mete la carta en el pecho, y le da la mano.

EL APARECIDO

Apretándole la mano é inclinándose.

Celebraré haber contribuído á redimir de su esclavitud á una mujer bonita.

Sonrien con las manos cogidas.

En este momento se oye ruido fuera: la voz de Pepe, que canta el mismo couplet que cuando salió, y la de Emilio, que le riñe.

PEPE

Canta dentro.

EMILIO

Dentro.

¡Calla, hombre, calla, que vas á despertar á la abuelal

ROSARIO

¡Ay, Jesús, mis hermanos!

Se lleva las manos á la cabeza con terror, y echa á correr.

EL APARECIDO

Quiere detenerla sujetándola por el kimono.

Pero... señorita...

ROSARIO

Angustiadísima.

¡Déjeme usted, déjeme usted!

Corriendo, desaparece por la puerta de la alcoba; en la carrera pierde una babucha. El Aparecido, sin darse cuenta de lo que hace, la recoge, y se queda un segundo con ella en la mano; va á soltarla, cuando suena el picaporte de la puerta del pasillo y entran Emilio y Pepe. El Aparecido se guarda la babucha precipitadamente en un bolsillo, y cruza la habitación para saltar por la ventana; pero antes de haber llegado á ella, entran Emilio y Pepe, y le ven.

PEPE

Entra cantando bajito.

EMILIO

¡Calla, hombre, calla!

PEPE

Viendo el Aparecido.

¡Eh! ¿Qué es esto? ¡Un hombre!

Se precipitan los dos sobre él y quieren sujetarle, pero él, sin hablar, lucha brevemente con ellos, los derriba y salta por la ventana.

EMILIO

¡Miserable!

PEPE

¡Ladrón!

EMILIO Y PEPE

Quiriendo incorporarse y seguirle, gritan á un tiempo.

¡Ladrón, criminal!

Quieren correr á la ventana, pero tropiezan uno en otro y caen enredados al suelo, derribando una silla. Entran, como atraídas por los gritos, doña Barbarita y María Pepa por la puerta del pasillo y Rosarito por la de la alcoba.

DOÑA BARBARITA

En camisón, bata y papillotes, pero sin perder el decoro y la coqueteria.

¿Qué pasa?

MARÍA PEPA

En camisa, refajo amarillo y mantón.

¿Qué es esto?

ROSARITO

Andando á la pata coja porque no tiene más que una babucha, pero con el aire más inocente del mundo.

¿Por qué gritáis así?

EMILIO

Que consigue levantarse.

Un hombre...

PEPE

Que se levanta también.

Que estaba aquí...

MARÍA FEPA

¡Un hombre!

ROSARIO

Con toda inocencia.

¡Imposible!

EMILIO

Con mal humor.

¿Cómo imposible?

ROSARIO

¿Por dónde iba á entrar?

PEPE

Furioso.

Por donde ha salido. ¡Por la ventana!

ROSARIO

¡No puede ser!

MARÍA PEPA

Lo habréis soñado... Como vendréis alegres...

EMILIO

¡Ira de Dios, alegres!

PEPE

¡Se nos habrá subido á la cabeza el chaparrón!

EMILIO

Furioso, á Pepe.

Tú no le has visto, ¿eh?

PEPE

Frotándose un brazo.

¡Le he visto y le he sentido!

DOÑA BARBARITA

Conciliadora.

¡Puede que haya sido verdad!

EMILIO

¿Cómo, puede? *Viendo el sombrero de paja, que se ha quedado en una silla.* ¡Aquí hay un sombrero!

LAS TRES MUJERES

A un tiempo.

¡Un sombrero!

EMILIO Y PEPE

A un tiempo.

¿Y ahora?

ROSAKIO •

¡Un sombrero! A ver...

Le coge con sonrisa maliciosa, y volviendo la cara, le tira por la ventana.

PEPE Y EMILIO

¿Qué haces?

ROSARIO

Devolvérsele á su dueño.

En este momento entra por la ventana, en respuesta al sombrero del Aparecido, la babucha de Rosario que él se guardó en el bolsillo.

MARÍA PEPA

¿Qué es esto?

PEPE Y EMILIO

A un tiempo.

¡Una babucha!

ROSARIO

Aturdidamente.

¡Mi babucha!

DOÑA BARBARITA

En tono de reconvención, no se sabe si por la incorrección del hecho ó por la imprudencia de confesarlo.

¡Niña, qué dices!

EMILIO

Con indignación.

¡Tu babucha!

PEPE

Horrorizado.

¡Tu babucha!

ROSARIO

Espantada.

Sí... sí, pero...

Los dos hermanos, indignados, se precipitan hacia ella y hablan á un tiempo quitándose la palabra.

EMILIO Y PEPE

¿Cómo tiene ese hombre tu babucha?

ROSARIO

¡Yo qué sé!

PEPE

¿Cómo que no sabes?

EMILIO

¿Quieres explicarnos...?

PEPE

Quieres decirnos...

ROSARIO

Acongojada.

Pero si yo... Sí... es mi babucha... pero...

EMILIO

¡Habla!

PEPE

¡Habla!

EMILIO

¿Quieres hablar?

ROSARIO

Mira á todas partes con angustia, y se desploma en el diván.

MARÍA PEPA

Acudiendo á sostenerla.

¡Se ha desmayado!

DOÑA BARBARITA

Aparte.

¡Gracias á Dios! ¡Creí que no se le ocurría!

Se acerca á ella y la sostiene.

EMILIO

Furioso.

¡No te desmayes!

PEPE

Furioso.

¡No hagas pamemas!

EMILIO

¡Habla!

DOÑA BARBARITA

Con autoridad.

¡Apartad! ¡Retiraos! ¡Toda mujer que ha juzgado prudente desmayarse, es sagrada!

TELÓN RAPIDÍSIMO

ACTO SEGUNDO

Cuarto de trabajo del novelista Luis Felipe de Córdoba. Es una habitación de paredes claras, con mucha luz que entra por dos grandes balcones, amueblada con mucho confort, pero sin pretensiones de snobismo ni de magnificencia. Mesa para escribir grande, pero no de escritorio, colocada junto á uno de los dos balcones; en ella, el desorden natural de una mesa en la cual se trabaja: cuartillas, libros, periódicos y revistas, entre ellas tres ó cuatro extranjeras de mujeres y modas. Cesto para papeles, etc. Junto al otro balcón, mesa de mecanógrafo con su máquina de escribir y bastante trabajo preparado en ella: cuartillas de taquigrafía, otras de máquina, cesto de papeles. Casi toda la pared de la izquierda, excepto el espacio que queda en último término para una puerta que da paso á las habitaciones interiores, está ocupado por un diván ancho y cómodo; cerca de él hay una mesita auxiliar, también llena de libros y papeles, pero en orden perfecto. Sobre el diván, cuadros pequeños y un espejito de porcelana ó de talla, el único que hay en la habitación. En la pared derecha—último término—hay otra puerta que se supone conduce al vestíbulo y por la cual entran las gentes que se supone vienen de la calle; el resto de la pared está ocupado por una estantería baja, llena de libros. Sobre la tableta de la estantería algunos cacharros de buen gusto. Por las paredes algunos, pocos, cuadros modernos buenos y grabados antiguos. Sobre la

mesa grande de escribir, una pecera redonda con peces de colores. Visillos de tul claro en los balcones; puertas sin cortinas; el suelo de parquet; delante del diván, de la mesa de trabajo y de la mesa de la mecanógrafa, esterillas de junco de colores muy vivos. Sillas y sillones muy cómodos, ingleses.

Al levantarse el telón están en escena Irene y D. Juan. Irene, la secretaria, muchacha de unos veintidós años, simpática, vestida con modestia, pero elegante; lleva, sobre un traje sastre sencillo, un delantal de seda negra. Don Juan, caballero de unos cincuenta años, bien vestido y ligeramente fatuo. La secretaria está sentada á la mesa de la máquina, poniendo en el orden más perfecto notas y papeles. Don Juan pasea mientras habla. Aunque está de visita, no tiene bastón ni sombrero, porque los ha dejado en el vestíbulo.

DON JUAN

Mucho tarda en volver nuestro insigne novelista.

IRENE

Ocupada.

Sí.

DON JUAN

¿No sabe usted dónde ha ido?

IRENE

Ocupada.

No.

DON JUAN

Generalmente, no acostumbra á salir por la mañana, ¿verdad?

IRENE

Ocupada.

No. *Sin mirarle.* Si quiere usted dejarle algún recado...

DON JUAN

Prefiero esperarle todavía un momento, si á usted no le molesta...

IRENE

Nada absolutamente.

DON JUAN

Que es de las personas que no pueden estarse calladas, aunque supongan que estorban hablando. }

¿Está usted trabajando?

IRENE

No. Como ha terminado de arreglar los papeles, se levanta y se quita el delantal, que dobla cuidadosamente. Se acabó el trabajo.

DON JUAN

¿Por hoy?

IRENE

Por hoy y para siempre. Esta es mi última hora de secretaría "oficial".

DON JUAN

¿Cómo "oficial"?

IRENE

Sí; extraoficialmente, ó si usted lo prefiere, fuera de oficio, seguiré viniendo unos cuantos días para poner á la nueva secretaria al corriente de sus obligaciones...

DON JUAN

Encandilado.

¡Ah! ¿Ya tenemos secretaria nueva?

IRENE

Riéndose.

No... todavía no la tienen ustedes... No se entusiasme usted.

Se ha acercado á la mesa y pone en orden los libros y los papeles.

DON JUAN

No me entusiasmo; por bonita que sea, no me ha de gustar ni la mitad que usted. ¡Ay, Irene, Irene! ¿Cómo tiene usted valor para dejarnos?

IRENE

Sonriendo.

Porque tengo valor para casarme...

DON JUAN

Es verdad... No me recuerde usted que hay un hombre que goza el irritante privilegio de ser novio de usted. *Ella se ríe.* ¿Le querrá usted mucho?

IRENE

Riéndose.

¡Escandalosamente !

DON JUAN

¿Y el muy mastuerzo no se muere de gusto?

IRENE

Prefiere seguir viviendo unos cincuenta años para dejarme una viudedad decentita.

DON JUAN

¿Militar, por más señas?

IRENE

Sí, señor. *Muy satisfecha y enumerando graciosamente.* Ingeniero, simpático, buen mozo, hijo único y enamoradísimo de esta servidora. *Se inclina.* ¿Necesita usted más informes?

DON JUAN

Acercándose mucho á ella.

¿Por qué no se ha querido usted casar conmigo?

IRENE

Apartándose de él y mirándole con seriedad guasona.

¡Porque siempre me ha inspirado usted muchísimo respetol

DON JUAN

¡Qué manera tan fina de llamarme viejo!

IRENE

¿Yo á usted? *Haciéndose la muy modesta.* No, señor; ¡soy demasiado joven para atreverme á tanto!

DON JUAN

Riéndose.

¡Es usted un demonio!

IRENE

Con fingido candor.

¡Y mi novio que dice que soy un ángel!

DON JUAN

Volviendo á acercarse á ella.

Dígame usted...

IRENE

Volviendo á apartarse y sumamente respetuosa.

Usted mande...

DON JUAN

Maliciosamente, señalando al sillón donde sin duda se sienta el novelista, como si éste estuviese presente.

Y... con el "grande hombre"... ¿Cómo no se ha casado usted?

IRENE

Riéndose.

¡Pero usted querría que me hubiese casado con todo el mundo!

DON JUAN

Con impertinencia.

¿De veras, de veras no se han enamorado ustedes nunca?

IRENE

Un poco seca, porque ya empieza á molestarle la conversación, pero esforzándose por seguir el tono de broma.

No se nos ha ocurrido.

DON JUAN

Que no nota el matiz, insistiendo.

¿A él... tampoco?

IRENE

Muy seria.

¡Por lo menos, nunca me lo ha dicho!

DON JUAN

Escandalizado.

¡Parece mentira! En tres años de trabajar juntos... ¡Un hombre que escribe esas novelas tan sentimentales!

IRENE

¡Ahí verá usted!

DON JUAN

Mirándola de arriba abajo con aire conquistador.

¡Aunque no hubiera sido más que por hacer un experimento!

IRENE

Muy seria y molesta.

El grande hombre, como usted le llama, además de ser un admirable novelista, es un perfecto caballero, y sabe de sobra que una señorita decente no es un conejo de Indias.

DON JUAN

Usted perdone... no he querido ofenderla...

IRENE

Sin responder se sienta á la máquina de escribir y pone un plieguecillo de papel disponiéndose á trabajar.

DON JUAN

Incorregible.

¿No decía usted que se había acabado el trabajo?

IRENE

Muy seca.

Sí, pero ahora recuerdo que tengo que escribir unas cartas mías que me interesan mucho. *Escribe vertiginosamente.* Usted dispense.

DON JUAN

¿Es que desea usted que me vaya?

IRENE

Sin mirarle.

Creo que es inútil que se moleste usted en seguir esperando, porque probablemente el señor de Córdoba ya no vendrá antes de almorzar.

Sigue escribiendo vertiginosamente y haciendo mucho ruido con la máquina.

DON JUAN

La mira bastante mortificado, va á acercarse á ella, pero lo piensa mejor y se dispone á marcharse.

Vaya... pues buenos días...

IRENE

Sin moverse.

Buenos.

DON JUAN

Usted dispense.

Esperando aún renovar la conversación.

IRENE

No hay de qué.

Sigue escribiendo.

DON JUAN

Y que sea muy enhorabuena.

IRENE

Secamente.

Gracias.]

Don Juan va á salir, pero tropieza en la puerta del vestibulo con Guillermo, que es el criado del novelista. Guillermo es hombre de más de cincuenta años, con tipo medio de criado, medio de dó-

mine. Está completamente calvo y va pulcramente vestido, pero no con librea, sino con ropa de buena tela y de buen corte que evidentemente no se ha hecho para él, lo cual demuestra que se viste con los trajes pasados de moda de su amo. Es amable, sonriente, discreto y feliz. Don Juan se detiene al verle entrar, porque le gusta enterarse de todo, y quiere saber á qué viene.

GUILLERMO

Señorita Irene: ahí en la antesala hay una señorita que pregunta por el señorito. Dice que viene á un asunto particular, por causa del anuncio del periódico.

DON JUAN

Encandilado.

¡Una candidata! A Guillermo. ¿Es guapa?

GUILLERMO

No contesta, y mira á Irene imperturbable.

IRENE

Que pase. Don Juan, como pretexto para esperar la entrada de la «candidata», mira de un lado para otro como buscando algo. ¿Busca usted su sombrero y su bastón? Están en la antesala.

DON JUAN

Con sorna.

Es usted muy amable.

Va á salir, puesto que no hay más remedio, cuando entran Guillermo y Rosario. Rosario viene con traje sastre y sombrero pequeño, elegantísima, con todos los detalles: guantes, zapatos, medias, bolsillo, sombrilla de irreprochable buen gusto. Don Juan al verla hace un elocuente gesto de apreciación admirativa, y parece más dispuesto que nunca á quedarse; pero Irene, que le adivina la intención, no lo consiente.

GUILLERMO

A Rosario.

Tenga la señorita la bondad de pasar.

ROSARIO

Entra un poco aturdida, y mira á todos lados con cierto espanto. Mira á Irene, luego á Don Juan. Cree, naturalmente, que es su novelista y se dirige á él como para hablarle, sonriendo para darse valor á sí misma; pero se queda á mitad de camino y de sonrisa al oír á Irene, que dice á Guillermo:

IRENE

A Guillermo.

Guillermo, haga usted el favor de dar el bastón y el sombrero al señor Medina.

GUILLERMO

Sí, señorita. *Sosteniendo la puerta correctamente.*
Pase usted, don Juan.

Don Juan sale furioso.

ROSARIO

¡Ah... creí!

Ha retrocedido un poco y está casi en la pared, junto á la puerta. Todo esto muy rápido.

IRENE

Amable.

Que era el señor de Córdoba... No, señorita... ¡afortunadamente! El señor de Córdoba no está en este momento, pero no tardará mucho en volver. Si quiere usted tomarse la molestia de esperarle un instante... *Le indica un sillón.* Siéntese usted...

ROSARIO

Sin sentarse.

¿Usted es su... señora?

IRENE

Sonriendo.

Soy su secretaria.

ROSARIO

Con desencanto.

¡Ah!... ¡su secretaria...! Entonces es inútil que le espere... Me marchó... usted dispense... Yo venía...

IRENE

¿A pretender el puesto? *Rosario afirma con el gesto.* Siéntese usted. He dicho *soy* y he debido decir *he sido*: el puesto está vacante: yo estoy únicamente hasta que tome posesión mi sustituta. Tenga usted la bondad... *Vuelve á indicarle el sillón y Rosario se sienta con un suspiro de satisfacción.* Celebraré que sea usted. *Se sienta frente á ella.* Porque es usted simpática.

ROSARIO

Muchas gracias.

IRENE

Mira casi maternalmente á la habitación.

Y no me gustaría dejar todo esto, á lo que he tomado tanto cariño, en poder de una buena señora que no supiera apreciar lo que vale.

ROSARIO

Con curiosidad.

Y usted ¿por qué renuncia...?

IRENE

Sonriendo satisfecha.

Porque asciendo de empleo. Me caso.

ROSARIO

Alarmadísima.

¿Con él?

IRENE

No, señora. Con otro.

ROSARIO

Con descanso.

¡Ah!

IRENE

¿Usted no le conoce?

ROSARIO

Inocentemente.

¿Al otro?

IRENE

No. A... éste.

ROSARIO

No. *Con alarma súbita, al reparar en que Irene sonrío.*
¿Está casado?

IRENE

No.

ROSARIO

Queriendo darse aires de indiferencia.

Yo le admiro muchísimo, y me hubiese gustado tener su retrato, pero no se encuentra.

IRENE

No ha consentido en retratarse nunca. Dice que le gusta que sus lectoras puedan figurársele como un ser admirable, y que como cada una tendrá su ideal, más ó menos fantástico, no quiere quitarles ilusiones con la realidad.

ROSARIO

Desilusionada.

¡Ah! ¿Es feo?

IRENE

Con el desprendimiento de quien se va á casar con "otro".

Ni feo ni guapo. Para hombre, no está mal.

ROSARIO

Da un suspiro de alivio.

¡Ah! ¿Y es... Va á preguntar ¿es joven?, pero le parece más correcto cambiar de adjetivo. ¿es viejo?

IRENE

Con indiferencia.

Unos treinta y ocho años.

ROSARIO

Mirando la habitación, muy complacida.

¿Aquí trabaja? Irene afirma con el gesto. ¡Qué cuarto tan simpático! ¡Todo tan limpio, tan de buen gusto, tan en su sitio!

IRENE

Levantándose y poniendo derecha una silla.

Sí: es el hombre más desordenado del mundo, pero no puede sufrir el desorden. Esa es la prin-

principal misión de su secretaria: él, cuando se marcha, deja las cuartillas tiradas y sin numerar, los libros de consulta por el suelo, los papeles rotos en la carpeta y las notas que más le interesan en el cesto de los papeles rotos; y cuando vuelve le gusta encontrar cada cosa en su puesto, la mesa ordenada, las cuartillas en limpio, los libros que va á necesitar, aquí á la izquierda. ¿Usted ya habrá desempeñado otra secretaría como ésta?

ROSARIO

Como ésta, precisamente, no... pero...

IRENE

Ya... Viene usted de una casa de banca... >

ROSARIO

No, señora... Vengo... porque un amigo me enseñó el anuncio, y me dió una carta de recomendación.

IRENE

Interesada.

¡Ahl ¿Trae usted una carta?

ROSARIO

Aquí está.

Saca del bolso la carta que le dió el Aparecido y se la alarga á Irene.

IRENE

Se la pondremos encima de la mesa. Coge la carta y, por instinto de curiosidad, mira el sobre, y hace una exclamación de sorpresa. ¡Eh!

ROSARIO

Alarmada.

¿Qué pasa?

IRENE

Mirando muy intrigada á la carta y á Rosario.

¿Quién le ha dado á usted esta carta?

ROSARIO

Un poco seca.

Ya se lo he dicho á usted. Un amigo.

IRENE

Sin dejar de mirarla.

Pero... ¿á usted misma?

ROSARIO

Un poco alterada.

Sí... ¿por qué?

IRENE

Por nada. *Deja la carta sobre la mesa.* Es que me parecía conocer la letra.

ROSARIO

Es de don Prudencio González.

IRENE

Llena de asombro.

¡Ah! Pero ¿usted conoce... personalmente... á don Prudencio González?

ROSARIO

Alarmadísima, pero queriendo disimularlo.

¡Naturalmente que le conozco! ¿Es algundeshonra?

IRENE

Sonriendo.

¡Qué ha de ser! Al contrario.

ROSARIO

Vacilando.

Él me dijo... que era bastante amigo... del señor de Córdoba. ¿No es verdad?

IRENE

¡Ya lo creo! *Rosario da un suspiro de alivio.* Y á propósito de amigos. *Confidencial.* Si se queda usted... que sí se quedará...

ROSARIO

Interrumpiendo, muy contenta.

¿Lo cree usted probable?

IRENE

Señalando la carta.

Con esa recomendación, casi seguro.

ROSARIO

Juntando las manos con deleite.

!!!Ah!!!

IRENE

Confidencial.

Pues, si se queda usted, tenga usted cuidado con ese señor gordo á quien yo hice salir cuando usted entró...

ROSARIO

Abriendo mucho los ojos.

Don Juan he creído oír que se llama.

IRENE

Precisamente... Se llama don Juan y está empeñado en merecer el nombre. Le hará á usted el amor con una persistencia intolerable. *Todo esto lo dice muy de prisa como para quitarle importancia.* Le regalará á usted bombones, le dirá á usted bromitas sin gracia, no la dejará á usted trabajar en paz... pero no es eso lo peor...

ROSARIO

Abriendo mucho los ojos.

¿No?

IRENE

Con misterio.

¡Lo peor es que tiene sobre el señor de Córdoba una influencia horrible! *Se sienta en el diván. Rosario, sugestionada por su aire de misterio, se sienta junto á ella y la mira ávidamente.* ¡Es un secreto! Verá usted. Aunque en la vida real le gustan á morir las mujeres, en la literatura nos aborrece á todas.

ROSARIO

¿Cómo?

IRENE

Sin interrumpirse.

...Y no está satisfecho más que cuando consigue que nos sucedan las mayores catástrofes.

ROSARIO

Intrigadísima.

No entiendo...

IRENE

¿Ha leído usted *Ilusión de Mayo*?

ROSARIO

Con entusiasmo.

¡Claro que sí!

IRENE

Con misterio.

¿Se acuerda usted de aquella pobre niña tan rubia y tan bonita que vendía claveles y naranjas en Florencia á la orilla del Arno?

ROSARIO

Como si hablase de una amiga querida.

¿Bettina?

IRENE

Como si se tratase de una persona real.

Sí, Bettina Florianni... la que se enamoró de aquel pintor inglés tan guapo y tan simpático...

ROSARIO

Interrumpiendo con interés ardiente y dolido.

¡Y que luego una noche de luna se tiró al río...!

IRENE

Interrumpiendo con apasionamiento.

...Desesperada, porque resultó que él no la quería... es decir, la quería...

ROSARIO

Interrumpiendo.

¡Pero estaba casado con otra!

IRENE

Con rencor.

¡Pues él tuvo la culpa!

ROSARIO

¿Quién?

IRENE

Con rencor.

¡Don Juan!

ROSARIO

Con odio y desprecio.

¿Ése gordo antipático?

IRENE

Muy excitada.

El mismo... que al principio, el inglés no estaba casado con nadie, pero él se empeñó en que es mucho más artístico y más conforme con la naturaleza humana el que un pintor rico engañe á una florista pobre, que el que la adore y se case con ella...

ROSARIO

Con indignación.

¿Y el señor de Córdoba se dejó convencer?

IRENE

Con sonrisa de dolido escepticismo.

Como el otro es crítico y escribe en los periódicos... *Con desprecio.* Por supuesto, muy mal... eso me consta *Muy de prisa.* que un día me escribió un papelito declarándose, y le metió debajo de la máquina, y por decirme que tengo las manos tan bonitas que parecen de cera, me escribió que

tengo las manos "ceruleas", ¡ya ve usted! *Con indignación gramatical.* Y además escribe general con jota y espontáneo con equis... ¡un horror! Pues ahora está empeñado en conseguir que Juanita Llerena... ¿Usted lee *La Granada Abierta*, que se publica de folletín...?

ROSARIO

Interrumpiendo con viveza.

¿En la *Revista Griega*? ¡Claro que sí!

IRENE

Pues se le ha metido en la cabezota que Juanita, que, como usted sabe, estudia la carrera de Farmacia, porque quiere ser una mujer digna, y ganarse la vida, y casarse con Mariano Ochoa...

ROSARIO

Interrumpiendo vivamente.

Que es tan buena persona y tan simpático...

IRENE

Con indignación.

¡Tiene que salir mal en los exámenes, y decirle que sí á aquel viejo rico, que lleva tres años haciéndole el amor!

ROSARIO

Con espanto.

¿A don Indalecio?

IRENE

Con afirmación fatalista.

¡A don Indalecio!

ROSARIO

Levantándose indignada.

¡Ay, eso sí que no! ¡De ninguna manera!

IRENE

Levantándose también.

Dice que á una mujer tan soñadora como Juanita tienen que suspenderla por fuerza en Química Orgánica.

ROSARIO

Con aire de desafío.

¡Ah! ¿Sí?

IRENE

Y que además no hay niña contemporánea que prefiera un joven idealista y pobre á un viejo millonario.

ROSARIO

Indignada.

¿De veras?

IRENE

Y además, ¿qué tiempo le queda de adorar al joven cuando se haya casado con el viejo?

ROSARIO

En el colmo de la indignación.

¡Pero ese hombre es un cínico!

IRENE

¡Ya ve usted! *Con grandísimo apuro.* ¡Y la semana que viene tiene que ir á la imprenta el original con la decisión de Juanita!

ROSARIO

Con inmensa ansiedad.

¿Y ya se ha decidido por el viejo?

IRENE

Todavía no... Ayer me dió el señor de Córdoba á copiar dos cuartillas, en que se decidía; pero al ver la cara que yo puse me las mandó romper.

ROSARIO

Con inmenso descanso.

¡¡¡Ah!!!

Se sienta.

IRENE

No sabe usted lo que siento marcharme con esa incertidumbre. En lo de la pobre Bettina aun era posible transigir, porque al cabo la muerte es un final poético; pero esto de Juanita es horrible...

ROSARIO

¡Horrible y repugnante!

IRENE

Mirando al reloj.

Ay ¡Dios mío! Las once y media ya, y mi pobre Paco que me estará esperando desde las

once. *Mira por el balcón levantando un visillo. Sí, allí está. Haciéndole señas. Voy... voy ahora mismo... Espera...*

ROSARIO

Cogiendo su sombrilla.

Por mí, no se detenga usted... Puedo marcharme.

IRENE

De ninguna manera. Usted se queda aquí... El señor de Córdoba vendrá inmediatamente... Me dijo que le esperase hasta las once... ya sabe que me tengo que marchar... Usted me hará el favor de decirle que mañana vendré antes de las nueve. *Va á la mesa y, abriendo un cajón, saca un cepillo, con el que se cepilla mientras habla. ¡Guillermo, que me voy! Usted no sabe qué trajín son estos preparativos de boda. Se arregla el pelo en el espejo que hay sobre el diván, mientras habla. Y yo que, como no tengo madre, todo me lo tengo que arreglar solita. Gracias á que mi Paco es un ángel, y me acompaña siempre que puede, aunque, como es hombre, le fastidia ir de tiendas. Va hacia el balcón y hace señas al novio, que está esperando. Voy... voy... A Rosario, volviéndose. El pobre se impacienta. Muy seria, y con toda naturalidad. Hoy vamos á comprar las cacerolas. Entra Guillermo, con un sombrero de se-*

ñora en una mano y una sombrilla en la otra. Gracias, Guillermo. Coge el sombrero y se le pone, mirándose al espejo mientras habla. Esta señorita se queda aquí, porque tiene que hablar con el señorito.

GUILLERMO

Sonriente, teniendo la sombrilla y dando á Irene un velito que había dentro de ella.

Sí, señorita Irene.

IRENE

Poniéndose el velillo.

Si vuelve don Juan antes que el señorito, no deje usted que pase.

GUILLERMO

Dándole la sombrilla.

No, señorita Irene.

IRENE

Si vienen de la imprenta, encima de la mesa están las pruebas.

GUILLERMO

Que se ha acercado á la máquina y ha cogido un bolso, que ofrece á Irene.

Sí, señorita Irene.

IRENE

Cogiendo el bolso.

No deje usted de mudarles el agua á los peces.

GUILLERMO

Abriendo la puerta.

Vaya usted descuidada, señorita Irene.

IRENE

Poniendo la mano sobre la pecera.

¡Pobrecillos! También siento dejarlos... *A Rosario.* Usted los cuidará... *Con toda naturalidad.* No comen más que moscas. *Da la mano á Rosario.* Me alegraré infinito de encontrarla aquí, mañana cuando vuelva.

Le aprieta la mano con efusión.

ROSARIO

Con la mano cogida, y también efusiva.

Muchísimas gracias.

IRENE

Sin soltarle la mano, y con acento de encargo supremo.

Y ya lo sabe usted: en usted confío para lo de Juanita. Usted podrá influir.

ROSARIO

Encandilada.

¿Usted cree?

IRENE

Besándola efusivamente en las dos mejillas.

Muchísimo más de lo que usted piensa. *Con aire de misterio.* Mañana le diré á usted por qué. *Va vivamente hacia la puerta.* ¡Adiós, Guillermo!

Sale.

GUILLERMO

Sosteniendo la puerta respetuosamente.

Que usted lo pase bien, señorita Irene. *Se vuelve hacia Rosario, que se ha quedado pensativa junto á la*

mesa y que mira, sin darse cuenta de ello, á la pecera. ¡Le ha chocado á la señorita lo de los peces? Los tiene el señorito encima de la mesa siempre que trabaja, porque dice que el trajín de los bichos le ayuda á él á enredar á los enamorados que pone en las novelas. *Filosófico*. ¡Cosas del arte y de la inspiración! *Muy convencido*. ¡Como no bebe!... *Sonriendo muy amable*. Por las moscas, no tiene que apurarse la señorita; si es que se queda: servidor trae todas las mañanas un cucurucho... que me las caza el chico de la tienda de comestibles... *Timbre de teléfono dentro*. Me parece que llaman al teléfono. Dispéñseme un momento la señorita.

Sale con calma.

ROSARIO

Al quedarse sola pasea un momento, un poco nerviosa, mirando con curiosidad todo lo que hay en la habitación: la máquina de escribir, los libros, etcétera. Por fin se para pensativa en contemplación de la pecera y dice casi inconscientemente y en voz baja:

¡Para enredar á los enamorados...!

Entra, sin que ella le vea, el Aparecido, que indudablemente viene de la calle; trae sombrero, pero no de paja, que se quita al entrar y conserva en la mano, junto con el bastón. Es hombre—ahora que se le ve á plena luz—de unos treinta y ocho años, simpático, sencilla y elegantemente vestido, con

sonrisa benévola y un poquito guasona. Se queda mirando, complacido y sonriente, á Rosario, que no le ve entrar porque está de espaldas á la puerta; luego va despacito, de puntillas, á cerrar la puerta, y acercándose á ella dice con la más exquisita amabilidad:

EL APARECIDO

A Rosarito, muy de cerca y muy amable.

¿Le interesan á usted los peces de colores?

ROSARIO

Sorprendida.

¿Eh? *Se vuelve, y al encontrarse tan cerca del Aparecido, se asusta casi tanto como cuando le vió entrar por la ventana, la noche antes, y da un grito. ¡Ay!*

EL APARECIDO

Acercándose á tranquilizarla.

Señorita...

ROSARIO

Retrocediendo.

¡No se acerque usted!

EL APARECIDO

Sonriendo.

¿Pero todavía no está usted convencida de que no soy un alma del otro mundo?

ROSARIO

Pasando del susto á la indignación.

¡Caballero, no añada usted la burla á la persecución!

EL APARECIDO

Inclinándose cada vez con mayor amabilidad.

Señorita, protesto humildemente...

ROSARIO

¿No le basta á usted con haberme comprometido...?

EL APARECIDO

¿Yo á usted?

ROSARIO

¡De un modo horrible...! ¿A quién se le ocurre tirarme la babucha por la ventana?

EL APARECIDO

Inclinándose.

¡Como usted me tiró á mí el sombrero!

ROSARIO

¡Porque me daba lástima pensar que estaba diluviando y que iba usted á andar por esas calles sin nada á la cabeza!

EL APARECIDO

Inclinándose muy agradecido.

¡También á mí me daba compasión pensar que el piececito compañero de esa mano piadosa se iba á quedar descalzo!

ROSARIO

Muy dolida.

¡He tenido que fingir, que mentir, hasta que desmayarme!

EL APARECIDO

Muy asombrado.

¿Y eso le importa á usted?

ROSARIO

Ofendidísima.

¡Naturalmente! ¡Me gusta decir siempre la verdad, y sólo la verdad!

EL APARECIDO

Con admiración.

¡¡¡Siendo mujer!!!

ROSARIO

Sumamente digna, y recalcando el nombre con cierto desdén.

¡Señor don Prudencio González, *Cuando Rosario pronuncia su nombre, el Aparecido hace un gesto de asombro, como si no esperase oírle.* tiene usted una idea completamente errónea del sexo femenino!

EL APARECIDO

Inclinándose humildemente.

Es posible... es posible...

ROSARIO

Muy digna.

¡Es seguro!... *Muy mujer superior.* Por eso, sin

duda, se figura usted que á una mujer como es debido puede halagarle una persecución...

EL APARECIDO

Interrumpiéndola muy serio.

Usted perdone: ya dos veces, en cinco minutos, ha pronunciado usted esa palabra, y la verdad, no creo que haya habido en mi conducta nada absolutamente que la motive.

ROSARIO

Un poco sorprendida.

¿Dice usted...?

EL APARECIDO

Inclinándose con exquisita finura.

Aun á riesgo de mortificar una vanidad femenina... ¡oh, justificadísima!... me permito asegurar á usted que no he tenido nunca la menor intención de perseguirla.

ROSARIO

En son de desafío.

¡Atrévase usted á decir que no ha venido usted hoy á esta casa sabiendo ó suponiendo que yo estaba en ella!

EL APARECIDO

Con humildad.

Eso, realmente, no puedo negarlo. *Ella hace un gesto de triunfo, como diciendo: ¿Lo ve usted? Él continúa después de una brevísima pausa. Lo suponía... es decir, lo dudaban... es decir, para ser más exacto, ya que á usted le gusta tanto la verdad, me atrevía á esperarlo... á desearlo, si exige usted mayor exactitud... Ella hace un mohín de desagrado completamente hipócrita. ¿Se ofende usted? ¡Mal hecho! Además, por muy seria que se ponga usted, no lo creo. Ella va á protestar, pero él sigue hablando con voz á un tiempo insinuante y guasona. ¿Qué hubiera usted pensado de mí, si después de haber tenido el honor de conocerla en circunstancias tan... digamos poéticas, no hubiese yo guardado de la... aventura un recuerdo, siquiera levemente sentimental?*

ROSARIO

Muy desdeñosa, como si ella estuviera por encima de todo sentimentalismo.

¿Sentimental?

EL APARECIDO

Con buen humor.

¡No sea usted hipócrita!

ROSARIO

Ofendida.

¡Caballero!

EL APARECIDO

Acercándose á ella con «calinerie» simpática, como si no tuviera para nada en cuenta su enojo.

¿Usted no cree que unos cabellos rubios...

ROSARIO

Interrumpiendo, con rencor, por el poco caso que él pareció hacer de ellos la noche pasada.

¡Tan endemoniados!

EL APARECIDO

Continuando, como si no hubiese notado el tono agresivo de la interrupción.

... pero tan tenaces, y que se enredan tan cerca del pecho...

ROSARIO

Mirando, sin saber por qué, á la pecera, al oír la palabra «enredan», y dirigiéndose á los peces, con odio, como si ellos tuvieran culpa de algo.

¡Ah... se enredan!

EL APARECIDO

Sin interrumpirse, como si ella no hubiese hablado.

... puedan tender un lazo á... *Buscando cuidadosamente la palabra. ... la imaginación de un hombre sensible?*

ROSARIO

Que en cuanto huele en el aire la sombra de una declaración se cree obligada á ponerse tonta.

¡Caballero, le suplico á usted que no siga por ese camino!

EL APARECIDO

Acercándose un poco más á ella y hablando en voz insinuante entre ternura y guasa.

¿De veras, de veras le parece á usted tan desagradable?

ROSARIO

Cada vez más alterada.

¡Me está usted insultando, señor mío!

EL APARECIDO

Retrocediendo, al parecer asustadísimo.

¡Usted perdone... usted perdone!... *Ya casi junto á la pared, y hablando con precaución.* ¡Es usted una

mujer terrible! ¡Nunca sospeché que cuatro ino-
centísimos conceptos de galantería elemental, di-
chos sencillamente para pasar el rato, pudieran
producirle impresión tan tremenda!... ¿Qué le
sucedería á usted si oyese una declaración de
amor?

ROSARIO

Ya medio enloquecida por el desconcierto.

¡Pasar el rato!

EL APARECIDO

Amabilísimo.

¡Naturalmente! *Sonriendo con cierta fatuidad.* ¿O
es que lo había usted tomado en serio? *Como
ofendido.* ¿Me cree usted tan niño ó tan impresio-
nable que vaya á enamorarme de una mujer sólo
por verla con el pelo suelto?

ROSARIO

Apretando los puños, y ya á punto de tirarle algo.

¿Y tiene usted valor para decirme...?

EL APARECIDO

*Poniéndose el sombrero delante de la cara, como si
ya le hubiese ella tirado un libro á la cabeza.*

¡Como á usted no le gusta más que la verdad!

ROSARIO

Señalando la puerta imperiosamente.

¡Salga usted de aquí inmediatamente!

EL APARECIDO

Con resignación guasona.

Ayer por la ventana... hoy por la puerta... ¡Se pasa usted la vida mandándome salir!

ROSARIO

¿Quién le manda á usted pasársela entrando donde no le llaman?

EL APARECIDO

Ya en la puerta, como si no se resignase á marcharse sin una humildísima protesta.

¡Qué desagradecidas son las mujeres!

ROSARIO

Cayendo en el lazo.

¿Yo qué le tengo que agradecer á usted?

EL APARECIDO

Volviendo inmediatamente al centro de la habitación.

¡Ahí es nada...! La primera emoción que ha valido la pena en su vida de usted...

ROSARIO

Con desprecio.

¡Ah! ¿Usted se figura que yo me emocioné al verle á usted saltar?

EL APARECIDO

Con modestia afectada.

No precisamente por ser yo el que saltara... pero... en fin...

ROSARIO

Con chiquillería.

¡Pues no me emocioné nada absolutamente!

EL APARECIDO

Indignado.

¿Entonces qué mil diablos le hace á usted falta para emocionarse?

ROSARIO

Satisfechísima al creer que ha conseguido hacerle rabiar.

¡Ahí verá usted! ¡Bien dicen que siempre es más lo que una se figura...!

EL APARECIDO

Levanta al cielo las dos manos, teniendo en una el bastón y los guantes y en otra el sombrero, y exclama con sorna:

Fíese usted, después de escuchar esto, del candor é inocencia de las niñas que leen *Ilusión de Mayo*.

Se ríe suavemente, y mira á Rosarito con aire de reproche casi paternal.

ROSARIO

Pataleando y ya casi con un verdadero ataque de nervios, á fuerza de rabieta.

¡Calle usted... calle usted... salga usted! *El, un poco alarmado, porque comprende que ahora «va de veras» la nerviosidad, deja rápidamente en una silla el bastón y el sombrero que ha conservado en la mano durante toda la escena, y se acerca á ella. ¡No se acerque usted! Tiembla nerviosísima y aprieta los dientes. El, creyendo que va á desmayarse, se acerca un poco más. ¡Si me toca usted, grito! El, cada vez más asustado, alarga los brazos*

*para sostenerla; ella grita. ¡Guillermo! ¡Guillermo!
¡Guillermo!*

Y huyendo del Aparecido, andando hacia atrás, se deja caer, sin desmayarse, en el diván. El Aparecido la mira, completamente en serio, sin atreverse á acercarse á ella. Entra Guillermo tan sonriente como de costumbre.

GUILLERMO

Entrando.

¿Llamaba el señorito?

Mira alternativamente al «señorito» y á la «señorita» y sonríe.

EL APARECIDO

¡Un vaso de agua con un poco de azahar!...

ROSARIO

Alteradisima.

¡Abra usted la puerta á este caballero y hágale usted salir inmediatamente! Guillermo mira perplejo al Aparecido. ¿No me oye usted? Guillermo los vuelve á mirar á los dos, como esperando órdenes del Aparecido. ¡Tenga usted la bondad de hacer lo que le mando!

Muy seria, dominando los nervios como puede.

EL APARECIDO

Con suavidad.

¡No se atreve, porque teme que si él me hace salir á mí, le ponga yo á él de patitas en la calle!

ROSARIO

Con terror, comprendiendo á medias.

¿Usted á él?... entonces... usted... *Casi gritando.*
...¿quién es usted?

EL APARECIDO

Sonriendo.

Guillermo... ¿quién soy yo?

GUILLERMO

¿El señorito me pregunta á mí quién es el señorito? ¿Quién va á ser el señorito? ¡¡El señorito!!

ROSARIO

Con terror creciente.

Es decir... el... el... el...

EL APARECIDO

Inclinándose humildemente .

El dueño de esta casa, sí, señora... el humilde autor de *Ilusión de Mayo*...

ROSARIO

Mirándole casi con desvarío.

¡Usted! *Con sorpresa infinita y despecho rabioso.* ¡¡Usted!! *Con aflicción y decepción.* ¡¡¡Usted!!!

Se tira de bruces en el sofá y rompe á llorar desconsoladamente y con grandes sollozos.

EL APARECIDO

Comprendiendo que el llanto es el remate de la crisis nerviosa, dice rápidamente á Guillermo:

¡El agua y el azahar! *Guillermo sale. El Aparecido se sienta en el diván junto á Rosario y le habla con cariño, como á una niña, para tranquilizarla.* ¡Perdóneme usted!... ¡Tranquílícese usted!... ¡No llore usted, que no vale la pena! *Ella sigue llorando, sin responder, pero calmándose poco á poco, inconscientemente arrullada por la voz insinuante de él.* ¿Es posible que le duela á usted tanto encontrar en mi humilde persona al admirado desconocido? *Ella no contesta.* ¡Tenga usted la bondad de mirarme!... ¡Vamos, Rosarito!

ROSARIO

Muy enfadada y con chiquillería.

¡No me llame usted Rosarito!

Saca el pañuelo del bolso y se limpia las lágrimas.

EL APARECIDO

Muy humilde.

Como usted quiera... ha sido sin querer... *Entra Guillermo. El Aparecido le coge el vaso y le hace una seña de que se vaya. Guillermo sale de prisa y sin hablar.* ¡Beba usted un poco de agua con azahar!

ROSARIO

Sin mirarle, muy seca, pero muy chiquilla.

¡Gracias... no me hace falta!

Se levanta de un respingo, y él se queda con el vaso en la mano.

EL APARECIDO

Sin levantarse.

¿Dónde va usted?

ROSARIO

Con el tono de un chiquillo que dice: ¡No juego!

¡A mi casal

EL APARECIDO

Levantándose, pero sin dejar el vaso.

¡De ninguna manera! *Ella da un paso; él se pone entre ella y la puerta. ¡Hasta que se haya usted tranquilizado no se marcha usted! Ella, sin responder recoge su sombrilla, que está en una silla; él se acerca y le quita la sombrilla, sin dejar el vaso. ¡Haga usted el favor!... Ella le mira con desafío. ¿Qué pensará el portero si la ve á usted salir con esa cara?*

ROSARIO

Rabiosa.

¡Sí! ¡Estaré hecha un demonio!

Se quita el sombrero y le tira sobre el diván; luego se arrodilla, sobre el diván también, y empieza á arreglarse el pelo muy de prisa mirándose en el espejito que hay colgado en la pared.

EL APARECIDO

De lejos.

¿De veras no necesita usted el agua de azahar?

ROSARIO

Sin volverse, muy seca.

¡No! *Él se bebe todo el vaso de agua; ella le ve beber en el espejo. ¿Usted, sí, por lo visto?*

EL APARECIDO

Dejando el vaso sobre la mesa.

¡Me ha dado usted un susto...!

ROSARIO

Con sorna, dándose polvos.

Usted perdone.

EL APARECIDO

Y usted... *Acercándose con precaución al diván* ¿me ha perdonado ya?

ROSARIO

Volviéndose bruscamente al llegar él, de modo que casi tropiezan y quedan los dos en pie, muy cerca uno de otro y mirándose cara á cara.

¿Por qué me dijo usted anoche que se llamaba usted...?

EL APARECIDO

Interrumpiendo.

¿Prudencio? *Con un suspiro.* ¡Ay! Porque, desgraciadamente, ese es mi nombre.

ROSARIO

Que quiere á toda costa seguir muy enfadada y no puede, porque el Aparecido, á pesar de todo, le es extraordinariamente simpático.

¿Entonces Luis Felipe de Córdoba... es una impostura?

EL APARECIDO

Es un seudónimo... ¿Cómo quiere usted que un autor de novelas románticas se llame Prudencio... y González por añadidura? ¿Qué mujer de buen gusto es capaz de lanzarse á abrir un libro si tropiezan sus ojos en la cubierta con ese nombre horrendo? Tenga usted la bondad de recordar el efecto que le hizo á usted anoche...

ROSARIO

Aún muy enfurruñada.

Sí... es verdad... pero de todos modos podía usted haberme dicho que era usted quien es.

EL APARECIDO

Bajando los ojos.

No me atreví.

ROSARIO

Con sorna.

Por timidez, ¿verdad?

EL APARECIDO

Sonriendo.

No... Por pudor. *Ella le mira con asombro indignado.* Usted demostró por el desconocido autor de mis pobres novelas una admiración tan... apasionada, que no me pareció correcto imponerle á usted de golpe y porrazo la realidad humana de mi existencia. ¡Hubiera sido poco menos que obligarla á usted á caer de rodillas! ¡No, no! ¡Imposible! Además ¡flaqueza humana mía! no pude soportar la idea de que se desilusionase usted en mi presencia.

ROSARIO

Vivamente.

Entonces, ¿á qué me dió usted la carta?

EL APARECIDO

Suspirando.

Otra flaqueza...

ROSARIO

Mirándole de reojo.

¿Cuál?

EL APARECIDO

Con precaución.

¿Me promete usted... no ponerse nerviosa?

ROSARIO

Entre dientes.

¡No tenga usted cuidado!

EL APARECIDO

Pues... *A medida que habla va retrocediendo y apartándose de ella como si la tuviera miedo.* Le di á usted la carta... porque... como ya he tenido el honor de decirle... me interesaba... mucho... volver á verla... *Ella no se mueve.* Si anoche yo le hubiese pedido á usted permiso para visitarla, es probable que usted me le hubiese negado... *Rosario le mira con intención aviesa, pero no responde.* Si me hubiese atrevido á rogar á usted que viniese á visitarme á mí...

ROSARIO

Interrumpiéndole indignada.

¡Caballerol

EL APARECIDO

Con calma, inclinándose.

¿Ve usted cómo no había otro remedio?

ROSARIO

Con amargura.

¡Por lo visto, estando en su casa, ya no le duele á usted el espectáculo de mi desilusión!

EL APARECIDO

Sinceramente.

¡¡¡Muchísimo!!!

ROSARIO

¿Entonces?

EL APARECIDO

En tono de confesión humilde.

Es que... á decir verdad... yo no contaba con ser testigo de ella.

ROSARIO

Sorprendida.

¿Cómo?

EL APARECIDO

Esperaba que al entrar yo aquí ya estuviese usted desilusionada... *Ella le mira con curiosidad.* Cuando usted ha venido, yo no estaba en casa...

ROSARIO

¡Usted no sabía á qué hora iba á venir!

EL APARECIDO

¡Ay, no lo crea usted! La he visto á usted pasar desde el bar de la esquina, y he estado haciendo tiempo... *Rosario le mira con asombro creciente.* ¿Usted no se ha encontrado aquí con mi ex-secretaria?

ROSARIO

Que recuerda y empieza á indignarse contra Irene.

¡Sí!

EL APARECIDO

¿No le ha dicho usted á qué venía?

ROSARIO

Entre dientes.

¡¡Sí!!

EL APARECIDO

¿No le ha entregado usted mi carta?

Cada una de las preguntas las va haciendo con mayor tono de admiración, por lo inverosímil que le parece el silencio que ha guardado Irene.

ROSARIO

¡¡¡Sí!!!

EL APARECIDO

¿Y no se ha sorprendido al ver la letra?

ROSARIO

Con violenta indignación.

¡¡¡Muchísimo!!! *Mordiéndolo las palabras.* ¡Ah, pécora!

EL APARECIDO

¿Y no le ha dicho á usted..? *Anonadado ante la revelación, se lleva las manos á la cabeza.* ¡Santo cielo!
¡Hay mujer capaz de guardar un secreto!

ROSARIO

Con rencor.

¡Cuando es de un hombre, parece que sí!

EL APARECIDO

Sonriendo.

Siempre se aprende algo.

ROSARIO

Con desabrimiento.

Le felicito á usted por el descubrimiento... Y ahora *Va á coger su sombrero.* ¿puedo marcharme? ¿Cree usted que ya estoy lo suficientemente tranquila para no escandalizar al portero?

EL APARECIDO

Sí, señora; pero, por lo mismo, ya no hay necesidad ninguna de que usted se marche... Tenga usted la bondad de dejar el sombrero. *Con insistencia cariñosa.* Sea usted generosa. Dígame usted que me perdona...

ROSARIO

Con amargura.

¿Esta burla?

EL APARECIDO

Con voz emocionada.

Este juego inocente... Aunque soy bastante más viejo que usted, algunas veces siento la ne-

cesidad imperiosa de hacer una chiquillería. *Ofreciéndole con autoridad mimosa una silla que hay junto á la mesa. Siéntese usted. Ella se sienta, y él le quita el sombrero de la mano. ¡Gracias! Sonría usted... Ella sonríe, contagiada por la invencible sonrisa de él. ¡Muchísimas gracias! Además... usted tuvo la culpa... ¡Estaba usted tan niña, tan muñeca, con aquel pelo suelto y aquellas babuchas! Ella frunce el ceño. ¡No frunza usted el ceño!... Ya sé que no le gusta á usted ser un juguete...; que es usted, á pesar de las apariencias, una persona formalísima, una mujer moderna... De eso se trata ahora. Se sienta con toda seriedad en el sillón de la mesa de trabajo, de modo que la mesa queda entre los dos. Usted se ha dignado venir á mi casa, con un propósito que á mí me honra infinitamente... Ahora que ya nos conocemos, podemos ocuparnos del asunto con toda seriedad. ¡Olvidemos á ese chisgarabís de Prudencio González! Luis Felipe de Córdoba tiene el honor de preguntar, con todo respeto, á la señorita Rosario Castellanos: ¿Quiere usted ser mi secretaria?*

Antes de que Rosario haya podido contestar se oyen en el vestibulo las voces de Guillermo y de Amalia.

AMALIA

Dentro, con marcadísimo acento andaluz.

¡Déjame, hombre... no seas pelmasol

GUILLERMO

Es que está trabajando.

AMALIA

En la puerta.

¡Con eso descansa! *La puerta se abre con cierta violencia, y entra Amalia. Es mujer de unos treinta años, vistosa, vestida con agresiva elegancia. Aunque es por la mañana, trae exageradísimo sombrero y traje más bien de tarde: está muy guapa; aunque, desde luego, le sentarían muchísimo mejor el pañolón y la peina que el traje y el sombrero de gran modisto. Pertenece al respetable gremio de cupletistas guapas y con mala voz. Al entrar, como Pedro por su casa, y antes de haber visto á Rosario ni al Aparecido, dice con guasa de intimidad perfecta. Pero ¿dónde te metiste anoche, grandísimo...? Viendo á Rosarito y cortándose un poco. ¡Ay! Usté dispense... y tú también, hijo, si es que me colé...*

Rosario al verla entrar se pone en pie con violencia. El Aparecido, que se ha llevado una sorpresa formidable, se pone en pie también, pero domina la situación casi inmediatamente.

EL APARECIDO

Con calma.

¿No te ha dicho Guillermo que estoy trabajando?

AMALIA

Entre cortada é impertinente.

Sí... pero creí que trabajabas solo.

EL APARECIDO

Sin hacer presentaciones.

Esta señorita es mi secretaria.

AMALIA

*Mirando á Rosario con indiferencia perfecta.*Por muchos años. *Se dirige al extremo opuesto de la habitación.* Tengo que desirte cuatro palabras...

EL APARECIDO

A Rosario.

¿Usted permite?

Rosario da media vuelta.

AMALIA

*Al Aparecido.*Ven acá tú. *Hablándole en voz baja cuando se le acerca.*
¿A ti te parese ni medio desente el tener espe-

rando á una mujé hasta la madrugá sin mandar ni una mala rasón? *Habla en broma.* ¿Por qué no viniste?

EL APARECIDO

Porque me cogió la tormenta y perdi en la calle el sombrero.

AMALIA

¿Y la cabeza no? ¡Lástima hubiera sido, con lo presiosa que es!

Le da con el abanico.

EL APARECIDO

Mirando lleno de susto á Rosario, que mira obstinadamente á los peces.

¡Haz el favor...!

AMALIA

En guasa.

¡Uy, qué geniaso se les pone á los novelistas cuando cae una en mitá de capítulo!

EL APARECIDO

A Rosario, que ha cogido su sombrero, su bolso y su sombrilla.

Tenga usted la bondad de no marcharse, que no hemos terminado.

Rosario tira con rabia el sombrero y la sombrilla y se pone á mirar por el balcón.

AMALIA

Eso quiere desí muy finamente que me marche yo, ¿no?

EL APARECIDO

Si no te molesta...

AMALIA

No me molesta, porque te vas á venir tú conmigo. Ya ves tú si soy buena... anoche me dejaste plantá y hoy vengo y te convido á alinorsá... ¡Anda, que abajo tengo el *artomóvil!*

EL APARECIDO

No puede ser...

AMALIA

¿Tampoco? ¿Es que te vas á meté cartujo?

EL APARECIDO

Ya sabes que yo, por la mañana...

AMALIA

Ya lo sabemos, ya... Estamos convensidos de que er trabajo es cosa sagrá... pero un día es un día... ¡Se te dará una indernisación!

EL APARECIDO

Muy serio.

No. Tengo que terminar.

AMALIA

Condescendiente.

Termina, hijo, termina. *Se sienta en un sillón de golpe.* Aquí te aguardo.

EL APARECIDO

No, no... mejor es que te vayas... yo voy luego... en seguida, dentro de media hora...

AMALIA

Sin moverse.

¿Palabra...?

EL APARECIDO

Un poco nervioso.

Sí, anda... anda...

AMALIA

Levantándose con calma.

¿Has visto tú en tu vida una arcángela con sombrero de la rue de la Paix? *Pronuncia correctamente las palabras francesas, aunque con acento andaluz.* Pues esa soy yo, que no te creo ni tanto así, y hago lo mismo que si te creyese. ¿Vendrás? ¿Vendrás? ¿Vendrás? *Él contesta sólo con el gesto, nervioso, mirando á Rosario, que sigue en el balcón dándoles la espalda.* ¡Ay, novelista! ¡Como no vengas, vuelvo á sacarte los ojos!

EL APARECIDO

Llevándola á la puerta.

Anda ya... ¡Saluda!

AMALIA

A Rosario, que no se vuelve.

Muy buenos días. *En la puerta.* ¿Sabes que me van dando á mí que pensar estas ayudantas tan superferolíticas? ¿Para qué tienes tú secretaria?

EL APARECIDO

¿Para qué tienes tú secretario?

AMALIA

¡Anda éste! ¡Porque no sé escribir con puntuación! Pero es muy diferente, porque mi secretario es mi hermanito.

Él la empuja con un poco de impaciencia, y ella sale.

EL APARECIDO

A Rosarito.

Un momento.

Sale á despedir á Amalia.

Rosarito, rabiosa, coge el sombrero, se le encasqueta sin mirarse al espejo, coge la sombrilla, el bolso y los guantes, y cuando él entra, está ya casi junto á la puerta para marcharse.

EL APARECIDO

Fingiendo escandalizada sorpresa.

Pero ¿se marcha usted?

ROSARIO

Secamente.

¡Muy buenos días!

EL APARECIDO

Interponiéndose entre ella y la puerta.

¿Sin contestar á mi proposición?

ROSARIO

Queriendo pasar.

¡Que usted lo pase bien!

EL APARECIDO

Con desolación cómica.

¡Y qué voy á hacer yo sin secretarial!

ROSARIO

Con el ceño fruncido.

¡Déjeme usted pasar!

EL APARECIDO

Delante de la puerta, suplicante.

¡No sea usted cruel. *Junta las manos.* Si usted se marcha, ¿á quién le dicto yo el primer capítulo del "Sueño de una Noche de Agosto"?

ROSARIO

Sin poder disimular por más tiempo su rabia celosa.

Pues á esa... señorita...

EL APARECIDO

Llevándose las manos á la cabeza.

¡Santo cielo!

ROSARIO

Ó á su señor hermano...

EL APARECIDO

¡¡Rosarito!

ROSARIO

¡Le prohibo á usted que me vuelva á llamar por mi nombre!

EL APARECIDO

Con desolación cómica.

¡Tan bonito como es!

Toda esta parte de la escena la hacen como jugando al escondite ó al toro, porque ella quiere salir buscándole las vueltas, y él se interpone siempre con movimientos lentos, pero matemáticos, cortándole el paso; él no pierde la calma, pero ella se pone gradualmente nerviosísima.

ROSARIO

¡¡¡Caballero!!!

Está á punto de conseguir salir; pero él la detiene con una pregunta.

EL APARECIDO

Pero, ¿usted sabe quién es esa señora?

ROSARIO

Deteniéndose un momento, que él aprovecha para ganar posiciones ventajosas.

¡La misma á quien anoche tenía usted... tantísimo interés en visitar!

EL APARECIDO

Y á quien no visité... *Sonriendo. por culpa...*

ROSARIO

Sarcástica y agresiva.

¿Mía?

EL APARECIDO

Inclinándose y en tono afectuoso.

Rosarito... *Corrigiéndose vivamente.* Es decir, señorita Castellanos: ya que quiere usted ser una mujer moderna... *Ella frunce el ceño.* tenga usted, si puede, *Ella da pataditas en el suelo.* un poco de lógica. *Ella le mira con expresión peligrosa.* Mis relaciones con la señorita Amalia Torralba, por otro nombre "La Estrellita Polar"...

ROSARIO

Estallando.

¡Me importan un comino!

EL APARECIDO

Con calma.

Entonces, ¿por qué le indignan á usted tanto? *Ella se queda un instante completamente anonadada.* Es usted una princesa rubia, de cuento de hadas, digna de ser amada con la más exquisita de las lealtades, pero por muy endemoniados que tengan los cabellos, las princesas no tienen derecho á pedir á

los pobres novelistas que les hayan guardado fidelidad antes de haberse enredado en ellos. Yo anoche, al salir de mi casa para ir á esa... visita, no tenía el honor de sospechar la existencia de usted; por lo tanto, aunque me honra infinito la susceptibilidad celosa que usted muestra...

ROSARIO

En el colmo de la indignación.

¡Celosa...! ¿Ha dicho usted celosa?...

EL APARECIDO

Queriendo calmarla.

¡Señorital...

ROSARIO

Queriendo sacarle los ojos.

¿Ha dicho usted celosa?...

EL APARECIDO

Defendiéndose.

¡No, no, no!

ROSARIO

Balbuceando y conteniéndose.

Pero entonces... es que usted se figura...

EL APARECIDO

Suplicante.

¡No me figuro nada, nada, nada!

ROSARIO

Está bien... está bien... ¡Celosa! Buenos días...

Da media vuelta.

EL APARECIDO

Pero usted considere... *Deteniéndola.* que aunque yo hubiera dicho... lo que usted supone...

ROSARIO

Queriendo pasar.

¡Ah! Supongo...

EL APARECIDO

¡Y aunque fuera verdad...!

ROSARIO

¡Paso, ó gritol

EL APARECIDO

¡El amor no es crimen!

ROSARIO

¡Haga usted el favor de no acercarse!

EL APARECIDO

Es que yo estoy dispuesto...

ROSARIO

¿A irse á almorzar con esa señorita?

EL APARECIDO

¡Qué quiere usted que haga, si se lo he prometido!

ROSARIO

¡Que sea en hora buena!

EL APARECIDO

Viendo que no la puede detener, se pone delante de la puerta, con los brazos abiertos.

Rosario... Rosarito...

ROSARIO

Furiosa.

¡Déjeme usted pasar!

EL APARECIDO

Cerrándola el paso.

Por el amor de Dios... tenga usted la bondad... de atender á razones... ¡como si fuera usted un hombre!

ROSARIO

Dándole un empujón, que casi le tira al suelo y la deja el paso libre.

¡No me da la gana!

Sale rapidísimamente, dando un portazo.

EL APARECIDO

Va á la puerta, la abre, sale al pasillo y grita

¡Rosario... Rosarito! *Pero antes de haber salido del todo, suena con violencia la puerta de la calle. Entonces él suspira y sonríe, primero con resignación, luego con malicia, luego con ternura; va hacia el balcón, andando con precaución, como si aún ella pudiera verle ú oírle, levanta el pico del visillo y se queda mirando á la calle por donde se supone que ella se aleja, con interés de verdadero enamorado, hasta que supone que ella ha vuelto la esquina. Entonces vuelve á suspirar y á sonreír y se sienta á la mesa escritorio y llama. ¡Guillermo!*

Se pone, con toda calma, á ordenar las cuartillas que tiene encima de la mesa.

GUILLERMO

Entrando.

Mande el señorito.

EL APARECIDO

Con calma.

Compra dos botellas de champagne y un ramo de rosas, y llévalo inmediatamente á casa de la señorita Amalia.

GUILLERMO

¿Y le digo que va el señorito á almorzar en seguida?

EL APARECIDO

No; le dices que he recibido un telegrama urgente, que acabo de marcharme en automóvil y que no volveré en un par de semanas...

GUILLERMO

Sonriendo.

Está bien.

Sale.

EL APARECIDO

Al salir, cierra, y dile al portero que no suba nadie, que voy á trabajar.

GUILLERMO

Sí, señorito.

Sale.

EL APARECIDO

Se sienta á la mesa y escribe rápidamente, leyendo á medida que escribe.

Sueño de una noche de Agosto... Novela romántica en tres partes... Capítulo primero. *Sigue queriendo escribir, pero la inspiración no acude todo lo de prisa que él desearia, y después de pensar un momento y de hacer algún gesto de impaciencia, coge la pecera, se la pone delante, apoya los dos brazos en la mesa, sesujeta la cabeza con las dos manos, y dice mirando fijamente á los peces: Vamos á ver... Vamos á ver.*

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el primero: es de noche. La ventana está abierta y la luz encendida. Están en escena Rosario y sus tres hermanos, y doña Barbarita. Doña Barbarita, sentada en un sillón, junto á la mesa, mira un semanario ilustrado, sonriente como siempre. Rosario, acurrucada en el diván, tiene cara de profundísimo mal humor, que no intenta dominar ni disimular. Los hermanos están, como en el primer acto, en tren de marcha, pero hoy van todos de americana. Emilio, en pie, junto á la mesa, acaba de cerrar su carta para la novia ausente. Pepe se cepilla cuidadosamente. Mario está junto á la ventana, y mira á la calle.

PEPE

A Mario.

¿Lloverá?

MARIO

No lo creo: hace una noche bochornosísima, pero no hay una sola nube.

DOÑA BARBARITA

Ni corre un pelo de aire.

EMILIO

Luego se armará una tormenta como anoche, y puede que refresque.

MARIO

Me parece que no. ¡Es calma chical!

DOÑA BARBARITA

Dándose aire con el periódico.

¡Uf! ¡Se ahoga uno!

ROSARIO

Agresiva.

¡Sí, como estos niños han estado fumando los tres, han puesto una atmósfera irrespirable! ¡Es una gracia! ¡Ellos disfrutan, y nosotras tenemos que sufrir este olor repugnante!

Sacude el aire con el pañuelo.

MARIO

Muy sorprendido.

¿Desde cuándo te molesta el olor á tabaco?

ROSARIO

Displicente.

¡Me ha molestado siempre!

EMILIO

Pues no lo has dicho nunca.

ROSARIO

Displicentísima.

¡Por amabilidad! *Mario tira por la ventana el cigarrillo que estaba fumando.* No; sigue, sigue, no hagas sacrificios.

En tono de víctima.

MARIO

La mira con asombro, pero no dice nada.

MARÍA PEPA

Entra con una carta en la mano.

Un continental.

ROSARIO

Vivamente interesada.

¡Trael!

MARÍA PEPA

Con calma.

Es para Pepito.

Entrega la carta á Pepe. Rosario hace un gesto de decepción rabiosa, y vuelve á acurrucarse en el diván. |

PEPE

Con sorna.

¿Esperabas carta?

ROSARIO

Displicente.¿Yo? *En tono de víctima.* ¡No sé de quién!

MARIO

Con asombro.

Pero, Rosarito, ¿qué te pasa?

ROSARIO

Nada. ¿Qué me va á pasar?

Se sienta á la mesa y, buscando papel y sobre, escribe.

EMILIO

A María Pepa.

Y para mí, ¿no ha venido nada?

MARÍA PEPA

Nada.

EMILIO

¿En el correo de la tarde tampoco?

MARÍA PEPA

Tampoco.

EMILIO

Es extraño; ni ayer ni hoy; es la primera vez que me falta la carta dos días seguidos.

ROSARIO

Displicente.

Se habrá enterado de lo muy á gusto que te diviertes en la ausencia, y habrá pensado, con razón, que no te hacen falta más distracciones. ¡Lo que es si fuera yo, mañana mismo te daba la absoluta!

EMILIO

Asombrado.

¡Pero niña! ¿Qué dices?

MARIO

Sin hablar, se acerca y pone á Rosario la mano en la frente.

ROSARIO

Displicente.

¿Qué haces tú?

MARIO

Ver si tienes calentura... *Ella le mira con asombro.*
Sí... porque ese mal genio no es natural.

ROSARIO

Muy ofendida.

Vamos... Ahora resulta que tengo mal genio.

MARIO

No le tienes, y por eso me extraña que le demuestres.

MARÍA PEPA

Será el calor.

ROSARIO

No tengo mal genio... es que estoy aburrída.

PEPE

¿Que estás aburrída? Pues te convido. Anda, vístete... Vamos á los Jardines, que esta noche debuta la Estrellita Polar.

ROSARIO

Mordiéndola las palabras.

¡Ah! ¿Esta noche debuta la Estrellita Polar?

EMILIO

¿La conoces?

DOÑA BARBARITA

Enseñando el semanario que ha estado leyendo.

Aquí está retratada.

LOS TRES HOMBRES

A un tiempo.

¡A ver, á ver, á ver!

Precipitándose á coger el periódico y mirándole los tres á un tiempo.

EMILIO

¡Qué garbo!

PEPE

¡Qué mujer!

MARIO

¡Qué salero!

ROSARIO

Rabia aparte sin que nadie repare en ella.

EMILIO

Y eso que ahora se ha echado á perder con ese montón de amigos literatos que dicen que tiene, y que la meten en bailes de extranjis que no son lo suyo...

MARIO

Esas son tonterías. Ahora baila mejor que ha qailado nunca...

EMILIO

Ha nacido para bailar flamenco y Santas Pascuas... *Tirando el periódico.* ¡Mira tú que vestirse de Madame Pompadour! ¡Es un sacrilegio!

PEPE

¡¡Ay!! vestida aunque sea de fraile, me la quiero encontrar por el camino el día en que yo sea millonario. *Recogiendo el periódico que ha tirado Emilio.* ¡Santa Bárbara bendita, qué ojos! *Hablando con el retrato.* ¡Rical! ¡Preciosa! ¡Ay! ¡si tú supieras lo que te quiere un pobre, de seguro que hacías una limosnita! *A Rosario.* Anda, niña, anda, que á las once empieza.

ROSARIO

Seca.

Gracias.

PEPE

Muy asombrado.

¿No quieres venir?

ROSARIO

No. *Un poco más suave.* Me da miedo pensar que si te desmayas de emoción al verla, te voy á tener que sacar en brazos.

EMILIO

Por eso no te apures, que yo te ayudaré.

ROSARIO

¡Ah! ¿También vas tú? *Emilio afirma con el gesto.*
¡Vaya! *A Mario, con sorna.* ¿Y tú no?

MARIO

Suspirando.

¡Si no fuera por la obligación pícaral

ROSARIO

Estirándose.

¡Ay! ¡Si yo pudiera enamorarme de un equilibrista!

LOS TRES HERMANOS

A un tiempo, con aire escandalizadísimo.

¡Niña!

DOÑA BARBARITA

Muy seria.

¿Por qué no? Toreros y tenores, cómicos y danzantes, siempre han tenido grandísimo partido con las damas.

MARIO

Si, con las damas un poquito histéricas.

EMILIO

Con sorna.

Y un muchito desequilibradas.

ROSARIO

Ofendida.

¡Muy bien! De modo que si yo pierdo el juicio por un bailarín, soy una pobre histérica, y vosotros, que estáis locos de amar por una bailaora, sois tres hombres modelos de equilibrio.

MARIO

¡Es muy distinto!

PEPE

¡Claro!

EMILIO

¡Y tan distinto!

ROSARIO

¿Por qué?

EMILIO

Pues...

Se detiene sin saber qué decir.

PEPE

Pues...

Se detiene también.

MARIO

Porque...

ROSARIO

Interrumpiéndole.

¡Por nada! *Displicente.* Pero no tengáis miedo...
¡No me pienso perder ni por Ninjiski! *Con amargura.* Lo que me extraña es que hasta hombres de grandísimo talento...

PEPE

Inclinándose.

¡Gracias!

ROSARIO

¡No lo digo por til... puedan volverse locos por una cara *Con desdén, pensando en la de la Estrellita.* que después de todo no es ningún asombro, y cuatro piruetas.

Levantándose muy digna.

PEPE

A Rosario.

Bueno, ¿en qué quedamos? ¿Vienes ó no vienes?

ROSARIO

Ya más amable.

No voy, no. Muchas gracias. Estoy cansada.

EMILIO

Con guasa.

Será del pascito de esta mañana.

MARIO

Con naturalidad.

Es verdad. ¿Dónde has ido, que has llegado tan tarde á almorzar?

ROSARIO

Con renovado mal humor.

¿Dónde fuiste tú anoche, que no has llegado á acostarte ni tarde ni temprano?

PEPE

¡Santo cielo! ¡Esta niña está imposible!

EMILIO

Sí, sí, vámonos pronto, que nos va á tirar algo. Adiós, abuela. *Se despide, besando la mano á doña Barbarita, como en el primer acto.* Adiós, preciosa.

PEPE

Que ha besado la mano á su abuela sin decir nada.

Cerrad bien la ventana, no vaya á volver el fantasma.

EMILIO

Queriendo hacer rabiar á Rosario.

Sí, que á Rosarito le sientan muy mal las apariciones nocturnas...

PEPE

También por hacer rabiar á Rosario.

¿Sabéis por qué está triste? ¡Porque no la han raptado!

EMILIO

No te hagas ilusiones, hija mía. El hombre venía á robar los cubiertos; pero se equivocó de ventana...

PEPE

¡Y robó la babucha!

EMILIO

Y luego te la volvió á tirar, porque le pareció un poquito demasiado grande.

PEPE

¡No sirves para cenicienta!

Todos se ríen.

ROSARIO

Rabiosa.

¿Queréis hacer el favor de marcharos y dejarnos en paz?

MARIO

Adiós, abuela. No pongas mala cara, que hoy vendré tempranito.

DOÑA BARBARITA

Con sorna.

Sí, sí... bien defendidas estamos...

EMILIO

Porque tú no quieres. ¿A qué no me has dejado dar parte, avisar á la Policía de lo que pasó anoche?

DOÑA BARBARITA

¡Bah, bah, dar parte!... ¡No hay para qué! Ya hemos registrado toda la casa y no falta nada.

EMILIO

Buenas noches.

PEPE

Hasta luego.

Salen Emilio, Mario y Pepe.

ROSARIO

Que se ha acercado á la mesa de mal humor y ha cogido el periódico casi sin saber lo que hace.

¡Todos echando chispas por esta... pelindruscal
Tira el periódico con rabia. ¡Uf, qué asco de hombres!
¡Los aborrezco á todos!

MARIA PEPA

Volviendo á entrar.

¡Haces bien!

DOÑA BARBARITA

Severamente.

¡Hace mal!

ROSARIO

Con aire de chiquilla que se complace en su propia rabieta.

¿Por qué hago mal?

DOÑA BARBARITA

Con toda calma.

Hijita, porque lo inevitable no se adelanta nada con aborrecerlo.

ROSARIO

Más chiquilla mimada que nunca.

¡Aaaah! ¿De modo que es *Subrayando la palabra*. inevitable que un hombre le tiene que amargar á una la vida?

Se sienta junto á la mesa, y cogiendo una almohadilla de encaje, que habrá sobre una silla, empieza á trabajar con rabia.

DOÑA BARBARITA

Sonriendo.

Amargar...es una expresión demasiado fuerte...

MARÍA PEPA

Confidencialmente á Rosario.

Sí, con "jeringar" basta.

DOÑA BARBARITA

Enfadada.

¡Cállate! ¡Ya sabes que no puedo sufrir con paciencia que las mujeres hablen mal de los hombres! ¡Siempre me ha parecido una vulgaridad de muy mal gusto!

MARÍA PEPA

¡Sí, que ellos tienen pelos en la lengua para hablar perrerías de nosotras!

DOÑA BARBARITA

Muy digna.

¡Pues hacen rematadamente mal! Hombres y mujeres hemos venido al mundo para llevar á medias la carga de la vida...

MARÍA PEPA

¡Sí; pero ellos escurren el hombro siempre que pueden!

♦ ROSARIO

Tira con violencia sobre la mesa la almohadilla de encajes; los bolillos ruedan, enmarañándose.

¡No puedo, no puedo! *Se levanta.* No sé; los bolillos se enredan, los hilos se me rompen, se me tuercen todos los alfileres... ¡Qué labor tan idiota es el encaje.

DOÑA BARBARITA

¡Niña, niña, niña! ¡Esos son nerviosismos de chiquilla mimada!

ROSARIO

Muy dolida porque su abuela la habla con severidad.

Mimada ¿por quién?

DOÑA BARBARITA

Por todo el mundo.

ROSARIO

Entre dientes.

¡Ojalá!

DOÑA BARBARITA

Por mí, por tus hermanos, por la vida. En veintidós años no has sufrido una pena ni un disgusto, y por eso te crees con derecho á ponerte tonta en cuanto tienes una contrariedad.

ROSARIO

Yo no tengo contrariedad ninguna.

DOÑA BARBARITA

Entonces, hijita, peor que peor.

ROSARIO

Sentándose en el diván y sujetándose la cabeza con las dos manos.

Es que tengo jaqueca.

DOÑA BARBARITA

Sonriendo.

Esa disculpa guárdala para tu maridito, cuando estés casada, pero á otra mujer no se la des nunca. No tienes jaqueca. *Con seriedad.* Tienes mal humor, que es muy diferente. *Rosario levanta la cabeza y mira á su abuela con un poco de alarma.* ¡Tú sabrás por qué! *Rosario hace un gesto.* ¡Yo no te lo pregunté! *Con severidad.* Pero sí te digo que cuando una niña no sabe dominarse, se encierra en su cuarto, y no hace padecer, á quien no tiene la culpa, los efectos de su mal humor!

MARÍA PEPA

Dolidísima é indignadísima como si el regaño fuese con ella.

¡Eso es! ¡Ríñela si te parece!

DOÑA BARBARITA

No la riño, le digo la verdad por su bien. Quiero que aprenda á dominar los nervios, que buena falta le hace.

MARÍA PEPA

¡Habla de nervios tú, que te has pasado la mitad de la vida dándote perlequeques!

DOÑA BARBARITA

Muy digna.

¡Nunca me ha dado uno inoportunamente! De sobra lo sabes.

MARÍA PEPA

Que no quiere dar su brazo á torcer.

¡Pobre hija de mi alma!

DOÑA BARBARITA

¡No me pongas frenética con tus compasiones!
¡La niña no necesita que la compadezcan!

ROSARIO

Mira á las dos viejas, un poco confusa, y por fin se acerca á su abuela, y le besa la mano.

Perdóname, abuela... tienes razón... soy una niña tonta sin sentido común... y además injusta... y además antipática...

MARÍA PEPA

Ofendida.

¡Ahora, si te parece, ponte contra ti misma!

Rosario, sin responder, sonríe con cariño á María Pepa, y se sienta en el suelo, junto al diván, delante de doña Barbarita. Doña Barbarita le pasa la mano por la cabeza en caricia suave.

DOÑA BARBARITA

Más valdrá que te vayas á la cama. ¿No decías que estabas cansada?

ROSARIO

Pero no tengo sueño.

Mira á la ventana.

DOÑA BARBARITA

Cazando en el aire la mirada.

¡Ni yo tampoco! Velaremos juntas. *A María Pepa.* Tú, si quieres, te puedes acostar, que la niña me ayudará luego á desnudarme.

MARÍA PEPA

Susceptible.

¡No sé por qué regla de tres voy á tener yo

más sueño que vosotras! *Levantándose con dignidad.*
Ahora, si es que estorbo...

DOÑA BARBARITA

Enfadada.

¡Siéntate y no digas despropósitos!

*María Pepa vuelve á sentarse. Hay una brevísima
pausa. María Pepa bosteza ruidosamente. Rosario
suspira.*

ROSARIO

¡Ay!

DOÑA BARBARITA

A Rosario.

¿Por qué no lees un poco en voz alta, y así nos distraeremos? Esa novela que empezaste á leer-nos la otra noche.

MARÍA PEPA

Con profundo desprecio.

¿Cuál? ¿La del pintamonas que le toma el pelo á la infeliz de las naranjas, y ella, de tonta que es, se tira al río? ¡Pues sí que tiene chistel! ¡Tan-ta historia, para contarle á una lo que está harta de ver en este perro mundo un día sí y otro

también! Que se lo pregunten á la Encarna, la de la portería, que por fiarse del otro que tal, que no era pintamonas, pero era estudiante, y allá se va lo uno con lo otro, salió al cabo del tiempo con lo que salió, y no se tiró al río porque el Manzanares no lleva agua, pero se bebió la botella de la lejía, y á poco la entregan ella y la criatura. *A doña Barbarita.* Por cierto que me ha dicho que si tienes algo de ropa vieja, que á ver si se la das, porque el chico nació antes de tiempo con el susto, pero se da una prisa á crecer, que se sale de las mantillas y ya no tiene la infeliz qué ponerle. *A Rosario.* ¡No te gastes los ojos leyendo paparruchas!

DOÑA BARBARITA

¡Calla, hereje!

ROSARIO

A María Pepa, con aire de desencanto profundo.

Tienes razón... No leo. ¡Todas las novelas son mentira! ¡Tanto sentimiento, tanta poesía, para que luego el mismo que las escribe se burle cruelmente de lo que más exalta en sus obras!

DOÑA BARBARITA

¡Niña, tú qué sabes!

ROSARIO

Con amargura sentimental.

¡Me lo figuro!

MARÍA PEPA

Levantándose

Pues si no lees, apagaré, que para la labor que estamos haciendo no hace falta luz, y el contador corre que es un gusto. *Apaga la luz eléctrica. Entra por la ventana la intensísima luz de la luna. Además, que la luna entra por la ventana.*

Vuelve á sentarse.

ROSARIO

¡Qué noche de calor! Verdaderamente, ¿quién se va á la cama con este bochorno?

Quedan las tres inmóviles y en silencio. Doña Barbarita en el diván, Rosario en el suelo, á sus pies, María Pepa un poco más lejos, sentada en una silla baja, con las manos juntas sobre la falda. La luna ilumina misteriosa y románticamente la habitación.

DOÑA BARBARITA

Podíamos ir rezando el rosario.

Saca con calma el rosario de la faltriquera y se santigua. En este momento, sin viento ninguno, en

perfecta calma, entra violentamente por la ventana un sombrero de paja, que viene á caer en medio del grupo que forman las mujeres.

ROSARIO

Se levanta dando un grito ahogado.

¡Ah! ¿Qué es esto?

MARÍA PEPA

Levantándose y cogiendo el sombrero.

¡Un sombrero de paja!

ROSARIO

Con aire de maliciosa satisfacción al ver que el Aparecido no ha abandonado la aventura.

¡Ah, vamos!

DOÑA BARBARITA

Aparte, con aire de desafío.

¡Le estaba esperando!

MARÍA PEPA

¡Pues lo que es esta noche no hace viento!

ROSARIO

Muy apurada, temiendo que se descubra su secreto.

¡Más valdría cerrar la ventana!

Se precipita á hacer lo que dice.

DOÑA BARBARITA

Deteniéndola.

¡De ningún modo! ¡Que entre quien sea! ¡Así sabremos la verdad!

MARÍA PEPA

Indignada.

¡Qué va á entrar! ¡Para que nos percuellen á las tres, ahora que estamos solas!

ROSARIO

Hablando al mismo tiempo que María Pepa.

¡No! ¡No! ¡No!

Se oye fuera el ruido leve de alguien que trepa.

DOÑA BARBARITA

¡Suben!...

MARÍA PEPA

Con susto.

¡Ah! ¡Socorro! ¡Serenos!

DOÑA BARBARITA

Con violencia.

¡Calla!

ROSARIO

Al mismo tiempo que doña Barbarita.

¡Cierra!

DOÑA BARBARITA

¡No!

MARÍA PEPA

Que ya en su terror cree ver al ladrón en la ventana.

¡Ladrones! ¡Guardias!... ¡A ése!

Buscando con que defenderse mientras pronuncia las últimas palabras, coge el "perro de lanas" que está sobre la mesa y le arroja con violencia por la ventana. Se oye fuera una maldición pronunciada con voz ahogada.

DOÑA BARBARITA

Indignada.

¿Qué has hecho?

MARÍA PEPA

Fiera.

¿Qué iba á hacer? ¡Tirarle el perro!

ROSARIO

Sin saber lo que dice.

Pero, ¿á quién?

MARÍA PEPA

Yo qué sé... ¡Al que subía!

ROSARIO

Asustadisima.

¡Ay Dios mío, Dios mío, Dios mío!

Se desploma en el sofá, casi desvanecida.

MARÍA PEPA Y DOÑA BARBARITA

Acudiendo á ella.

Niña, ¿qué te pasa?

ROSARIO

Balbuceando.

Nada... no sé... *Cogiendo las manos de Doña Barbarita.* Abuela... tengo... tengo que... decirte... una cosa,

DOÑA BARBARITA

Sí, hija, sí... *A María Pepa.* Cierra esa ventana.

María Pepa va á cerrar la ventana refunfuñando, porque la orden se le antoja un ardid de Doña Barbarita para alejarla y que no oiga lo que va á decir Rosario.

ROSARIO

Balbuceando.

Anoche... yo...

Suena con fuerza el timbre de la puerta. Las tres mujeres dan un respingo.

MARÍA PEPA

¡Llaman!

ROSARIO

¡Llaman!

DOÑA BARBARITA

Con mal humor.

¡Así parece!

MARÍA PEPA

Con susto.

¡Serán los guardias!

DOÑA BARBARITA

¿Ves lo que has conseguido con chillar?

Vuelve á sonar el timbre.

MARÍA PEPA

¿Abro?

DOÑA BARBARITA

¡Naturalmente!

María Pepa sale sin decir nada. Doña Barbarita y Rosario esperan con un poco de impaciencia. Se oye confusamente en la antesala la voz de María Pepa que hace una exclamación de susto y la voz de un hombre que la tranquiliza.

MARÍA PEPA

Dentro.

¡Ay, Dios mío!

EL APARECIDO

Dentro.

No es nada... si no es nada...

MARÍA PEPA

Dentro.

¡Ay, Virgen Santísima!

DOÑA BARBARITA

Alterada.

Pero, ¿qué sucede?

ROSARIO

María Pepa, ¿has abierto?

MARÍA PEPA

Dentro, con voz temblorosa.

¡Sí... sí...!

Aparece en la puerta, trastornada.

ROSARIO

Con angustia.

¿Quién es?

DOÑA BARBARITA

*Al ver los gestos de ahogo de María Pepa, que no contesta.**¿La policía? María Pepa contesta que no con la cabeza. ¿El sereno?**María Pepa mueve la cabeza negativamente.*

ROSARIO

Con impaciencia.

¿El ladrón?

MARÍA PEPA

Rompiendo á hablar.

¡Tampoco! Es... es... ¡un caballero!

DOÑA BARBARITA

Muy digna.

Que pase.

MARÍA PEPA

Ya va... ya va... pero no os asustéis... el pobre viene... viene... viene... ¡herido!

DOÑA BARBARITA Y ROSARIO

Se acercan impulsivamente á la puerta, muy alarmadas, y dicen á un tiempo:

¡¡Herido!!

Antes de que lleguen á la puerta se presenta en ella el Aparecido, amable y sonriente; trae en una mano el pañuelo con el cual se restaña la sangre de una descalabradura que tiene en la frente á la altura del pelo y en la otra el "perro de lanas" que ha tirado María Pepa por la ventana.

EL APARECIDO

Amablemente.

No, señoras, no tanto... no se alarmen ustedes... sencillamente descalabrado... por este pequeño bibelot *Mostrando el "perro de lanas"*. que ha salido volando por la ventana... precisamente cuando yo pasaba por la calle, y que tengo el honor de devolver á ustedes...

DOÑA BARBARITA

¡El perro de lanas! *Mirando con reproche á María Pepa.* ¡¡María Pepa!!

MARÍA PEPA

Apuradísima.

¡No me digas nada, que bastante lo siento! *Con odio hacia el "perro de lanas"*. ¡El dichoso animal tenía que ser!

Rosario, que se había lanzado hacia la puerta, al mismo tiempo que su abuela, para socorrer al herido, al ver aparecer en la puerta á su novelista, retrocede, lanzando una exclamación, que tanto puede ser de asombro como de triunfo, y se retira á un lado sin tomar parte en la conversación ni parecer interesarse por la herida del Aparecido. El Aparecido, por su parte, no da la menor señal de conocerla.

EL APARECIDO

Humildemente.

Pido á ustedes mil perdones por atreverme á molestarles á esta hora, un poco incorrecta, pero...

DOÑA BARBARITA

Muy apurada.

Por Dios, caballero, nosotras somos las que tenemos que pedir á usted que nos disculpe... por haber sido causa de este accidente... *Viendo que él retira de la descalabradura el pañuelo lleno de sangre.* ¡Ay, Dios mío! Se está usted desangrando...

EL APARECIDO

Sonriendo.

Realmente... si tuvieran ustedes un poco de tafetán... Ignoro dónde está la Casa de Socorro del distrito...

DOÑA BARBARITA

Apuradísima.

¿Cómo tafetán?... Le haremos á usted una cura completa... Siéntese usted... María Pepa, trae agua hervida... algodón... vendas... *María Pepa sale rápidamente.* Traiga usted eso que le estará

estorbando. *Le quita el perro y le obliga á sentarse en una silla. ¡Niña! ¿Qué haces ahí como una estatua? ¡Acércate!*

Dice esto, mientras con los impertinentes examina la descabradura del Aparecido, al cual ha obligado á sentarse en una silla.

EL APARECIDO

Con sorna.

Se habrá asustado... Se ve que tiene un alma sensible.

ROSARIO

Le hace un gesto de enojo, pero se acerca.

DOÑA BARBARITA

Después de examinar la herida minuciosamente.

¡Ay, señor! Habrá que cortarle un poco el cabello... Voy por las tijeras...

Sale rápidamente.

EL APARECIDO

Cogiendo la mano á Rosario en cuanto doña Barbarita desaparece.

¡Rosarito! ¿Está usted todavía enfadada conmigo?

ROSARIO

Furiosa.

¡Es usted un miserable!

EL APARECIDO

Sonriendo.

¡Eso me dice usted después de haberme roto la cabeza!

ROSARIO

Muy digna

No he sido yo. ¡Pero le está á usted muy bien empleado!

EL APARECIDO

En tono entre guasón y suplicante.

¡Rosarito!

Entra María Pepa con un primoroso aguamanil — jofaina y jarrito pequeños—de plata antigua, y un cestillo con vendas, gasas, algodones, etc., y lo deja todo sobre la mesa. Entra detrás de ella doña Barbarita con un primoroso estuche de tijeras, un cuenquecito de plata ó de cristal y un frasquito de alcohol con tapón de plata ó de oro. Todo cuidado y primorosísimo, como de viejecitas que ya no viven más que para los detalles y que han estado acostumbradas á infinitos refinamientos mujeriles y románticos.

DOÑA BARBARITA

Vamos á ver... María Pepa, el agua. *María Pepa echa agua del jarrito en la jofaina, y se acerca. Niña, corta el cabello tú que ves mejor.*

ROSARIO

Cogiendo las tijeras que le da su abuela, y tratando con poco miramiento la cabeza del Aparecido, le corta un gran mechón de pelo.

DOÑA BARBARITA

Escandalizada.

Pero, niña, ¿qué destrozo estás haciendo?

EL APARECIDO

Con sorna.

Es que está nerviosa.

ROSARIO

Muy seca.

No estoy nerviosa.. es que tiene usted un pelo...

EL APARECIDO

Riéndose.

¿Tan endemoniado? Es por simpatía.

DOÑA BARBARITA

Interviniendo.

Ea, ya está, ya está, déjame á mí. *Apartando á Rosario, lava la herida con cuidado y rapidez. Ahora un poco de alcohol. Empapa un algodón en alcohol, echándole del frasquito, y le pasa por la herida. ¿Escucece?*

EL APARECIDO

Con un gesto elocuente.

¡Bastante!

DOÑA BARBARITA

Es de lavanda... completamente puro... le preparo yo misma. *Rosarito mira sufrir al Aparecido con crueldad inaudita. El, mientras las dos viejas están ocupadas curándole, hace gestos burlones, como pidiendo á Rosario que tenga compasión de él, cosa que á ella le indigna cada vez más. Niña, corta un pedazo de tafetán. Prepara un poco de agua en el cuenquecito, y cuando Rosario le da el tafetán, lo humedece cuidadosamente y lo aplica sobre la herida. Ya está... no es nada... una señal pequeña.*

MARÍA PEPA

Con profunda simpatía.

Que le hará á usted muchísima gracia, porque está en un sitio muy aparente.

DOÑA BARBARITA

Lavándose las manos y secándose las con una toalla.

Ahora, si quiere usted un espejo y un peine...

EL APARECIDO

Levantándose.

Por Dios, señoras...; de ninguna manera. *Se arregla el pelo con las manos.* ¡Cuánta molestia! Son ustedes la flor de la amabilidad... nunca olvidaré lo que han hecho ustedes por mí esta noche... y si me permiten volver á otra hora más correcta á ofrecerles oficialmente mis respetos...

DOÑA BARBARITA

¡No faltaría más! Cuando usted guste. Está usted ahora y siempre en su casa... Bárbara de Tauste, viuda de Castellanos...

EL APARECIDO

Inclinándose.

Luis Felipe de Córdoba...

DOÑA BARBARITA

Con gran sorpresa.

¿Luis Felipe de Córdoba...? ¿El novelista?

EL APARECIDO

Volviendo á inclinarse.

Humilde y agradecido servidor de ustedes...

DOÑA BARBARITA

Mirando á Rosario.

El ilustre autor de *Ilusión de Mayo*.

María Pepa, que está recogiendo las cosas al oír esto, le mira como si viera á un animal antediluviano.

EL APARECIDO

Precisamente ilustre...

MARÍA PEPA

A Rosario.

¡Niña... el del pintamonas! ¿No dices que tenías tantísima gana de conocerle? Pues ahí le tienes. ¡Y bien guapo que es!

Rosario no sabe dónde meterse de confusión que le causa la observación de María Pepa.

EL APARECIDO

Inclinándose.

Señora...

DOÑA BARBARITA

Con reproche.

¡María Pepa!

MARÍA PEPA

Imperturbable.

¡Señor, si lo es! Guapo y simpático y buen mozo. ¿Por qué no lo va una á decir? ¿Es algún delito?

DOÑA BARBARITA

Un poco impaciente

Llévate todo eso. *María Pepa sale con el aguamanil y el cestillo mirando amablemente al Aparecido. Éste, de pronto, se lleva la mano á la frente y se apoya en la mesa. Asustada.* ¿Qué le sucede á usted?

EL APARECIDO

Nada... ya pasó... un vértigo ridículo... un mareo...

DOÑA BARBARITA

¡Claro... el golpazo... la pérdida de sangre...! Siéntese usted...

EL APARECIDO

Por Dios, señora...

DOÑA BARBARITA

Voy á buscar el agua de melisa...

ROSARIO

Iré yo...

DOÑA BARBARITA

No por cierto; está en mi secreter, y no me gusta que me le revuelvan.

Sale.

EL APARECIDO

Cogiendo la mano á Rosario.

Déjeme usted que bese la mano que me ha herido...

ROSARIO

En voz baja, rápida y secamente

¡Ya le he dicho á usted antes que no he sido yo!

EL APARECIDO

Con guasa patética.

¡No me quite usted esa ilusión!

ROSARIO

Implacable.

El perro le tiró María Pepa.

DOÑA BARBARITA

*Entrando con un plato en el que hay un frasquito,
una copita con un poco de agua, una cucharilla y
un terrón de azúcar.*

¡El agua de melisa!

La prepara y se la ofrece.

EL APARECIDO

Bebéndola.

¡Mil gracias, señora! *Amablemente.* ¡Es exquisita!

ROSARIO

Con sorna.

¿Le gusta á usted más que el agua de azahar?

DOÑA BARBARITA

Asombrada ante la pregunta, que le parece demasiado tonta.

Niña, ¿por qué preguntas eso?

EL APARECIDO

¡Muchísimo más! *Sonriendo.* De hoy en adelante pienso tenerla siempre en mi despacho, para uso de visitantes nerviosas.

DOÑA BARBARITA

Con graciosa malicia.

¡Ah! ¿Recibe usted muchas visitas de señoras?

EL APARECIDO

Modestamente.

Algunas... sí... con bastante frecuencia...

ROSARIO

Agresiva.

¡De cupletistas!

DOÑA BARBARITA

Escandalizada.

Niña, ¿qué dices?

EL APARECIDO

Sonriendo.

Sí, de cupletistas también... algunas veces...

DOÑA BARBARITA

Solícita.

¿Qué? ¿Pasó ya el mareo?

EL APARECIDO

Muy amable.

Sí, señora... y, por lo tanto, no quiero molestar más á ustedes.

DOÑA BARBARITA

Sonriendo.

Es muy justo... pero ahora somos nosotras las que queremos molestar á usted...

EL APARECIDO

¿Cómo?

DOÑA BARBARITA

Rogándole que tome con nosotras una pequeña colación. ¡María Pepa!

MARÍA PEPA

Apareciendo con rapidez que deja sospechar que no andaba muy lejos.

¿Te ó chocolate?

EL APARECIDO

Galante.

Por Dios, señora... de ninguna manera... sería demasiado trastorno...

DOÑA BARBARITA

Muy gran señora.

¿Para usted?

EL APARECIDO

Confuso é inclinándose.

¡Señora...!

DOÑA BARBARITA

Yo, de todas maneras, tengo que tomar algo; he velado más de lo que acostumbro y estoy desfallecida.

Se sienta. María Pepa habla con ella en secreto

ROSARIO

Acercándose al Aparecido, que está en pie junto á la mesa y hablándole en voz baja y con rabieta.

¡Le han cogido á usted!... *Viendo que él mira hacia la chimenea. No mire usted la hora... es tarde... ya no llega usted á ver bailar á la Estrellita... pero puede usted recrearse contemplando su imagen... Le da el periódico. ¡Ahí está!*

EL APARECIDO

Mirando el periódico con toda calma y volviendo á dejarle sobre la mesa.

¡Muy parecida!

María Pepa, terminada su conferencia, sale.

DOÑA BARBARITA

¿No se sientan ustedes?

El Aparecido y Rosario se sientan cada uno á un lado de la anciana, en visita correctísima, Rosario en una silla, el Aparecido en un sillón. El Aparecido mira á Rosario, sonriendo. Rosario mira al Aparecido con mal humor. Se comprende que si estuvieran solos tendrían una gresca, de la cual tal vez saldría la paz, pero la presencia de la abuela impide toda aclaración. Doña Barbarita los mira alternativamente. Hay una pausa que rompe el Aparecido.

EL APARECIDO

Por decir algo.

Tienen ustedes una casa muy simpática.

DOÑA BARBARITA

Modesta, pero cómoda; este es el despacho de mi nieto, que también escribe... *El Aparecido* lanza un ¡Ah! galante, aunque la cosa le trae perfectamente sin cuidado. Todos somos aquí muy aficionados á la literatura y especialísimos admiradores de usted. *El Aparecido se inclina.* Así es que, lamentando muchísimo el haberle á usted roto la cabeza, nos alegramos infinito de la ocasión que nos proporciona el placer de conocerle...

EL APARECIDO

Señora, todo el placer es para mí.

DOÑA BARBARITA

Sonriendo.

Pero usted le ha pagado un poco caro.

EL APARECIDO

¡Bah! La herida no es de muerte... y aunque lo fuera. Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

DOÑA BARBARITA

¡Ay! Cita usted á un poeta de mi niñez... Personalmente no le conocí, pero tengo versos suyos en mi álbum... copiados por mí, naturalmente, imitando la letra de un autógrafo que vino en un periódico... á su muerte. He sido siempre un poco fantaseadora, y cuando no he podido lograr una cosa en la realidad, me he consolado fingiéndome á mí misma que la lograba... En mis tiempos el álbum con versos y dibujos de hombres célebres era una manía.

EL APARECIDO

Suspirando.

¡Ay! que ha resucitado...

DOÑA BARBARITA

A ustedes los poetas les molestará mucho...

EL APARECIDO

¡Lo que usted no puede figurarse!

DOÑA BARBARITA

Por lo cual no me atrevo á pedir á usted...

EL APARECIDO

¡Por Dios, señora! ¡Con muchísimo gusto! ¡No faltaría más!

DOÑA BARBARITA

Muy contenta.

Niña, saca el álbum... Rosario se levanta. Verá usted que la última poesía es del sesenta y cinco, cuando á mí, aunque casada en terceras nupcias, aun se me podía llamar joven y rubia sin demasiada licencia poética... Rosario, que ha abierto un armario y ha sacado de él un álbum primoroso, le pone encima de la mesa. Escriba usted algo muy romántico... Aunque soy vieja no he perdido el buen gusto. Niña, dale al señor todo lo necesario.

El Aparecido se levanta y se sienta á la mesa de escribir. Rosario está en pie junto á la mesa, y le da pluma y secante sin hablar.

EL APARECIDO

Fingiendo que escribe. A Rosario.

Ese ceño de enojo le sienta á usted muy mal.

ROSARIO

¡Me alegro tanto!

EL APARECIDO

Sonría usted un poco...

ROSARIO

¡No tengo gana de sonreír!...

EL APARECIDO

A doña Barbarita en voz alta.

¿Prosa ó verso?

DOÑA BARBARITA

Que en cuanto ha dejado de hablar, rëndida sin áuda por el cansancio, ha empezado á dar cabezadas, y que se asusta un poco al oír la voz.

¡Eh! Repitiendo las palabras y al parecer comprendiéndolas al oírse las á sí misma. ¿Prosa ó verso? Prosa... prosa poética...

Vuelve á dar cabezadas.

EL APARECIDO

A Rosario.

Si yo fuera usted, ¿sabe usted lo que haría?

ROSARIO

¡Alguna estupidez!

EL APARECIDO

Sin ofenderse.

Contestar sí ó no á la pregunta que dejamos pendiente esta mañana: ¿Quiere usted ser mi...?

ROSARIO

Interrumpiéndole furiosa, pero sin levantar la voz.

¡No quiero ser nada de usted! ¡Ay, mi abuela!

EL APARECIDO

Con sentimentalismo guasón.

Se ha dormido. ¡Ay, yo que había llegado á hacerme la ilusión de que lo fuera usted casi todo!

ROSARIO

Escandalizadísima, y olvidándose de su abuela, que, afortunadamente, se ha dormido del todo.

¿Cómo casi?

EL APARECIDO

Con toda calma.

¿Le parece á usted poco?... Un ser humano, por muy grande que sea su perfección, nunca

acierta á llenar por completo las aspiraciones de otro...

ROSARIO

¡Usted, por lo visto, necesita mucho!

EL APARECIDO

Levantándose y acercándose un poco á ella.

No sé si mucho ó poco: la necesito á usted.

ROSARIO

Con guasa, tomando ventaja de la declaración.

¿Para secretaria?

EL APARECIDO

Acercándose más.

Para lo que usted quiera...

ROSARIO

Haciéndose la ofendida.

¡Señor mío!

Llevándose de pronto las manos á la cabeza y mirando con terror al sofá.

EL APARECIDO

Con "câlinerie".

Vamos... decida usted...

ROSARIO

Mirándole de reojo.

¿Qué sueldo da usted?

EL APARECIDO

¿A mi secretaria? Cuatrocientas pesetas.

ROSARIO

¡Es muy poco!

EL APARECIDO

Muy serio.

No son más que seis horas de trabajo... agradable.

ROSARIO

Con guasa.

Se han puesto muy caras las subsistencias.

EL APARECIDO

¡Cásese usted conmigo y la mantengo á usted sin reparar en gastos!

ROSARIO

Muy digna.

¡Y la mantengo á usted! ¡No quiero que me mantenga nadie!

EL APARECIDO

Con calma.

O le aumento á usted el sueldo. No hay por qué ofenderse. Cuatrocientas como secretaria y trescientas cincuenta como esposa... Puede usted poner su pucherito aparte; supongo que algún día tendrá usted la bondad de invitarme á comer; yo, por mi parte, la convidaré á usted jueves y domingos.

ROSARIO

Echándose á reir.

¡Es usted imposible!

EL APARECIDO

¡Gracias á Dios que la oigo á usted reir! ¿Hace ó no hace?

ROSARIO

Suspirando y haciéndose un poco la interesante y la mujer superior.

¡Ah! ¿Qué garantía me ofrece usted...?

EL APARECIDO

Muy ofendido, interrumpiéndola.

¿De pagarla á usted puntualmente?

ROSARIO

Romántica.

De que podamos ser felices juntos...

EL APARECIDO

Sincera y enérgicamente.

¡Ninguna!

ROSARIO

Volviendo á escandalizarse.

¿Cómo?

EL APARECIDO

¿Qué garantía me ofrece usted á mí? La felicidad sé desea, se busca, se procura, se logra ó

no se logra, pero no se puede garantizar. Claro es que en las cartas y coloquios de amor, los novios de ambos sexos acostumbran á prometerse el paraíso, pero eso es una fórmula que, aproximadamente, tiene el mismo valor de realidad que el "beso á usted la mano".

ROSARIO

Protestando sentimentalmente.

¡Una fórmula!

EL APARECIDO

Copiada de dramas y novelas...

ROSARIO

Con rencor.

¡De las de usted!

EL APARECIDO

Con calma.

De todas... Pero la vida no es una novela.

ROSARIO

Con afectación de decepción romántica.

¡Ay, no!

EL APARECIDO

Serenamente, pero con elocuencia sencilla.

Lo cual no quita para que sea un libro maravilloso, una historia admirable, palpitante, llena de emoción, de luz y de misterio, una aventura digna de vivirse... ¡y sobre todo á medias! No, Rosarito, lealmente no puedo prometerle á usted, como usted no puede prometerme á mí, que mi amor será un cielo. Será la vida... nada más que la vida... ¡nada menos! Soy un ser humano con muchos defectos, pero con muchísima buena voluntad. Usted también los tiene...

ROSARIO

Un poco enfurruñada, bajando la cabeza.

¡Ya lo sé!

EL APARECIDO

Con cariño.

Sería usted un monstruo si no los tuviera... Si quiere usted que echemos á andar juntos, daremos infinitos tropezones, caeremos uno y otro innumerables veces, pero las caídas no serán nunca demasiado graves, porque el que quede en pie siempre estará dispuesto á levantar al otro, y no va á dar la pícara casualidad de que caigamos los dos al mismo tiempo...

ROSARIO

Muy bajo.

No...

EL APARECIDO

Con apasionamiento sereno.

Pasaremos penas, como todo el mundo, pero nos reiremos de ellas siempre que podamos; trabajaremos mucho, pero esperando siempre, única manera de ser siempre jóvenes; no nos daremos nunca la menor importancia, con lo cual todos los triunfos que nos dé la vida nos parecerán siempre un poco inmerecidos, y nos pondrán alegres como á chiquillos con zapatos nuevos...

ROSARIO

Interrumpiendo con aire de chiquilla enfadada, porque tiene muchas ganas de dejarse vencer, y no sabe cómo.

Todo eso está muy bien..., es decir, estaría muy bien, si usted me quisiera... pero como usted no me quiere...

EL APARECIDO

Llevándose las manos á la cabeza.

!!!En qué lo ha conocido usted!!!

ROSAKIO

Cuando se quiere de verdad á una persona no se burla uno de ella.. y usted *Casi llorando*. se ha burlado de mí cruelmente.. ¡El sombrero de paja, la carta, usted con el perro de lanas...!

EL APARECIDO

¡¡Y la cabeza rota!!

ROSARIO

Muy chiquilla.

¡Eso es lo único con que no había usted contado al urdir la farsa!

EL APARECIDO

Sonriendo beatíficamente.

¡Y ya ve! usted con qué resignación lo sufro! En serio, Rosarito, yo no quería dormirme esta noche sin haberme reconciliado con usted. ¡Preferiría usted que le hubiese enviado una carta por el interior, con el inevitable "Señorita: desde que tuve el gusto de conocerla..."? *Con aire de horrible desencanto, naturalmente fingido.* ¡Creí que tenía usted un poco más de imaginación!

ROSARIO

Vivamente, cayendo en el lazo.

¡¡Y la tengo!!

EL APARECIDO

¿Entonces...? ¡Parece mentira que siendo yo muchísimo más viejo que usted, tenga que descubrirle que el mayor encanto de las cosas serias está en tomarlas un poquito á broma! *Ella no dice nada. El se acerca á ella.* ¿Qué? ¿Se decide usted á dejarse querer para toda la vida, por un hombre leal, que prefiere dejarse romper la cabeza á exhalar un ¡¡te amo!! entre dos suspiros?

Rosario, con unos deseos terribles de decir que sí, baja la cabeza sin acertar con la fórmula propia, y da señales de espantoso apuro.

DOÑA BARBARITA

Un poco impaciente.

¡Niña, di ya que sí ó que no de una vez!

Rosario y el Aparecido se separan de un salto y miran con estupefacción y confusión á doña Barbarita.

EL APARECIDO

¡Ah!

ROSARIO

¡Eh!

DOÑA BARBARITA

Con aire de reproche.

¡Bien está el melindre, pero hasta cierto punto!

ROSARIO

Balbuceando.

¿Pero... no estabas... dormida?

DOÑA BARBARITA

¡Hija! En noventa años, ¿querías que aún no hubiese aprendido á dormirme y á despertarme á tiempo?

ROSARIO

Corre hacia su abuela, y arrodillándose ante ella, esconde la cabeza en su falda.

¡Abuela! *Doña Barbarita se inclina para acariciarla.*
¡Díselo tú!

DOÑA. BARBARITA

Sonriendo y con emoción, al Aparecido.

Estas son las mujeres que piden un llavín. No tiene madre... la he criado mal... y como soy tan vieja, no he sabido enseñarle la vida... Por eso ahora no sabe decir que sí...

Alarga la mano al Aparecido, que se la besa respetuosamente.

MARÍA PEPA

Que ha entrado como un torbellino.

‘ Pero si se marcha usted sin que se lo haya dicho, luego se encerrará á llorar y nos dará el rato. Echándose á llorar como un becerro y limpiándose con el delantal. ¡Porque usted no sabe lo que la queremos, aunque nos esté mal el decirlo!

EL APARECIDO

Ofreciendo la mano á Rosario para ayudarla á levantarse.

¿Rosarito?

ROSARIO

Levantándose con rubor y un poquito de malicia.

Bueno... pero Juanita no tiene que casarse con don Indalecio. ¡¡De ninguna manera!!

EL APARECIDO

Entrando en la broma, satisfechísimo.

¡¡No faltaría más!! ¡Se casará con su Marianito el mismísimo día de nuestra boda!

ROSARIO

Muy contenta.

¡Y saldrá doctora en Farmacia!

EL APARECIDO

¡¡Con sobresaliente en el título!!

ROSARIO

Alargando las dos manos al Aparecido.

¿Jurado?

EL APARECIDO

Cogiéndole las dos manos y sacudiéndoselas como en juego de chiquillos.

¡¡¡Jurado!!!

Los dos se ríen.

Las dos viejas les miran con embeleso y un poco de incomprensión, y María Pepa exclama: "¡¡Ay, qué parejital!", mientras cae el telón rápidamente.

FIN

JUICIOS CRITICOS

JUICIOS CRITICOS

BUEN HUMOR INTELLECTUAL.—«Nuestras vidas están tejidas con el hilo de los sueños», escribe en *La Tempestad* Guillermo Shakespeare. Su *Sueño de una noche de verano* es como una genial amplificación del genial pensamiento. La invisible soldadura de la realidad con el mundo de la imaginación, casi se percibe en esas obras, de poderosa potencia poética. Shakespeare, que no dejó nada por explorar, señaló á los escritores sucesivos el camino de la floresta maravillosa, donde juegan el destino y la verdad con los pobres hombres de los ojos vendados.

Un á modo de reflejo de ese resplandor sespiriano es el que se percibe bajo la forma moderna de la última obra de Gregorio Martínez Sierra. El *Sueño de una noche de Agosto*, que ayer aplaudió larga y complacidamente el público de Eslava, tiene una idea sutil escondida bajo el jugueteo, idea que es una paradoja, una teoría burlesca: una mujercita sueña, y su quimera es destruída al confrontarla con la realidad. Y es la realidad misma la que después demuestra la existencia verdadera de sus ilusiones.

Todo es cierto y todo es mentira. Todo existe, y es

uno y lo mismo. No es la primera vez que Martínez Sierra evoca la imagen de Platón. Y de esta idea, de interpretación dual, saca siempre una miel optimista. Los sueños no son para él sueños solamente, como lo fueran para Calderón, el rival de Shakespeare, con el que tiene tantas coincidencias. Los sueños, dice Martínez Sierra, están plasmados y viven en la vida.

En el teatro de Martínez Sierra no hay una negación, y especialmente cuando se refiere á la mujer, entona palabras animosas por su triunfo. *Sueño de una noche de Agosto* tiene un acento feminista, de un feminismo que termina en boda, como en las comedias plácidas, porque la tesis no existe, y si tan sólo el sentimiento. Quizá Martínez Sierra se cuidó únicamente de apuntar la intención, sin darle mayor relieve, temeroso de que destruyera el tono general de la obra, encaminado, principalmente, á distraer.

Es, en realidad, un delicioso divertimento el *Sueño de una noche de Agosto*. Gregorio, que ya en *Para hacerse amar locamente* y en *Rosina es frágil* había intentado un género que es la última palabra de la moda escénica—una moda inglesa y norteamericana, para más señales—logra la perfección en su última obra. ¿Cómo es este género de nuevo estilo, si es que todavía los géneros existen? Se trata de algo difícil, porque su misma facilidad requiere la posesión completa y equilibrada de todas las cualidades del escritor. *Sueño de una noche de Agosto*, y todas sus gemelas, no pueden ser compuestas más que por un literato, en la acepción más elevada de la palabra. Modernidad, cultura, ironía, ligereza, facilidad, habilidad, todo es indispensable. Son comedias que tienen ese “no sé qué” que las da su punto y las hace encanta-

doras. Todo es, aparentemente, frívolo y persuade de su sentido trascendental.

Necesitan un alma ideológica y parecen no tener importancia. Hay algo de excentricidad en ellas, puesto con discreta medida, ingenuidad y una poesía risueña. Hallazgos psicológicos, colocados como al descuido. Buen gusto, y esa superior cualidad artística de la armonía.

Que yo sepa, sólo ha escrito en España las comedias del buen humor intelectual Gregorio Martínez Sierra. Ya *Rosina* era linda. Este *Sueño de una noche de Agosto* es primoroso.

Para su éxito, Gregorio sólo ha puesto la mitad. La otra mitad pertenece, por derecho propio, á la compañía. ¡Qué interpretación más una en su tono y en el aire ingrávito con que hablan, se mueven y ríen! Hay personajes episódicos que resultan, por obra del que los interpreta, en primer término: tal sucede con el aya vieja que representa Ana Quijada. La señora Siria es una admirable figura que demuestra su gran temperamento artístico. Paco Hernández, Vega y los tres galanes Collado, Peña y Tordesillas, así como la señorita Carbonell y Juanito Román son los compañeros dignos de Catalina Bárcena y Josefina Morer. En una comedia de matices, ¿cuál no será la sorprendente labor de estas dos artistas? Josefina Morer, por la emoción cordial que pone en todo lo que hace, y Catalina Bárcena, por su dulce feminidad que abarca toda la gama de los caracteres femeninos, fueron objeto de particulares homenajes.

TOMÁS BORRÁS.

El *Sueño de una noche de Agosto* es una comedia encantadora. Su nota distintiva es la gracia, no en el sentido vulgar de la comicidad, sino en aquella significación estética de una belleza ligera é ingrávida que hace sonreír á las cosas. Esta gracia nos hace consentir en la inverosimilitud de la intriga. Hasta debe concederse que la inverosimilitud es relativa. ¿No se trata de un sueño, como dice el título, de reminiscencia shakespeareana? ¡Cuántas muchachas solteras, que se aburren esperando la llegada del hombre de sus sueños, de la media naranja, que, al parecer, no anda por el mundo, habrán pensado, en los momentos en que se sueña con los ojos abiertos: «¡Si entrara por esa puerta!» ó «¡Si entrara por el balcón!» En la comedia entra por el balcón persiguiendo á un sombrero de paja.

Los poetas tienen el privilegio de realizar los sueños, corrigiendo á la realidad avara de estas realizaciones. Es su derecho, y como son celosos de él, lo usan, aunque la verosimilitud oponga algún tímido alegato.

En la noche de Agosto, de la comedia, Rosarito, la heroína, se aburre. Piensa en la injusticia de la suerte de la mujer. Sus hermanos acaban de salir de casa. Las pobrecitas mujeres no tienen independencia como los hombres. Vamos á ver: ella, que es mayor de edad, ¿por qué no había de tener un llavín como sus hermanos, y salir como ellos á divertirse? «Y, ¿adónde ibas á ir?»—la pregunta la abuelita, irónica—. Esta sencilla pregunta demuestra á la heroína que no basta te-

ner veintitrés años, ni conseguir el llavín. Haría falta cambiar, alterar todo un edificio de costumbres.

Nuestra amiguita, la heroína, se siente un poco feminista; pero ella es mucho más femenina que feminista, y cuando se queda sola, porque la abuelita se va á acostar, se pone á soñar, leyendo una novela de amor. Entonces, como si aquella aura de ensoñación que sube de su corazoncito de niña mimosa, impaciente en la espera del amor, tuviese un poder de hechicería, de evocación, el sueño toma realidad en la aventura del sombrero (que tiene cierto sabor de episodio de Tristán Bernard). El *prince charmant* que se presenta de tan inopinada manera es el propio autor de la novela que entusiasma á Rosarito, el cual, al principio, no se da á conocer, aunque el público le adivina.

La inverosimilitud de la aventura del balcón es momentánea; es como una premisa, admitida la cual, fluyen de ella con naturalidad los episodios de la acción. Una premisa que se repite, como si el autor se hubiera encariñado con el recurso inicial. Por algo se trata de un sueño, de un lance peregrino de amor. Al fin y al cabo, el amor en sí mismo, el encuentro de las dos medias naranjas, de las dos mitades del andrógino platónico, ¿no es una maravilla mayor y un lance más raro que esta aventura de un señor que, persiguiendo á un sombrero de paja que le ha arrebatado el viento, entra de noche por la ventana, en casa ajena?

La naturalidad del diálogo, la poética expresión de los pensamientos, el ambiente optimista y simpático de la comedia, donde no hay un personaje malo, contribuyeron también al agrado y al interés con que fué escuchada la nueva obra del Sr. Martínez Sierra, que alcanza en ella un nuevo triunfo de autor dramático

y también de poeta, pues acierta á dar una bella expresión á la emoción sentimental de los personajes.

Al éxito, sin nubes, de esta comedia, cuyos tres actos terminaron con aplausos y llamadas á escena, contribuyó mucho la interpretación inmejorable. El papel de la heroína es de esos para los cuales, si no existiera Catalina Bárcena, habría que inventarla. Por fortuna existe, y no hay que tomarse ese trabajo. El *Sueño de una noche de Agosto* es una de las obras en que la Bárcena puede desplegar las mejores dotes de su talento y su sensibilidad artística. Es en esta comedia una deliciosa ingenua, uno de sus tipos favoritos, en que no hay artista española que la iguale. Josefina Morer está también encantadora en su aparición episódica, en la que pone el sello de su talento. Hernández se muestra consumado actor en un papel de galán que no carece de dificultades. La Siria y la Quijada componen sus dos personajes muy inteligentemente.

La escena está artísticamente puesta, en los dos interiores en que transcurre la acción. Quizás es demasiado artística en el primero. Por lo menos, no es el tipo corriente de una casa de la clase media. Pero como allí vive un hada (un hada que está deseando casarse), se puede conceder que haya hermoñado el pobre marco de la vida burguesa.

ANDRENIO.

La Época.

El encasillamiento riguroso de esta obra en el registro de los géneros teatrales nos llevaría á una disquisición, no por prolija menos interesante, acerca de la delimitación de fronteras en el campo de la literatura. Los géneros literarios no se pueden amojonar con líneas precisas é irrebasables. El amillaramiento de las letras sólo es posible en lo que atañe á la propiedad intelectual—y eso, con hartas limitaciones, excepciones y ambigüedades—; mas la crítica no ha encontrado todavía la medida adecuada para clasificar los géneros literarios. Las esencias del arte son cosa tan sutil é incoercible como la niebla, y están llenas de tornasoles y amarilleos, que atraen y desorientan la mirada del curioso lector.

Viene á cuento ese preámbulo porque la obra estrenada ayer en Eslava es de las más refractarias á la catalogación. Su autor la denomina «novela cómica» para llamarla de algún modo, si bien los caracteres distintivos de la novela se hallan ausentes de la última producción del Sr. Martínez Sierra. *Sueño de una noche de Agosto* no tiene acomodo en el casillero corriente del teatro. Para ser una comedia, le sobra artificio y elasticidad convencional; para ser juguete cómico, tiene demasiado lastre humano y excesiva justificación técnica; del sainete, finalmente, no participa en modo alguno, porque no hay en la obra perspectivas costumbristas ni copias de tipos genéricos. Saldríamos del paso si dijéramos que *Sueño de una noche de Agosto* es una obra de humorismo, recurso muy socorrido y en boga de algún tiempo á esta parte.

Mas el optimismo franco y desbordante de la novela cómica de Martínez Sierra, en la que no se adivina reserva alguna filosófica del autor, nos obliga á renunciar también á este cobijo del humorismo.

Martínez Sierra ha hecho una comedia, en la cual la aleación—hábilmente realizada—de géneros distintos da como resultado una nota predominante: la amenidad. El mismo autor tenía en su haber afortunadas experiencias, orientadas por rumbos parecidos. Está reciente el éxito de un lindo, fino y gracioso juguete, que se titula *Rosina es frágil*, al cual precedió una obra de gran fuerza cómica: *Para hacerse amar locamente*, cuyo primer acto constituye un ingente acierto. *Sueño de una noche de Agosto* ostenta mayores refinamientos, más finos perfiles, y es más rica en densidad humana que sus obras precedentes en el teatro cómico de Martínez Sierra.

El aplaudido autor ha sabido hallar el secreto de apoderarse con seguridad del éxito. Martínez Sierra no ignora que una obra en la que todos los personajes son buena gente, en la que la acción es plácida y amena y en que el conflicto se resuelve satisfactoriamente secuestra indefectiblemente las simpatías del público y llega siempre á buen puerto, hinchadas sus velas con el viento bonancible del aplauso.

El asunto de la obra estrenada ayer es ligero, gracioso y alegre. La acción está llevada con regocijada celeridad, en broma y como en volandas. El trazo, sobrio y abocetado, con que están dibujados los tipos, cuyo pergeño francamente cómico no excluye el aliño interior de los caracteres, acusa una mano firme, segura y diestra, habituada á empeños de alto linaje artístico.

Las situaciones, finalmente, eluden gentilmente la tiranía de la estricta verosimilitud, y tienen buen cuidado de no asomarse á las ventanas del absurdo, donde tantas veces son víctimas del vértigo los autores que cultivan el teatro cómico.

Sueño de una noche de Agosto fué acogida con calurosa simpatía por el público. Martínez Sierra, requerido por el aplauso unánime de la asamblea, salió al proscenio al final de cada jornada.

Catalina Bárcena ha hallado en esta obra margen amplio para desarrollar toda la rica y seductora gama de sus mohines y nervioseos, en que la encantadora actriz se muestra inimitable. En *Sueño de una noche de Agosto*, Catalina llega á un grado extremo de flexibilidad espiritual y de exquisita matización. Fué muy aplaudida.

Josefina Morer—tan bonita, tan suave, tan ingenua—alcanzó anoche un gran triunfo en un papelito harto inferior á la categoría de la gentilísima y estudiosa actriz. El público solicitó su presencia al final de una escena en que la cándida gracia de la señorita Morer acertó á dar digna réplica en su difícil diálogo con Catalina Bárcena.

Muy bien las señoras Siria y Quijada.

Paco Hernández se nos mostró el actor seguro de siempre. Su dominio escénico es absoluto y firmísimo.

Bien, finalmente, los señores Peña, Tordesillas y Collado, cuya intervención es siempre afortunada.

La escena, servida con lujo y esplendor que honran á la Empresa.

ALBERTO MARÍN ALCALDE.

La Acción.

Gregorio Martínez Sierra ha proseguido en su nueva obra las intenciones de comedia cómica señaladas recientemente por él con innegable acierto. En *Sueño de una noche de Agosto*, bello título de filiación shakesperiana, lo transcendente aparece tratado con ligereza, y una espiritualidad sutil aroma los gratos episodios. La protagonista nos ofrece, sin pretenderlo en apariencia, un carácter notablemente descrito y presentado. Y á su alrededor se mueven la abuela, anciana dama cuya experiencia prolongada subraya oportunamente los incidentes, y el gran Prudencio González, rendido ante la ingenua gracia de la que deseaba pasar por enterada y hostil.

El ensueño aliado con la realidad, lo imprevisto señalando nuestras sendas graves, el destino imponiéndose á la voluntad y los determinismos de nuestro temperamento actuando sobre nuestros planes y propósitos, son temas que van diluídos, sin exteriorizarse concretamente, en la agradable producción.

Y, entretanto, reiremos con las nerviosidades de aquella muchacha en rebeldía, que no sabe lo que quiere y que, al cabo, realiza lo que ni siquiera se atrevía á pensar. Así los tres actos se deslizan bajo la atención creciente y la complacencia total del espectador. Porque la perspicacia de Martínez Sierra había conseguido, además, el equilibrio perfecto, en virtud del cual se perdonaban ciertas licencias de preparación.

El autor tuvo que salir al final de los tres actos, reclamado por el aplauso unánime del concurso.

¿Será preciso decir que tuvo en Catalina Bárcena una colaboradora insustituible? La artista, en efecto, no pudo llegar á más alto grado de expresión femenina, ni prestar al personaje mayor matización. Toda la verdad de Rosarito Castellanos fué dicha y reflejada por Catalina Bárcena.

La obra estaba muy bien ensayada, y merecen aplauso especial Josefina Morer, en un tipo secundario; las señoras Siria y Quijada, y el Sr. Hernández, entonado y dueño del detalle en todos los instantes. La presentación, por último, era original, acertada y justa.

JOSÉ ALSINA.

El Sol.

Todo el mundo reconoce las excepcionales condiciones de habilidad técnica, en lo que respecta al dominio de la literatura dramática, que posee Gregorio Martínez Sierra. Además, todos tienen que reconocer asimismo que Gregorio Martínez Sierra está dotado de un fino temperamento de artista.

Martínez Sierra es un literato, un verdadero literato metido á escritor de comedias, y ello, entre nosotros, es excepcional, porque lo frecuente es que los dramaturgos españoles sean unos hombres para quienes la literatura no existe. Estos ciudadanos son los que justifican el dicho de que el teatro es un género inferior, y lo es sin duda alguna en sus manos toscas y rudas.

Martínez Sierra ha cultivado la escena como el mejor medio de divulgación literaria, y merced á eso hemos podido aplaudir obras tan primorosas, tan exquisitas como *Canción de cuna*, encantador poema lleno de emoción y de lirismo.

El autor de *Primavera en otoño* es un apasionado y convencido feminista, como lo ha demostrado en multitud de sus composiciones dramáticas. Se preocupa de la situación de la mujer en la vida social, y sabe además qué tesoros de ternura y de eficacia civilizadora se esconden en los corazones femeninos.

En la obra que anoche vimos estrenar en el teatro de Eslava hemos asistido otra vez á esa lucha entre la mujer y el ambiente que la rodea. Ella triunfa porque se aparta al fin de su ambiente; pero es para lograr ver realizado su ensueño de muchacha caprichosa, voluntariosa y demasiado romántica.

El *Sueño de una noche de Agosto*, más que una comedia es un *scherzo*, un juguete poético, un pasatiempo ingenioso en el cual la inspiración está sometida á las leyes de lo absurdo y de lo arbitrario. En eso reside principalmente su fuerza sugestiva. Nada de lo que ocurre allí es lógico; la razón está ausente; la verosimilitud ha huído, y, sin embargo, es eso lo que nos atrae y nos seduce. En efecto, todo es ilusión, ligereza, ingravidez, broma elegante, humorismo poético. Hombres y mujeres van y vienen por la escena como marionetas movidas mediante hilos que se ven claramente. Es como cuando los prestidigitadores muestran la trampa de sus juegos. De ahí una apariencia de ingenuidad que matiza graciosamente la delicada y efímera fábula.

El público encontró de su agrado la comedia y

aplaudió efusivamente. Gregorio Martínez Sierra salió muchas veces á agradecer las muestras de admiración del auditorio.

En cuanto á la interpretación, diremos que Catalina Bárcena es cada día que transcurre más artista y más inteligente. Y luego el milagro de su voz, esa voz insinuante, persuasiva y pródigamente matizada.

Junto á la Bárcena cooperaron al conjunto de la representación la señorita Morer, afortunadísima, y las señoras Siria y Quijada, y los señores Hernández y Vega.

Resumen: obra bonita, ligerita, caprichosita...

BERNARDO G. DE CANDAMO.

El Figaro.

En sus últimas producciones *Para hacerse amar locamente*, *Alicia, neurasténica*, etc., etc., D. Gregorio Martínez Sierra había demostrado que sabe hacer *reir* (no *carcajear*), como en comedias anteriores probara que sabe *conmover* (*La sombra del padre*, *Canción de cuna*, *Amanecer*, etc.) y *preocupar* (*El reino de Dios*, *Los pastores*, *Mamá*, etc.). *Sueño de una noche de Agosto* pertenece al linaje de obras cómicas y regocijadas que el ilustre autor de *Madrigal* alterna con otras de mayor empeño. Y al decir *mayor empeño*, claro es que nos referimos, no á la forma artística, sino á la sustancia ideal por aquélla sensibilizada. La forma artística puede ser tan perfecta y aun más perfecta revistiendo á un asunto baladí en una farsa de puro pasatiempo, como y que corporeizando á con-

cepciones sobresalientes por lo profundas, elevadas y transcendentales. ¿Quién duda de que la forma de *Como os gusta* (ó *Como queráis*, que de ambos modos se traduce la apacible y lindísima comedia de Shakespeare) excede en las perfecciones externas de tecnicismo, estilización y filigranas retóricas á la forma de *El Rey Lear* y á la de *Hamlet*? Pues en *El vergonzoso en Palacio* (por citar ejemplos de casa), Tirso se muestra, indudablemente, más preciosista y más correcto que en *La prudencia en la mujer* ó en *El condenado por desconfiado*.

Tal vez ocurre á la expresión estética de las obras de mucho fondo lo que en los hombres de mucho espíritu, cuyo cuerpo languidece, ruin y pobre, desvanecido por las lumbres del genio y agostado por los embates de la voluntad y las llamas del sentimiento. Tal vez, sencillamente, los literatos de gusto exquisito se complacen en desembarazar á la pluma de los adustos cuidados del desarrollo de la tesis, de la solución del problema, del encauzamiento de las borrascas pasionales... para que, libre y desenfadada, se entregue á la suave labor de ordenar situaciones divertidas, componer un diálogo gracioso y pulir el estilo y el lenguaje. ¡Feliz disposición de ánimo en la que quizás se hallaba el Sr. Martínez Sierra cuando escribió *Sueño de una noche de Agosto*! Bajo su benéfico optimismo, el amor no es la divinidad oscura y cruel que emponzoña el corazón y corrompe la vida de los trágicos griegos; ni es la «obra maestra del diablo», el «admirable asesino» de Sully Prudhomme; es un juego de plácida emoción y sonriente fortuna que puede muy bien comenzar por un sombrero de paja que una ráfaga de viento introduce por la ventana del cuarto

donde, en una noche de Agosto, sueña despierta una joven (Rosarito) algo feminista, no poco neurasténica, con ribetes de *romántica* (de *novelera*, mejor) y sin pizca de timidez ó encogimiento. El juego tan caprichosamente comenzado continúa con la presencia del amo del sombrero, que asalta la habitación en busca de éste. Se encuentra con Rosario... la piropea, y la pobrecita no tiene más remedio que casarse con él.

Lo que primordialmente interesa en *Sueño de una noche de Agosto* no son los incidentes aludidos, sino el carácter de la protagonista. Su feminismo, como el de tantas otras feministas, se derrumba no bien surge el «Príncipe sin Nombre». ¡Ah! ¡Como que un enorme tanto por ciento del feminismo se reduce á una manifestación acentuadamente cómica de protesta de la feminidad inadvertida, desdeñada!... El enamoramiento, merced al que se le escapa el corazón tras el autor de las novelas que distraen sus horas grises, arguye una ingenuidad deliciosa. Y como su honradez fundamental no admite duda, en definitiva hay que concluir que Rosario es una «enfant terrible», encantadora y más inocente que hacer trampas en un solitario.

También interesa, y aun intriga, la mamá de Rosario... más práctica que una máquina registradora, y con doble y triple fondo, sobre carecer de la facultad inferior de admirarse por nada ni asustarse por nada. Y ¡qué corazón de señora! Se casó y enviudó tres veces. Al primer marido le amargó la vida dándole celos con el que después fué su segundo esposo. A éste le envenenó la existencia dándole celos con el que más tarde fué su tercera media naranja, Y á éste, como ya no podía darle celos con nadie, lo mortificó

con el recuerdo constante y comparalero de los dos difuntos. Menos mal que les hace justicia á los hombres, reconociendo que, no sólo no son los amos y verdugos de las mujeres, sino que son unos juguetes...

El movimiento escénico en la última obra del autor de *Madrigal* es como de tan hábil *maese Pedro*; el diálogo y el estilo... ¡un primor!

La señora Bárcena, la característica, cuyo nombre ignoro, y el Sr. Hernández, en la interpretación, realizaron una labor exquisita, inimitable.

El público rió y aplaudió complacidísimo, y llamó al proscenio al Sr. Martínez Sierra al final de cada acto.

RAFAEL ROTLLÁN.

El Debate.

La última producción de Gregorio Martínez Sierra no pertenece á ninguna de las clasificaciones consagradas, ni á las que están definidas genéricamente. En su delicioso *Sueño de una noche de Agosto*, pese al «shakesperianismo» del título, no se afronta ningún hondo problema del sentimiento, ni cuestión alguna de transcendencia social, moral ni didáctica. Tampoco se trata esta vez de una de esas comedias sentimentales, en las que el ingenio creador va espigando los momentos conmovedores del vivir cotidiano; ni una sombra dogmática en el asunto, ni el intento de dar vida inmortal á un carácter dotado de cualidades eternas y universales. No es una obra seria—mejor sería escribir severa—la última obra de Martínez Sierra ni en la intención del autor existió nunca, al escribirla, el propósito

de sembrar ideas, sugerir altas sensaciones, ni provocar la meditación de su auditorio.

Tampoco es este *Sueño de una noche de Agosto* una de esas burdas producciones tan del gusto contemporáneo, en la que unos grotescos muñecos de trapo hablan neciamente, ofendiendo al buen gusto, á la decencia y al idioma. Y en verdad que esta última exclusión es innecesaria, tratándose de Martínez Sierra, escritor pulcro y espiritual, entre cuyos errores, que tantas veces hemos censurado y censuraremos, no figura la aberración de los deformadores del lenguaje y del teatro.

¿Qué cosa es entonces—se preguntará el lector—la que ayer estrenó Martínez Sierra? ¿Cómo se puede escribir una obra de teatro en la que no hay drama, ni tesis, ni ideas, ni sentimentalismos, ni chistes, ni pornografía, ni retruécanos?

Y es el caso, realmente peregrino y admirable, que *Sueño de una noche de Agosto* obtuvo un éxito franco, cordial, si se quiere, entusiasta, sobre todo en los actos primero y segundo.

La nueva manera de Gregorio Martínez Sierra, ó por decir más exactamente, la manera de su última comedia, es la de la amenidad. Dentro del teatro cómico, *Sueño de una noche de Agosto* responde á ese matiz. Amenidad en el trazado, levemente caricaturesco, de los personajes; en la espiritualidad del asunto, y en su simpatía comunicativa, y en la finura del diálogo, ingenioso, ágil y correcto... Es de muy buen tono y tiene nobilísima estirpe literaria el humorismo que busca alianza en el optimismo, siempre risueño y creador.

Todo eso es la obra de Martínez Sierra, todo y

nada... En cuanto á la técnica, un prodigio de soltura y gracia.

La interpretación fué irreprochable, pues los artistas de Eslava supieron expresar con su exacto matiz, frívolo y fino, la grata producción.

Entre todos, deliciosa de gracia y arte, destacó Catalina Bárcena, para quien esta suerte de trabajos no tiene secretos. Por ende, la encantadora artista vistió la obra con exquisita elegancia.

Paco Hernández fué el digno compañero de la actriz, y se mostró el talentudo, flexible y acertadísimo artista de siempre. Para ambos, y para Pepita Morer y Ana Siria, fueron las ovaciones más cálidas.

La señora Quijada, la monísima señorita Carmen Carbonell, encantadora en su breve papel, y los señores Peña, Tordesillas, Collado y de la Vega, dieron todo su relieve á la interpretación.

El decorado, de Mignoni, es muy bello de disposición y entonaciones.

JESÚS J. GABALDÓN.

La Nación.

Entre la idealización de los sueños y la despierta realidad hay mundos de distancia.

Pocas veces nuestras abstracciones imaginativas confrontan con lo que luego la verdad y la vida nos muestran, poniendo en evidente fracaso cuanto el espejismo de la ilusión nos hizo concebir.

Intimidanos en ocasiones llegar al conocimiento de un hecho; ver muy de cerca, en su intimidad, á una persona á la que admiramos por su talento; la prime-

ra cita con una deseada mujer; porque no estamos muy seguros de no sufrir una desconsoladora decepción.

Ello nos acobarda, aplazando nuestros más vehementes impulsos; pero la curiosidad, por otra parte, instigándonos al propósito, nos precipita en el desencanto.

Para una muchacha de veinte años, el autor de una novela apasionada, de locas aventuras, ha de ser tal como su imaginación lo supone. Aquel hombre que dice cosas tan lindas, que tan bien conoce el amor, que sabe tanto de las mujeres, debe ser un elegido, un dios, verbo de la más seductora gracia y del más refinado donjuanismo.

Y suele ocurrir que aquel admirable urdidor de intrigas y galanteos, que parece consumirse en la hoguera del romanticismo, es en la vida un hombre corriente, ordenado y tranquilo, que no conoce de otras orgías ni de más devaneos que los que él mismo ha fantaseado para darle ambiente á sus libros y justificar una capacidad ó una manera literaria.

Rosarito, la heroína de la nueva comedia de Martínez Sierra, en su inquietud romántica, aunque ella se considere muy supermujer, muy modernista, vive en breve tiempo su novela de amor, recorriendo felizmente desde su primer capítulo, el de la iniciación, hasta el último, que cierra con el matrimonio.

Un sueño, un verdadero sueño, que la envidiarán todas las muchachitas en estado de merecer que vean la comedia.

Porque Rosarito, que nació para amar y ser amada, malhaya sus incipientes rebeldías de querer vivir su vida propia desdeñando la tutela protectora del hom-

bre, al casarse con aquel afortunado novelista de las damas, á quien conoció de un modo tan inesperado como novelesco, conocía que el mayor encanto de las cosas serias es tomarlas un poquito á broma, y que la felicidad no estaba en las ardientes promesas de un corazón enamorado, sino en la propia substancia de la vida.

La comedia, risueña y optimista, ligera y graciosa, de una fina y elegante comicidad, ágil y amena, fué encanto y deleite del público, que la celebró con el más entusiasta aplauso.

Burla burlando, á flor del diálogo, siempre jugoso y fácil, se dicen cosas muy bellas, con una donosura que acusa el cultivado espíritu de Martínez Sierra.

El carácter de Rosarito, por su acertada psicología femenina, es un feliz hallazgo, y no hay que decir de qué manera tan asombrosa tuvo vida en Catalina Bárcena.

Ella es la obra, á la que infunde tal verdad, que nos aleja de todo convencionalismo, comunicándonos toda su fuerte y sugestiva simpatía.

Un tipo gracioso y bien visto de vieja entremetida y gruñona, que se parece por escuchar detrás de las puertas, tuvo en la señora Quijada muy feliz desempeño.

Josefina Morer, en un tipo episódico, mostró su gran temperamento de actriz; la señora Siria, en la abuela, su fácil comprensión; Paco Hernández supo ser persuasivo y enamorado con la más plausible sobriedad, completando la acertada interpretación Peña, Tordesillas, Collado y Román.

FLORIDOR.

A B C.

Lo que Martínez Sierra titula novela cómica es, antes que todo, un cuento, sentido con el calor y entusiasmo de un poeta eternamente joven.

El asunto de *Sueño de una noche de Agosto* nos recuerda, por la pura emoción que produce, á las mejores novelitas cortas ó narraciones poéticas del maestro Valera. Es decir, que, ante todo, es la concepción de un poeta.

La heroína, Rosario, es una muchacha que, en la natural ignorancia de la fea realidad de la vida, sueña con ser una flexible joven modernista, para gozar de la libertad é independencia hombrunas. Sin embargo, allá en las silenciosas horas nocturnas, cuando se queda sola porque allí la dejan sus tres hermanos, noctámbulos á la moda, y su abuela, entrégase á ensueños que levantan en su alma el velo azulino de una clara noche de estío y el sabor de una intensa novela sentimental. En momento tan oportuno la tempestad enturbia la noche, y al claror cárdeno de los relámpagos, y con los sustos de rigor, aparece por su ventana... el poeta.

Esta aparición forma, con lo que tiene de soñada, la base sentimental de la novela; y con lo que tiene de chocante realidad, nos entretiene como una excelente comedia.

He aquí toda la materia de la obra: la eterna materia poética de todos los bellos cuentos soñados.

Respecto á la forma, Martínez Sierra ha hecho algo que está de acuerdo con su fama de escritor habilidoso y literato formado y experto.

La técnica de *Sueño de una noche de Agosto* es, quizás, el último perfeccionamiento del género cómico. Desde luego están proscritos los chistes, y la gracia de la obra está mantenida, más que por *situaciones* fragmentarias, porque la obra toda está colocada á la altura regocijante y humorística que resulta de una sabia disposición y uso del matiz sentimental y el color realista fundamental.

Al final, que es de boda, como tanto gusta á nuestro público, se llega después de haber hecho una admirable vivisección de uno de los corazones femeninos más interesantes... que podemos ver á todas horas mirando en derredor nuestro.

El asunto, pues, es el eterno de una muchachita que no vive al día sentimentalmente. La verdadera originalidad es la forma del desarrollo de la trama. En la modernísima literatura alemana y austriaca hay obras de un sentido paralelo á *Sueño de una noche de Agosto*.

En resumen: creemos que Martínez Sierra con su última comedia ha dado un paso más allá, por la originalidad de la acción, avalorada además con un baño satírico grande. La vida interior del escritor se ve en algunas escenas con palpitante objetividad.

Como ya adivinará el lector, el personaje central es Catalina Bárcena.

Conocido es el arte insuperable de esta gentil y conmovedora actriz. Siendo tan á su medida el temperamento que representa, parece ocioso añadir que tuvo encantado al público con sus portentosos arranques de naturalidad. En una palabra: no cabe más.

Ana Siria, Carmen Carbonell y Ana Quijada; el pri-

mer galán Paco Hernández y los señores Peña, de la Vega y Tordesillas, un conjunto agradable y sumamente artístico.

La presentación, lujosa y de gusto depurado.

F. LEAL.

El Universo.

OBRAS DE G. MARTÍNEZ SIERRA

VIDA Y DULZURA.—Comedia en tres actos. En colaboración con Santiago Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

JUVENTUD, DIVINO TESORO...—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

LA SOMBRA DEL PADRE.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

HECHIZO DE AMOR.—Comedia de polichinelas en un acto y dos cuadros. (Teatro Cervantes.)

EL AMA DE LA CASA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

CANCIÓN DE CUNA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

PRIMAVERA EN OTOÑO.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

EL PALACIO TRISTE.—Cuento fantástico en un acto. (Teatro de la Princesa.)

LA SUERTE DE ISABELITA.—Comedia lírica en un acto y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo.)

LIRIO ENTRE ESPINAS.—Comedia en un acto. (Teatro de Apolo.)

LA FAMILIA REAL.—Comedia lírica en dos actos y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo.)

EL POBRECITO JUAN.—Comedia en un acto. (Teatro Lara.)

MADAME PEPITA.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Comedia.)

LA TIRANA.—Comedia lírica en dos actos, música del maestro Lleó. (Teatro Eslava.)

MAMÁ.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa.)

SOLO PARA MUJERES.—Conferencia contra el amor, pronunciada por una de sus víctimas. (Teatro de la Princesa.)

✓ MADRIGAL.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

EL ENAMORADO.—Paso de comedia. (Teatro de la Comedia.)

LOS PASTORES.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

LAS GOLONDRINAS.—Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Teatro Price.)

LA MUJER DEL HEROE.—Sainete en dos actos. (Teatro Lara.)

MARGOT.—Comedia lírica en tres actos, música de Joaquín Turina. (Teatro de la Zarzuela.)

LA PASIÓN.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara.)

✓ EL AMOR BRUJO.—Gitanería en un acto y dos cuadros, escrita expresamente para Pastora Imperio, música de Manuel de Falla. (Teatro Lara.)

AMANECEER.—Comedia en tres actos. (Teatro Lara.)

EL REINO DE DIOS.—Elegía en tres actos. (Teatro Eslava.)

NAVIDAD.—Milagro en tres cuadros, música de Joaquín Turina. (Teatro Eslava.)

✓ PARA HACERSE AMAR LOCAMENTE.—Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)

EL CORREGIDOR Y LA MOLINERA.—Pantomina en dos cuadros, música de Manuel de Falla. (Teatro Eslava.)

CONTIENDA ELECTORAL.—Juguete cómico en un acto. (Teatro Eslava.)

LA ADULTERA PENITENTE.—Drama en tres actos y diez cuadros, adaptación lírica de Moreto, música de Joaquín Turina. (Teatro Eslava.)

ESPERANZA NUESTRA.—Comedia en tres actos. (Teatro Eslava.)

LA LLAMA.—Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Gran Teatro.)

✓ ROSINA ES FRAGIL.—Comedia en un acto. (Teatro Eslava.)

SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO.—Novela cómica en tres actos. (Teatro Eslava.)

TRADUCCIONES Y ARREGLOS

EL ENFERMO CRÓNICO.—Comedia en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Lara.)

BUENA GENTE.—Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Comedia.)

LA MENTIRA PIADOSA.—Comedia en tres actos de Francis de Croisset. (Teatro de la Comedia.)

LOS ABEJORROS.—Comedia en tres actos de Brieux. (Teatro de la Comedia.)

TRIPLEPATTE.—Comedia en cinco actos de Tristán Bernard. (Teatro de la Comedia.)

EL ARREGLO DE LA CASA.—Comedia en un acto de G. Courteline. (Teatro de la Comedia.)

LA MADRE.—Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa.)

EL HERMANO.—Comedia en un acto de A. Daudet. (Teatro Príncipe Alfonso.)

CIGARRAS Y HORMIGAS.—Poema en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Príncipe Alfonso.)

LA SUERTE DEL MARIDO.—Comedia en un acto de Flers y Caillavet. (Teatro de la Comedia.)

ALIVIO DE LUTO.—Comedia en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Lara.)

EL REDENTOR.—Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español.)

- EL INDIANO.—Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español.)
- CABEZA DE ZANAHORIA.—Comedia en un acto de Jules Renard. (Teatro Lara.)
- EL BUEN POLICÍA.—Sainete en un acto y tres cuadros de S. Rusiñol. (Teatro Cervantes.)
- LA VIRGEN DEL MAR.—Cuadro poemático en un acto de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa.)
- EL PATIO AZUL.—Drama en dos actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa.)
- LOS NAUFRAGOS.—Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español.)
- LA DAMA DE LAS CAMELIAS.—Drama en cinco actos de Alejandro Dumas hijo. (Teatro Eslava.)
- LUCERO DE NUESTRA SALVACIÓN.—Auto de Inocencio de Salceda. (Teatro Eslava.)
- DOMANDO LA TARASCA.—Comedia en dos actos de Shakespeare. (Teatro Eslava.)
- CASA DE MUÑECAS.—Comedia en tres actos de Ibsen. (Teatro Eslava.)
- EN CASA DEL ANTICUARIO.—Sainete en un acto de S. Rusiñol. (Teatro Eslava.)
- ALICIA, NEURASTENICA.—Farsa en dos actos de A. E. Thomas. (Teatro Eslava.)
- LA MALA VIDA.—Drama en tres actos de Julio Vallmitjana. (Teatro Eslava.)
- ROMEO Y JULIETA.—Tragedia en cinco actos de Shakespeare.
- HAMLET.—Tragedia en cinco actos de Shakespeare.





155889

IS M3871su
Martinez Sierra, Gregorio
Sueño de una noche de agosto.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

